

La Esfera

Año XI

Núm. 535



«Retrato de Raimundo Fugger»,
original de Cristóbal Amberger
(MUSEO DEL PRADO)

Prensa Gráfica en Sudamérica

Precio del ejemplar en la Argentina:

		CAPITAL	INTERIOR
LA NOVELA SEMANAL	\$ mon. ^a nac. ¹	0.20	0.25
MUNDO GRAFICO.....	» » »	0.20	0.25
NUEVO MUNDO.....	» » »	0.30	0.35
AIRE LIBRE.....	» » »	0.30	0.35
LA ESFERA.....	» » »	0.60	0.65
ELEGANCIAS.....	» » »	1.50	1.60

TARIFA DE SUBSCRIPCIÓN ANUAL

para Argentina, Bolivia, Chile, Paraguay y Uruguay:

LA NOVELA SEMANAL ..	\$ moneda nacional	10
MUNDO GRAFICO.....	» »	10
NUEVO MUNDO.....	» »	16
AIRE LIBRE.....	» »	16
LA ESFERA.....	» »	29
ELEGANCIAS.....	» »	18

Las órdenes de subscripción, acompañadas de su importe, deben dirigirse a la

AGENCIA GENERAL LONJA DEL PAPEL IMPRESO

Salta, 161, BUENOS AIRES

NOTA El pago de subscripciones puede hacerse, para mayor comodidad del público, en giro bancario o postal, en sellos de Correos argentinos o en billetes de Banco argentinos, españoles, uruguayos, chilenos o norteamericanos.

NUEVO MUNDO

Revista popular

ilustrada

50 céntimos
en toda España

PARA ADELGAZAR

EL MEJOR REMEDIO

**DELGADOSE
PESQUI**



No perjudica a la salud. Sin yodo, ni derivados del yodo, ni thyroidina.

Composición nueva, desaparición de la gordura superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas frasco, y en el Laboratorio "PESQUI". Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse a Hermosilla, número 57.

Un
medio
productivo

NINGUNA publicación similar ha alcanzado la gran circulación de este Anuario en España. Los anuncios en sus páginas tienen un rendimiento de primera fuerza



Cerca de 1.000 páginas
200.000 referencias
11 PESETAS

Un
auxiliar
excelente

PARA sus campañas de propaganda directa al mercado de Barcelona hallará usted en este Anuario cuantas direcciones necesite, rigurosamente comprobadas

Adquiera usted la edición de 1924 y anúnciese en la de 1925

Diríjase para ejemplares y tarifas de publicidad: Ronda de San Pedro, 11, pral., Administración del

DIRECTORIO DE BARCELONA

SEDLITZ CH. CHANTEAUD
de PARIS

a base de Sulfato de Magnesio anhidro puro, Acido Tárttrico, Bicarbonato de Sosa. — El mejor Purgante, Laxante, Depurativo contra: ESTREÑIMIENTO, JAQUECA, ESTADO BILIOSO, CONGESTIONES, VICIOS del SANGRE
PREPARADO POR URIACH & C^o, 49, Bruch, BARCELONA

DÍAZ FOTOGRAFÍA
:: DE ARTE ::

Fernando VI, 5.—Madrid



Agua RADIUM

TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación
se logran matices permanentes
Cortés Hermanos Barcelona

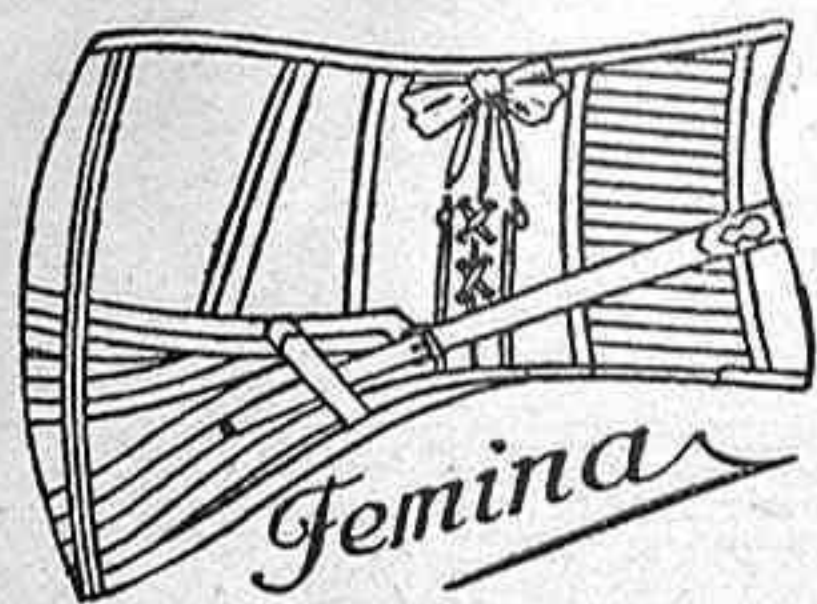
VOLT L.T-PIVER
ESSENCE — POUDRE — LOTION
Le plus persistant des Parfums



PECHOS
PÍLDORAS CIRCASIANAS
Doctor Brun
37 AÑOS DE ÉXITO MUNDIAL
ES EL MEJOR RECLAMO!

6 pesetas frasco. Centros de específicos y principales Farmacias de Europa.

MAGNESIA KING
Es la mejor del mundo



es la faja á presión graduable, imprescindible para EMBARAZO. Puede y debe utilizarse desde el primer momento para conseguir un parto normal. Prescrito por especialistas y profesoras en partos. ¿Le interesa á usted un detalle gráfico? Pida folleto, adjuntando sello correo 0.35, á

INSTITUTO ORTOPÉDICO
Sabaté y Alemany, Canuda, 7
BARCELONA

**EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR
ALCOHOLATO**

AL
ABRÓTANO MACHO
Carmen, 10, **ALCOHOLERA**. Madrid



REPRESENTANTES

para venta aparatos electro-médicos, acreditadísimo, de valor terapéutico sin igual, se desean. Éxito brillantísimo. Preferidos los que terminaron varios cursos de Medicina. Dirigirse: Otto Streitberger, Calle Berlin, número 19, Barcelona, S. G.

Lea usted la hermosa Revista de Modas
ELEGANCIAS

SEÑORES MÉDICOS

Últimos progresos en electro-medicina. Pidan catálogo, edición nueva, la más amplia, de aparatos Electroterapia, Diatermia, Rayos X, Sol de Altitud (novísimo trascendental adelanto), Literatura primeras eminencias. Otto Streitberger, Calle Berlin, 19, Barcelona, S. G.



ESCUELA BERLITZ Arenal, 24
ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano
CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :: TRADUCCIONES



VIGOR **SALUD**

rápidamente

obtenidos



con el uso del

VINO DE VIAL

Por su acertada composición

**QUINA, CARNE
LACTO-FOSFATO de CAL**

es el más poderoso de los tónicos.

Conviene a los convalescientes,
ancianos, mujeres, niños y todas
las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS

SE ADMITEN SUBSCRIPCIONES A NUESTRAS REVISTAS
**La Esfera, Mundo Gráfico, Nuevo Mundo
Elegancias, Aire Libre y La Novela Semanal**

en la

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

IMPORTANTE

La Dirección de este periódico advierte que no se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos, sin excepción alguna

Al mismo tiempo, hace saber á los colaboradores espontáneos que no se publicarán otros trabajos, tanto literarios como artísticos, que los solicitados



Elegancia

Es la revista de modas preferida
por las damas "chic"



Se publica todos
los meses

3 pesetas
ejemplar

Veá Ud. el número de Abril, que acaba de aparecer

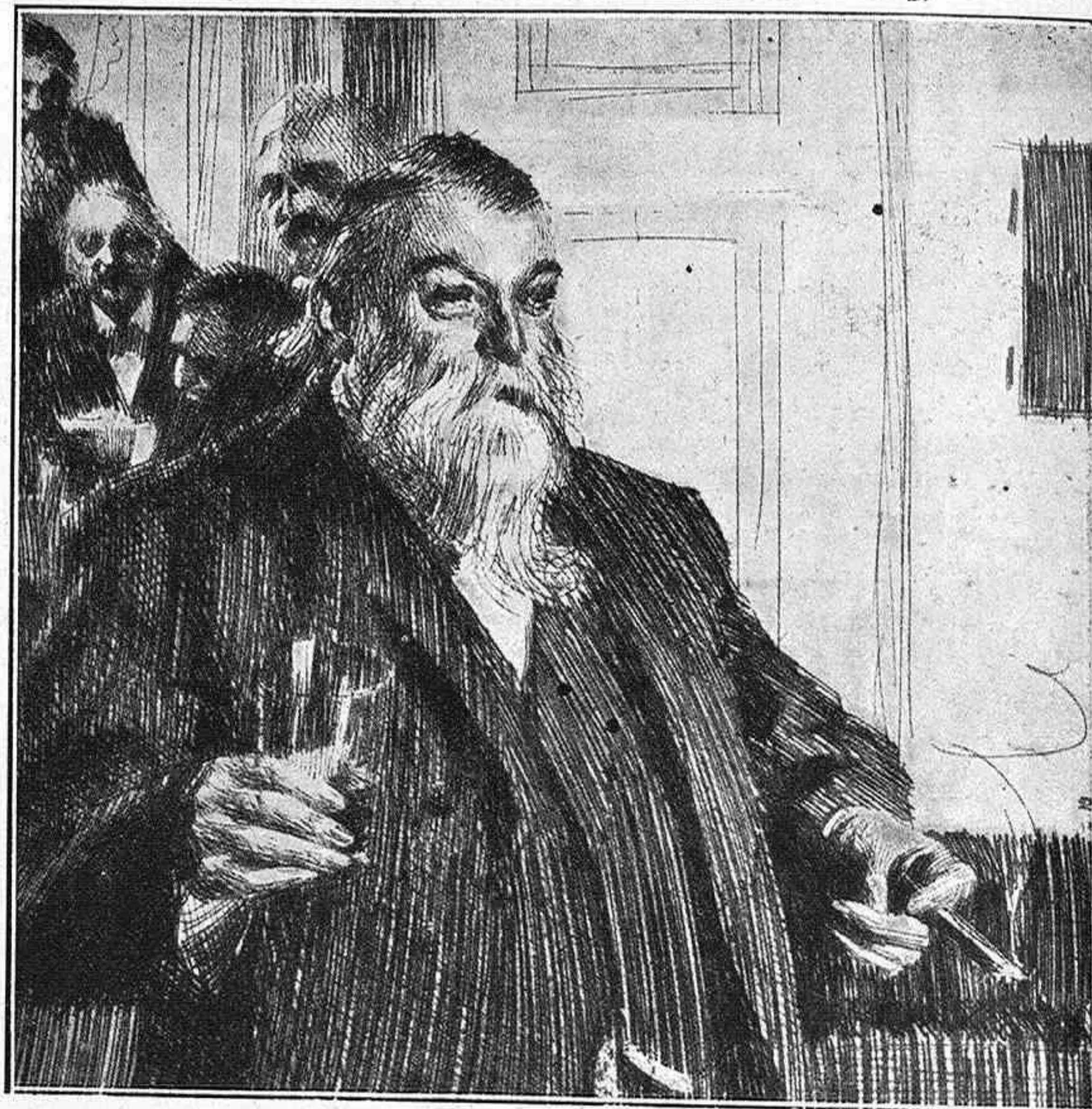


ECCE HOMO

Obra de autor anónimo (siglo XVI), perteneciente á la colección del marqués de Casa Torres



"Una madre", aguafuerte



"Un brindis", aguafuerte

ADMIRABLEMENTE impreso en Leipzig, pero editado en París por Floury, acaba de ser puesto á la venta un libro que, por muy caro que sea, vale con creces todo lo que por él sea menester pagar. Se trata de una colección magnífica de ciento veinte aguafuertes de Anders Zorn, prece-didas de un breve estudio crítico por A. Romdahl.

En un tiempo de lamentable de-cadencia artística, propicia á los di-bujantes que no saben dibujar y á los pintores que ignoran la pintura; coin-cidiendo con la clausura de ese Salón de Independientes que fué libre cam-po abierto al talento enemigo de la rutina y ha venido tan á menos que sólo es ya coto de las más rutinarias caricaturas del talento, la publica-ción, á gran tirada, de las aguafuertes de Zorn brinda á los espíritus enamorados de arte y de verdad el descanso en el oasis después de una larga jornada por el desierto...; y pudiera brindar enseñanza á los ig-norantes, si no lo fueran por vanidad hostil, crecida á su antojo en la in-digencia mental, como la maleza en el yermo.

Allá por 1859, una bella muchacha escandinava, Grudd Anna Anders, abandonó su pueblo para buscar tra-bajo en Upsal. Halló colocación en la cervceria dirigida por el bávaro Leonardo Zorn, que además de ser modelo de hombres de bien, era un gran sentimental. Leonardo Zorn se enamoró de Anna Anders, la tomó por esposa, y un año más tarde, en 1860, tuvo de ella un hijo, Anders Leonardo Zorn, que del cruzamiento de las razas escandinava y germáni-ca recibió, como don de la Natura-leza, cuanto un hombre puede nece-sitar en los órdenes moral, intelectual y físico para ser, en el alto y gene-rosito sentido de la palabra, un ven-cedor...

Hasta los doce años de edad, el pequeño Zorn fué educado por su madre. Luego, al morir Leonardo Zorn durante un viaje á Finlandia, el futuro artista, protegido por los buenos amigos que había dejado su padre, ingresó en la Escuela Pro-fesional de Enköping, estudió tres años,

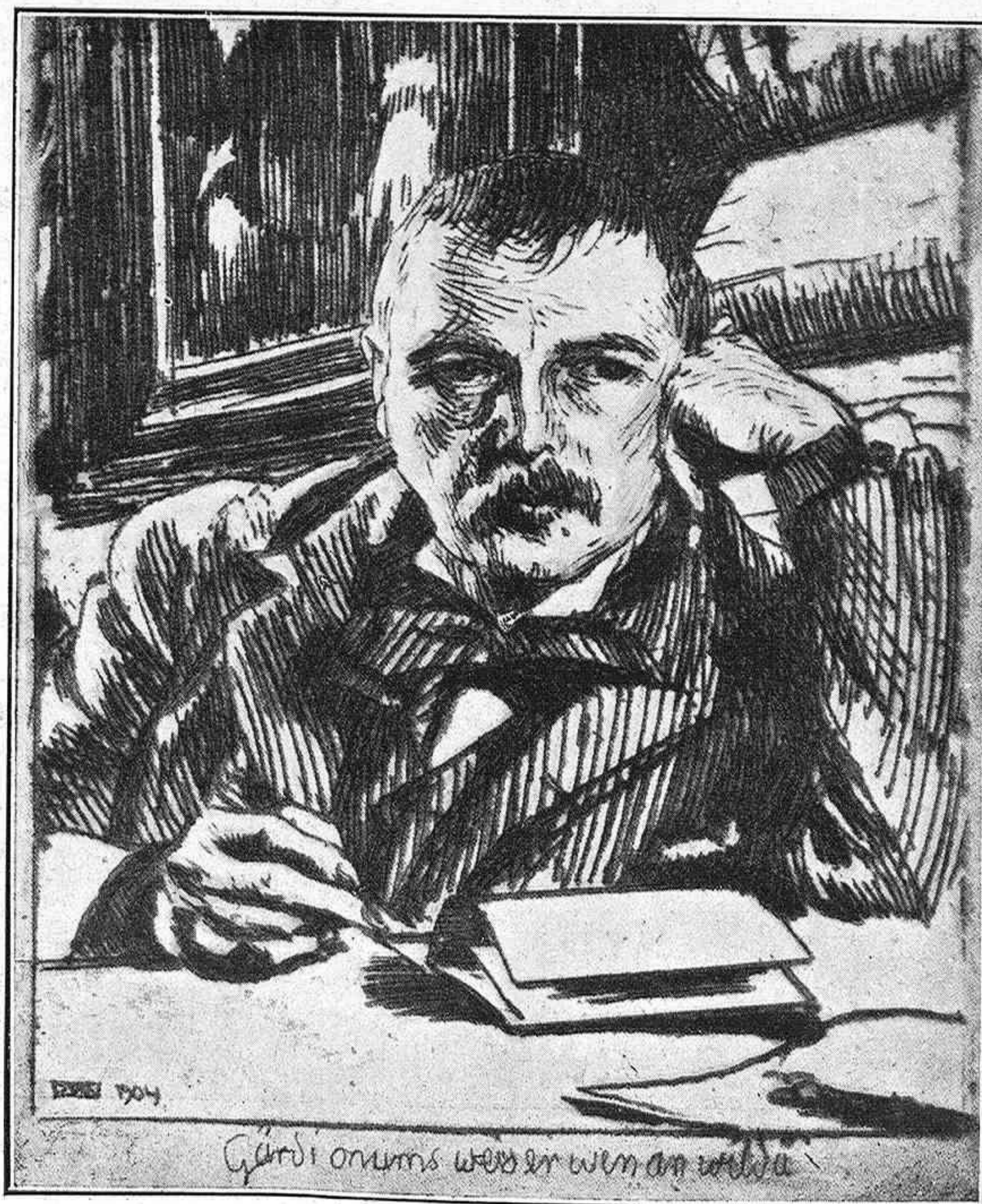
y al cabo de ese tiempo mostró tan decidida incli-nación hacia el arte, que su camino apareció neta-mente trazado. Sus protectores le enviaron entonces á Estocolmo, y allí siguió los cursos de escultura—su primera vocación—, tanto en la Escuela de Ar-tes y Oficios como en la Academia de Bellas Artes.

Zorn se hizo escultor entre los quince y los veinte años, y produjo en esta época obras tan notables como la estatua de Gustavo Wasa, cuya reducción, en bronce, se conserva en el Ayuntamiento de Lü-beck. Más tarde, hacia 1880, comenzó á pintar. Sus primeros retratos á la acuarela obtuvieron tal

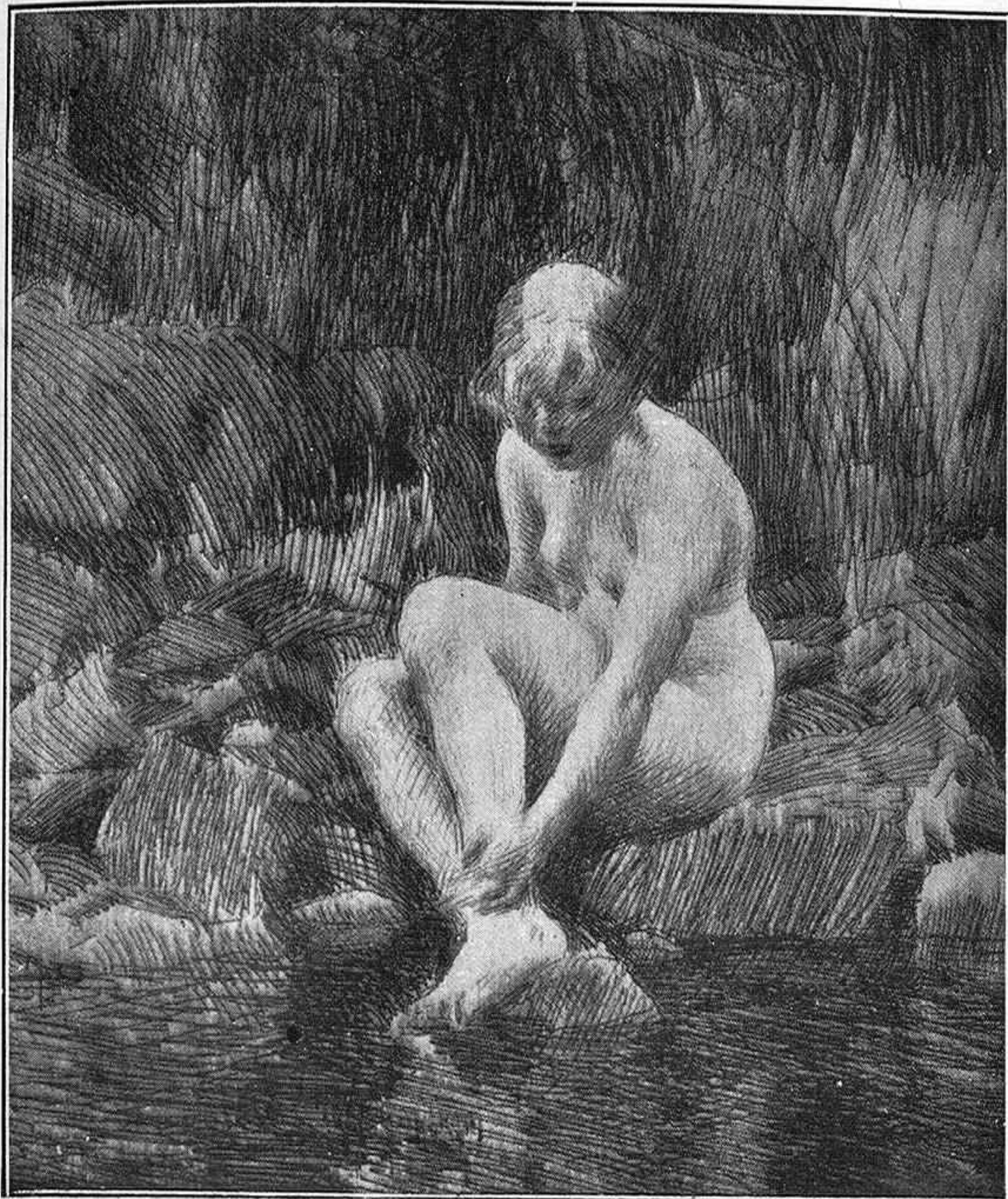
éxito en Estocolmo, que para aten-der á los innumerables encargos que recibía, Zorn abandonó las clases, en las que, por otra parte, nada más po-día aprender. Al cabo de algún tiem-po, habiendo realizado algunas eco-nomías y dejando á su madre có-modamente instalada en el refugio campesino de Mora, el joven pintor viajó por Inglaterra, Francia y Es-paña. Al término de esa expedición se fijó en Londres, donde residía en-tonces el famoso grabador sueco Her-man Hägg. Por consejo de éste co-menzó Zorn á trabajar el grabado al aguafuerte, interpretando algunas de las acuarelas pintadas en España.

Permaneció el artista en la capi-tal inglesa hasta 1885, año en que regresó á Suecia para casarse con Emma Lamm, hija de un rico nego-ciante, y emprender, como viaje de boda, una peregrinación por el Orien-te europeo. De vuelta á su país, Zorn, al abrigo ya de toda inquietud ma-terial, transformó en verdadera resi-dencia señorial la casa paterna de Mora, se rodeó en ella de obras ad-mirables, de santos amores, de sine-ras amistades, y trabajó sin necesi-dad y sin descanso, por inconcebible amor á su arte...

En esos tres primeros años de su nueva existencia, de 1885 á 1888, Zorn establece, después de breves tanteos, la fórmula de sus magistra-les aguafuertes: una técnica derivada del impresionismo que el artista cul-tiva, y poderosamente influida por la visión del modelado propia del escultor. El dibujo, trazado por me-dio de diagonales paralelas que pa-san sobre las formas, revelándolas tan sólo por medio de luces y de som-bras, carece de contornos aparentes. Los claros y los oscuros, opuestos unas veces en contrastes violentos, y en otros casos fundidos en suaves degradaciones, prestan á las figuras relieve extraordinario, y á los am-bientes luminosa vaporosidad. Los



"Autorretrato", aguafuerte de Anders Zorn



"El Baño", aguafuerte



"La Cigarra", aguafuerte

trazos, al contemplar las prodigiosas aguafuertes de Zorn, desaparecen, por recios que sean, y del dibujo únicamente se perciben los juegos de luz, maravillosamente captados.

ca, el artista escandinavo renuncia á los caminos del mundo, se refugia en su casa solariega de Mora y elige modelos entre las campesinas de la tierra

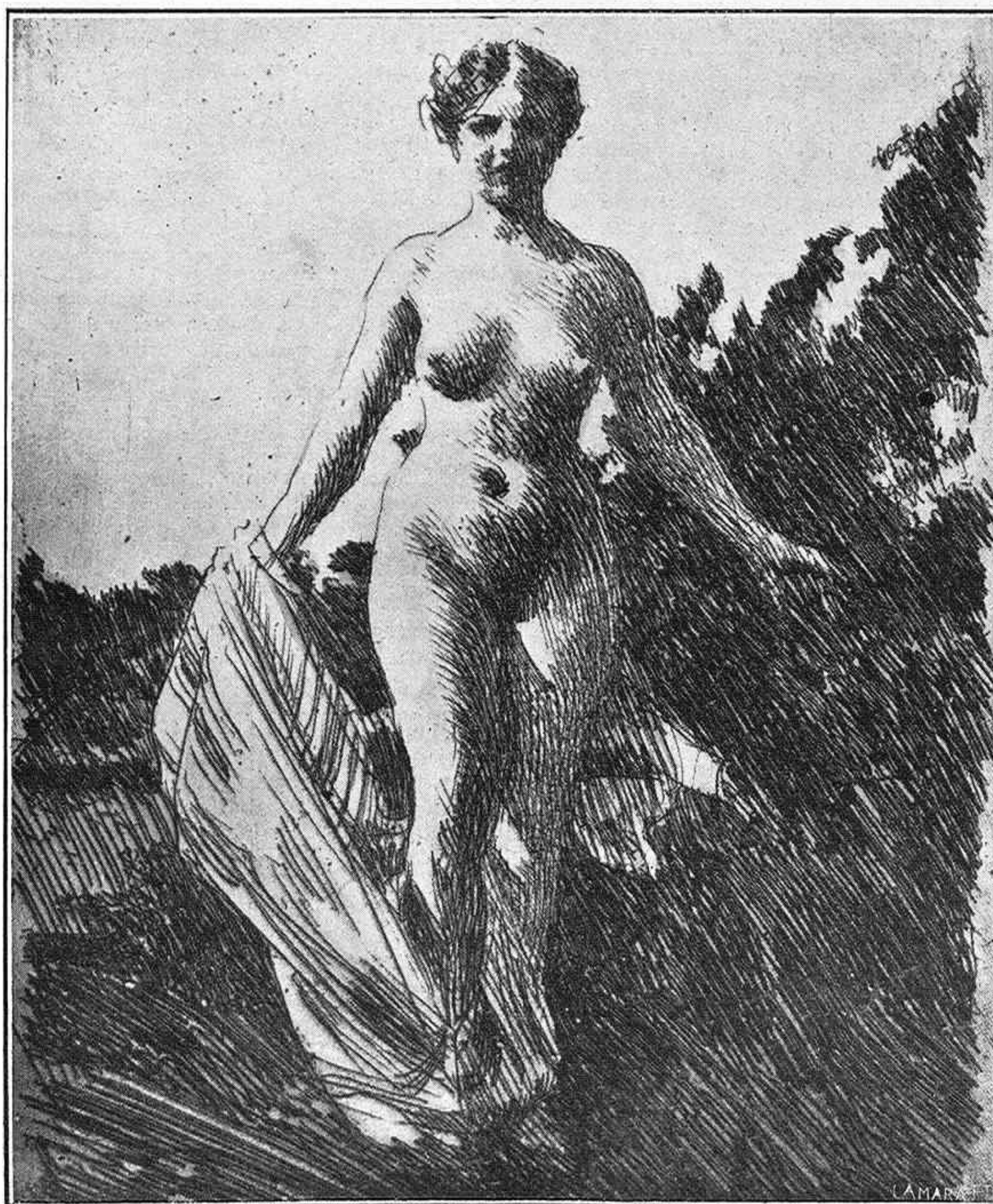
natal. Durante los días de verano, Zorn embarca á las modelos en su balandro *Le Meit*, que él mismo gobierna, y recorre la costa próxima á Estocolmo buscando lugares propicios, ensenadas pintorescas, «fiords» llenos de sol... Y en cada sitio elegido, el barco se detiene, las modelos dejan sus ropas en el camarote y, desnudas, posan en el agua, sobre la arena ó entre las rocas, en tanto que el artista pinta ó dibuja sin tregua.

Así pasó Zorn los últimos días de su vida. Luego fué á esperar la muerte entre sus tesoros de arte y de evocación, en su casona de Mora.

A partir de 1888, Zorn prescinde de los colores á la acuarela y trabaja al óleo. Esta evolución de su pintura corresponde á la de su temperamento de artista, que se robustece con el transcurso del tiempo, y á los retratos y á las escenas de interior, prefiere las figuras sobre el dilatado fondo del paisaje, los desnudos á pleno sol ó en las magias del reflejo sobre el agua... Esta devoción de la Naturaleza impone á Zorn el respeto absoluto á la verdad... En los retratos ó en los desnudos de mujer que son tema preferido de su arte, el insigne escandinavo pinta ó dibuja lo que ve, tal como lo ve, sin falsear jamás la realidad con interpretaciones de fantasía que la hubieran encerrado en los límites de una visión personal. Por esta razón su obra es universal y perdurable.

Ninguna hipocresía, ningún convencionalismo, ningún falso pudor son admisibles para Zorn en sus estudios, insuperables, de la hermosura femenina... Sus mujeres desnudas tienen la serenidad, la conciencia del poder de su belleza y el amoroso y altivo misticismo que animan á las obras maestras de la escultura griega... Son mujeres que son y saben que son, cada una de ellas, la Mujer: fuente de toda vida y origen de toda ilusión para nosotros, los hijos, los amantes, los hombres que en el esfuerzo doloroso del camino sólo descansamos, y nos ennoblece, y quebramos las cadenas del dolor, cuando estamos en el cobijo siempre maternal de unos brazos de mujer.

Los desnudos de Zorn al aguafuerte recuerdan los dibujos de Miguel Ángel, sobre todo en la época en que, después de su temporada en París y de sus excursiones á Améri-



"El Verano", aguafuerte

El pintor legó todos sus bienes y los de su mujer al pueblo sueco, «para la difusión del arte, de la poesía y de la ciencia». La casa de Mora, que se conserva tal como su dueño la dejó, es lugar de peregrinación para los incontables admiradores que Zorn tiene en el mundo entero. En ese museo íntimo se halla la colección más importante de aguafuertes del maestro; dos otras colecciones se guardan en el Museo Nacional de Estocolmo y en la galería Thorsten Laurin, de Estocolmo también. El resto de la obra, tan fecunda y bella, de Zorn acuafuertista, se halla distribuida entre la Biblioteca Nacional de París, el Museo de Artes de Göteborg, los museos de Copenhague, Berlín, Dresde y Budapest, y la colección Deering, dejada por el artista viajero en los Estados Unidos.

Así, en la vida y en la muerte, Zorn ha dejado una estela de luz, y esa luz, que fué el amor de sus amores, inundó siempre su alma... La existencia de este hombre no tuvo ocaso, como tampoco le tiene su recuerdo, y en el mundo, ayer como hoy, en nuestro espíritu, y mañana en el de nuestros hijos, Zorn fué, es y será una perpetua y clara mañana de sol...

ANTONIO G. DE LINARES

París, 1924.

EL PRÍNCIPE QUE TODO LO APRENDIÓ EN LOS LIBROS

DE CÓMO UN POETA REGALA
A SU PATRIA UNA CIUDAD

CONMOVIDA, entusiasta, libre de una ansiedad de tantos años, Italia ha celebrado la anexión de Fiume aclamando a Gabriel D'Annunzio, héroe y reconquistador, por quien Fiume vuelve a ser ciudad italiana.

El Rey ha nombrado a D'Annunzio Príncipe de Montenevoso; colina que es la llave del caserío y del puerto. Mussolini, en nombre del Gobierno, ha puesto al nombramiento un preámbulo sincero, glorificador. La Prensa toda se apresura a testimoniar al poeta el reconocimiento de la Patria. Y la Patria, en sus formas libres, callejeras, espontáneas y ruidosas, aclama a D'Annunzio, rehacedor.

Ha más de medio siglo, Fiume cayó en poder de Austria. Italia, desde entonces, sintió el «irredentismo» como ansiedad y como doctrina. No hubo un solo italiano que no suspirase por «la hora de Fiume y Trieste, del Trentino y de Istria». D'Annunzio, verdadero vate, profetizó esa hora en aquellas estrofas de la *Canção d'Oltremare*:

*I miei lauri gettai sotto i tuoi piedi,
e Vittoria senza altri E giunta l'ora.
Tu sorridi a la terra que tu predi,
Italia. Dall' ardor che mi devora
sorge un canto più fresco ch' il mattino
mentre di te l' esilio si colora...*

Caudillo de ese anhelo nacional, lo teatraliza en *La Nave*, cuyo estreno origina manifestaciones callejeras, reclamaciones diplomáticas, y aquel monstruoso brindis de Santa Pola, donde los marinos austriacos celebraron la catástrofe de Mesina.

Al estallar la guerra europea, D'Annunzio, cuya sensibilidad genial es el más firme centinela de su Patria, desató el lazo de la Triple. Luego condujo a Italia, con los aliados, a la reconquista, a la victoria.

Pero la victoria, que reconquista Trieste, ve que el Tratado de Versalles le arrebató Fiume. La nueva nación yugoeslava pleitea con Italia la posesión. Entonces, un día lírico, Gabriel D'Annunzio, a la cabeza de sus *arditi*, emprende la marcha sobre Ronchi; entra en Fiume, herido y sonriendo, como Turena en Aquisgrán; tremola sobre la ciudad adriática «la bandera de tre colore», aclamada con frenesí por los fiumeses, en una ansiedad de medio siglo:

*La bandiera de tre colore
sempre a stato la più bella,
noi vogliamo sempre quella
noi vogliamo la libertà.*

El *casus belli* de D'Annunzio atraviesa el Tratado de Versalles como el puñal de Pedro IV atravesó el Privilegio de la Unión. La diplomacia, sorprendida, cuchichea en Rapallo, en Santa Margarita. Entretanto, D'Annunzio, frente a la diplomacia, frente al Gobierno, frente a cierta parte de la Prensa, se mantiene gobernador de Fiume italiana, como aquellos procónsules de Suetonio que, durante la conjura de Catilina, se mantienen en las ciudades de Panonia, a nombre de Roma, solamente a nombre de Roma.

Esa gesta de Fiume, que la chusma semiletrada, incomprensiva y páfida intentó presentar como un caso de vanidad y exhibición (se necesita ser obtuso y malvado) es la gesta del sacrificio, de la humildad, del abandono de todo orgullo, de arrojar todos los laureles a los pies de la Patria.

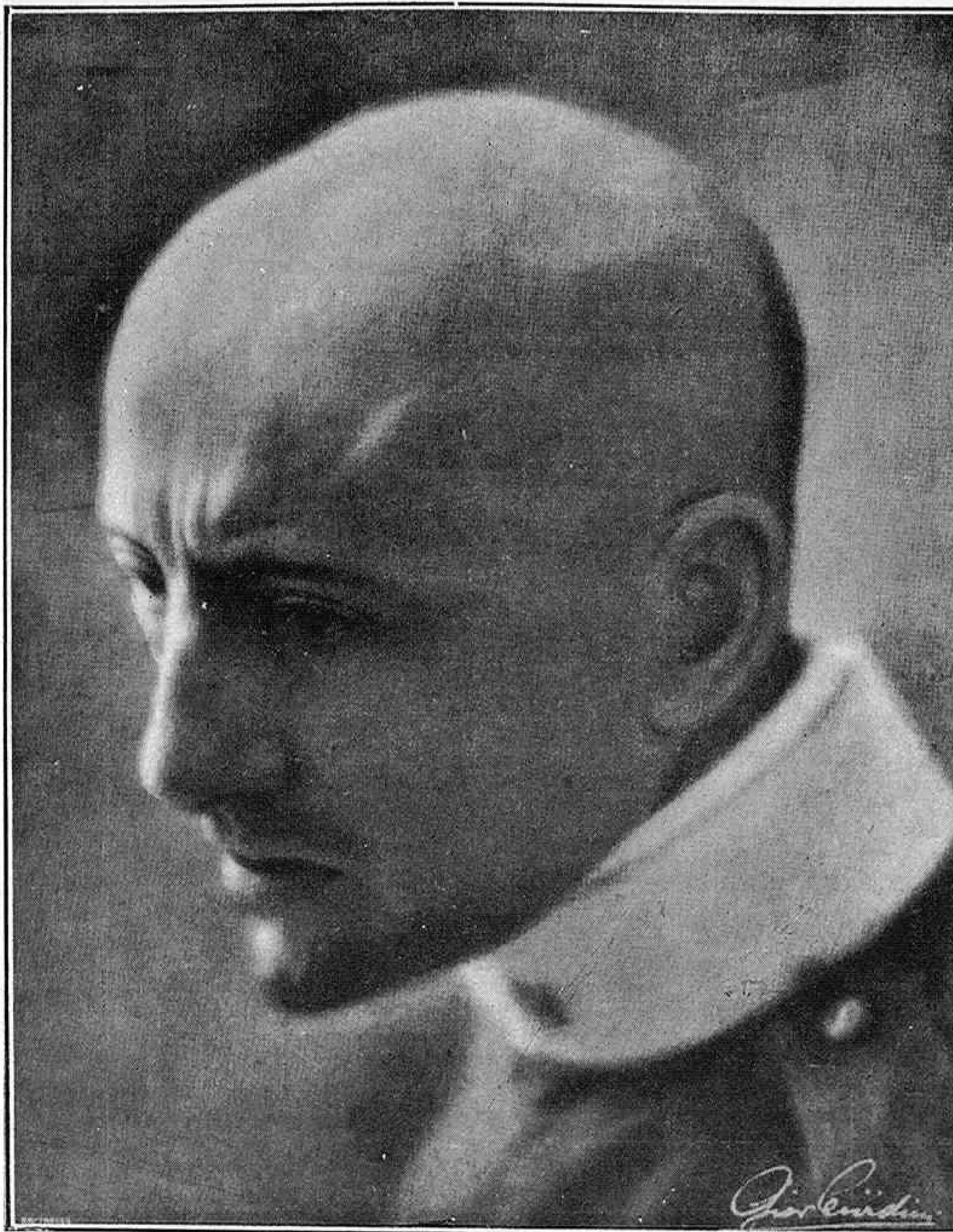
I miei lauri gettai sotto i tuoi piedi...

D'Annunzio, discutido, ultrajado, calumniado, permanece en Fiume, sin alegría, sin salud, muriéndose de cuerpo y alma, aferrado a no dejar la ciudad, italiana de hecho, que, para serlo de derecho, necesita continuar bajo la bandera tricolor. Al cabo Yugoslavia cede; la diplomacia se conforma; Fiume es anexionada en la plenitud del Derecho internacional. Y un poeta regala una ciudad a su Patria.

ÁGUILA DE BLASÓN

En el preámbulo, Mussolini decora el decreto real con estas fervidas palabras:

«Majestad: el acto solemne con que habéis sancionado la anexión de Fiume no puede ir separado de una magnánima concesión que recuerde, a nos-



GABRIEL D'ANNUNZIO

otros y a los venideros, al hombre que ha dado a la Patria la más alta acción y creación adriáticas.»

El Rey Víctor Manuel otorga el título de Príncipe a D'Annunzio «por sus incomparables servicios en la guerra y en la paz», reuniendo en un solo blasón las dos testas del águila danunziana: la doble inmortalidad de la acción y del pensamiento; la duarquía del genio y del sacrificio.

Este hombre de nuestros días renueva los ciclos antonómicos de la Historia: el de Pericles, el de Luis XIV, el de León X. Ningún contemporáneo suyo reúne, como él, en tanta flaqueza corporal, tanta y tanta grandeza anímica. Poeta, cuentista, novelista, dramaturgo, tribuno, capitán, amador, en todas estas nobles fases es siempre, y gloriosamente, el primero, el principal, el Príncipe. Nadie le aventajó, ni aun le igualó, en la lírica, en el libro, en la escena, en la tribuna, en el campamento, en el amor.

Su juventud, de oro y de fuego, cruza, como un deslumbrador meteoro, la Europa anterior a la guerra, asombrando a los poetas, maravillando a las mujeres, cantando, como *il flauto magico*, en todos los bosques del pensamiento y en todos los jardines del corazón.

Al estallar la guerra, la Epopeya se ofrece a él como una Musa, nueva y virginal; mas también como una Diosa patética. Entonces, el «Leopardo» se desprecia en su retiro de Arcachón. Hieden los aires gritos bélicos. Estallan las primeras granadas. Suenan canciones patrióticas. Vientos de Italia traen a Francia la profecía de Carducci, y D'Annunzio la siente en su corazón clavada como una saeta. La «gesta de ultramar» se inicia con las inmortales estrofas:

*I miei lauri gettai sotto i tuoi piedi,
e Vittoria senza altri E giunta l'ora...*

He aquí por qué es más amplio poeta que Horacio y Virgilio, sus progenitores y maestros. Horacio, que desconocía el genio, desconocía el sacrificio. Virgilio, que cantó la epopeya extraña, vivió alejado de la propia. El divino Petrarca, que alteró la robusta heroicidad de *Los Triunfos* con la gentileza de las canciones y sonetos, cortó laureles cortesanos en Avignon y rosas rústicas en Valclusa; pero ignoró completamente el esfuerzo político y la fatiga militar.

Sólo hay un poeta que reuna las dos naturalezas geniales: Dante, hermano mayor de Gabriel D'An-

nunzio, como él poeta, político y militar, y también, como él, Custodio de la unidad italiana. Fénix de la llama dantesca, entregado, como los héroes griegos, al Destino, y como la Verdad escolástica a «las disputas de los hombres», D'Annunzio ha sabido participar al mismo tiempo de los festines de Sybaris y del hambre de las trincheras. Ha conducido a un pueblo a la guerra y a la victoria, retirándose, como Cincinato, a la paz campestre.

Este padre ha dado sus hijos a la guerra y su cuerpo a las balas enemigas. Este privilegiado espíritu, que visitó, en alas del genio, los Campos Elíseos de *La Divina Comedia* y los campos supersticiosos de *La hija de Yorio*, hizo largas jornadas a pie sobre la nieve, descendió al cuévano de los fosos atrincherados, se remontó en su «velivolo» sobre las águilas, cantó como Tíreo, peleó como Ercilla y Garcilaso.

•••••

La juventud de oro y de fuego se trueca en madurez de laurel y roble. Gabriel D'Annunzio, a los sesenta y tres años, marcha al combate con la firmeza de un veterano y el ardor de un adolescente.

Su virtud militar no es menor que la de su genio literario. Su sacrificio paternal dando tres hijos a la guerra renueva en la moderna Italia el prestigio de la Roma antigua. La «patria potestas» de los Quirites, de los Escipiones y de los Rufos revive en este hombre de nuestros días como las ambiciones de Julio César en los sueños del corso Napoleón.

En torno a la figura menuda, avellana y nerviosa se diría que resucitan los poetas de Augusto y los caudillos de Plutarco. La grandeza de su conducta resiste todas las burlas de la ironía y todas las imprecaciones del pacifismo. Porque no va como conquistador, sino como libertador. Ni aspira a someter, sino a evitar las sumisiones...

Su acción política, como las de Dante y Maquiavelo, es tan perspicaz como eficaz. En su entrevista con el sinuoso Chicherin, cuando la Conferencia de Génova, define de este modo el Soviet: «El Soviet establece definitivamente esta verdad; ninguna dictadura de Clase podrá prevalecer en el mundo...»

Cuando el asalto del Palacio Marino, Ayuntamiento de Milán, por los fascistas, D'Annunzio, conducido a hombros por «las camisas negras», habló desde un balcón al pueblo. Su palabra, mágica, férvida, pidió paz entre todos los italianos. Era que presentía la guerra civil. Y así como en el Carso, frente al «Garibaldi» y al «Duilio», tenía que encender a Italia contra el extranjero, y la incendió con llamaradas de victoria, así, en el palacio Marino, frente a la intransigencia fascista, tenía que apagarla y la apagó, aunque momentáneamente.

LA ANÉCDOTA DE FRANC-NOHAIN

La Prensa italiana, jubilosa de patriotismo y unidad, acoge el Principado para D'Annunzio como debido, pero máximo, honor. En cambio, los periódicos franceses, situándose fuera de la emoción patriótica, sólo conceden al honor mera categoría nobiliaria.

Así, Paul Souday, en *Le Temps*, opina que «las hazañas guerreras merecen recompensas de esta índole; pero el genio literario es de otro orden y comporta apoteosis más inmateriales».

Pierre Plessys, en *Le Gaulois*, afirma que «la distinción es bien poca cosa para el poeta guerrero, perteneciente a esa raza de hombres superiores que sólo respiran a gusto el aire levantado por los alaridos del genio o de la victoria».

—D'Annunzio—añade con melancolía—es actualmente como un gran ave herida, despezada desde lo alto.

Por su parte, Mac-Nohain cuenta en el *Echo de París* esta fina y aguda anécdota:

—Recuerdo que una tarde, saliendo del teatro con Debussy, acudí a un golfillo:

—¿Coche, señor barón?

—No soy barón—dijole Debussy.

—¿Coche, señor príncipe?—insistió el golfillo.

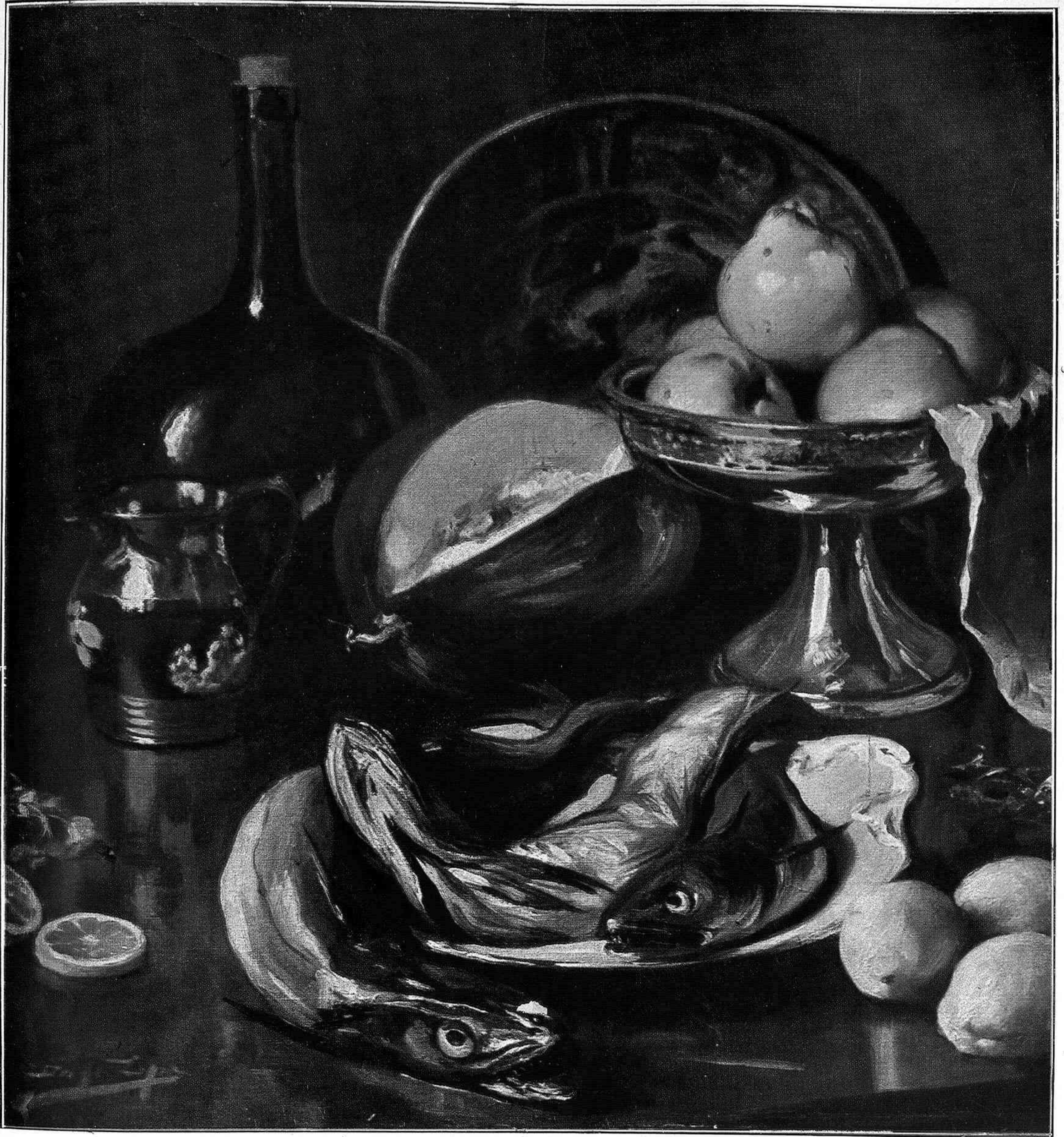
—No soy príncipe—replicó el músico.

—Entonces, ¿coche, maestro?...

Admiremos la progresión de este filósofo de la calle...

CRISTÓBAL DE CASTRO

ARTE CONTEMPORÁNEO



«Bodegón», cuadro original de Diego López

DIEGO López es un pintor sevillano que no suele asomarse a las Exposiciones nacionales, que pinta sus retratos de aristócratas, sus «gitanas» con un sosiego feliz de artista a quien no preocupan las intrigas de la profesión, ni la gloria no siempre limpia de esas intrigas.

Los modelos habituales son modelos de añeja nobleza española o siluetas mundiales como la del multimillonario Reni, el rey del carbón, que se hizo retratar diez veces por el pintor sevillano.

Diego López, desde muy joven, buscó fortuna más allá de los horizontes, y como es hábil en su arte y sabe muchos secretos aprendidos en la galante elegancia de los maestros ingleses del siglo XVIII, para dulcificar su brío castizo aprendido en los maestros sevillanos del XVII, no tardó en triunfar.

Antes de la guerra, era uno de los favoritos retratistas del mundo fastuoso de la Costa Azul, con sus féminas artificiales, sus príncipes y sus aventureros de todas las naciones. Había recorrido ya Alemania e Inglaterra con igual suerte.

Después marchó a América. Giróvago impaciente e inquieto, le interesa la mudanza de emociones y motivos; depura cada vez más su estilo y adquiere su línea una elegancia neta y precisa de buen dibujante.

Sus retratos al lápiz son apuntes sobrios, ligeros, un poco frívolos, muy de acuerdo con la vertiginosa vida moderna. Durante veinte años, estos dibujos de Diego López van quedando por los grandes centros mundanos de Europa y América.

Sin embargo, no sólo pinta las mujeres elegantes, los exóticos millonarios y los aristócratas. Ama su Andalucía y conserva el culto pictórico a las gitanas.

Y así como al retratar a una dama entre gasas y sedas, sobre un fondo de jardín versallesco, emplea los tonos suaves, plácidos, un poco aduladores, al pintar las gitanas su arte se masculiniza, se hace vigoroso y da una sensación de fiereza muy simpática.

Ahora Diego López muestra en este «Bodegón», una de sus más recientes obras, la complacencia del artista por las calidades cromáticas prescindiendo del tema. Es una muestra joyante y briosa de buena pintura con sabor tradicional.



NIEVA. La cima de Capuler se ha puesto su capucha de armiño. Rueda la avalancha de nieve por el valle de Chandefour, y el Couze, en su nacimiento, ruga con todas las furias de un gran torrente.

Y la choza del leñador, la humilde choza al pie de la roca basáltica, parece que gime.

Antonieta acaba de acostar á sus dos hijos.

—Dormid, hijitos; dormid bien—les ha dicho.

Los niños están tristes. Han visto enfriarse la sopa en la olla, apagarse el candil por falta de aceite, llorar á su madre, y el padre no ha vuelto.

El viento sopla con furia.

—¿Eres tú, Guillermo?—pregunta la buena mujer.

Pero no; no es Guillermo. Todos los días deja el hacha al sonar el «Angelus», y regresa á su choza, donde le esperan sus hijos. Hoy no ha vuelto.

La «María Luisa» del campanario, que en el pueblo perfila su cruz de cinc sobre el flanco de la colina, da lentamente ocho campanadas.

—¡Hola, Guillermo!

No... Es el viento que tiene voces humanas, ó es la inquietud que habla.

Antonieta arrima la olla á la ceniza caliente del hogar, despabila el candil y abre la puerta de la choza.

¿Qué será de su marido, del hombre amado, que todas las semanas pone en la caja un buen pan y una sabrosa tajada de tocino?

¡Dios! El viento azota á la nieve, y de las cimas del Lancy y del Ferrand baja en aludes espantosos.

¿Le habrá extraviado esta blancura infinita? ¿Habrá rodado á algún abismo? ¿Es tan traidora la nieve!...

Se vuelve á la habitación de los niños, é inclinándose sobre la cama, murmura:

—Buenas noches, hijos míos... Dormid. Voy á buscar á papá. Rogad á Dios por él... Y dormid, dormid, queridos...

Al abrir la puerta de la empalizada, Antonieta tiene un pensamiento. El campo está solitario y son de temer los malhechores. El tiempo ayuda á las malas almas.

Y llama:

—Aquí, Yoyó; en guardia.

Un perro, un enorme perro con el pelo rojizo y el lomo encorvado por el peso de diez años de miserias, sale del establo, abriendo, en un bostezo, un formidable hocico...

—Yoyó: cuida de la casa. Los niños duermen. Es preciso que estés atento. Y enseña los dientes á los transeúntes.

El perro se acerca á su dueña, olfatea la nieve, levanta los ojos hacia la noche y ladra quejumbrosamente.

•••••

Al penetrar en el estrecho sendero, Antonieta se estremeció bajo su chal de lana. Sus zuecos se hundían en la nieve movediza y el granizo azota su rostro lívido.

Cuando el huracán se calma, grita:

—¡Guillermo! ¡Guillermo!...

Y su voz se pierde en el siniestro ulular de una ráfaga violenta:

—¡Guillermo!

¿Dónde estaría el leñador á esta hora? Acaso su pesimismo sea exagerado. Guillermo tiene buenas piernas y conoce bien el camino.

¿Habrá ido á casa de Claudinette? ¡Ah! ¡Qué idea! Y la idea es como una maldita puñalada en las sombras. Ve á Guillermo sentado—con los pies en la chimenea—y á Claudinette á su lado, avivando el fuego con la sonrisa en la boca. Y á su lado Guillermo se olvida de que tiene una mujer, que en este momento chapotea entre la nieve, y dos hijos que duermen solos en la choza... Si fuera así, daría un escándalo, un formidable escándalo á aquella viuda joven que escandaliza todos los do-



mingos en la misa mayor con la viveza de las miradas de sus ojos negros.

Llega á la casa de la viuda. Y acercándose con paso de lobo, arriesga una mirada por los postigos medio cerrados. No. Guillermo no está allí. Antonieta experimenta cierto alivio. No está con la viuda...

Sigue. El huracán redobra su violencia y los copos de nieve giran en torbellinos.

La luna desaparece, quedando la noche color de tinta. El reflejo de la nieve guía á Antonieta.

—¡Guillermo!

A su voz responden los canes aullando desesperadamente. Y sus aullidos se prolongan en las negruras.

Los perros aullan al lobo. Antonieta vuelve la cabeza y á treinta pasos ve dos candelillas... Un lobo la escolta...

—¡Cuidado!—piensa en un supremo esfuerzo—Es preciso seguir en línea recta, sin vacilaciones, sin tropezar... Al menor descuido... El lobo vigila y no hay que demostrarle temor. Sólo ataca al cobarde...

Y sigue valiente, resuelta, de cara á la noche, más oscura cada vez; de frente al huracán. Acaso se encuentre con Guillermo...

Pero á poco siente que el frío se apodera de ella. Quiere resistir, defenderse; pero algo como un sudario impalpable la envuelve, paralizándola.

La sangre se hiela en sus venas; sus piernas se doblan y el corazón le late apresuradamente. Y de pronto, al dar un paso, Antonieta rueda sobre la nieve...

En las tinieblas se dibuja un salto formidable—el lobo estaba junto á la mujer—; pero en el mismo instante un segundo salto repite el camino del anterior.

—Soy yo, Yoyó... Ahora nos entenderemos, lobo—parece decir el viejo perro al mirar un segundo á su enemigo.

Y se entabla una lucha terrible. La nieve vuela en torbellinos; silba el viento, ahogando

los gritos, y el combate sigue. Su odio, el odio recíproco, tan inmenso, estalla en mordiscos desesperados. De pronto el lobo lanza un ronco aullido. Yoyó le ha apresado la garganta. Ahora ya puede aullar y bregar el enemigo; sus cartílagos se hallan

entre los colmillos de unas tenazas que se van cerrando paulatinamente...

Guillermo vuelve de prisa...

Encontró al cartero rural desvanecido cerca de un roble á la entrada del bosque. ¿Cómo iba á dejar morir á aquel hombre? Tuvo que reanimarlo y conducirlo á la aldea.

—¡Hola! ¿Qué es esto?

Acaba de tropezar con el cuerpo de Antonieta, tendida en medio del camino. Se inclina. Cerca de su mujer agoniza Yoyó, con el vientre abierto por la dentellada de un lobo que tiene al lado sin vida.

En la obscuridad los ojos del perro despiden un relámpago de alegría al ver á su amo. ¡Ah! Si pudiera hablar Yoyó, diría:

—Mi ama salió á buscarle, dejándome en la cabaña... Yo tengo por costumbre no desobedecer; pero esta noche no estaba tranquilo porque en el aire olfateaba al lobo. Y salté la empalizada, siguiendo á mi dueña, desde lejos, para que no sospechase mi traición. El lobo salió del monte á quinientos metros de la choza... Pero tranquilízate, mi buen amo: mi dueña sólo está desmayada. Mira: para que tenga menos frío he deslizado mi cabeza debajo de la suya...

Guillermo saca su calabaza con agua, y mientras Antonieta recupera el sentido, Yoyó le lame el rostro con su hocico ensangrentado.

Es su última caricia.

Se tiende de nuevo sobre la nieve y parece querer decir con su última mirada, que se va extinguiendo:

—Adiós, amos míos; no me reprochéis la desobediencia... Y no tengáis pena. Yo no era más que un viejo perro que tardaba mucho en morir... Si he abandonado la casa no ha sido culpa mía... El perro olfateaba al lobo...

JUAN SINDIER

(Traductor, Victor GABIRONDO)

DIBUJOS DE BALDRICH

Pompas de jabón

*Son mis pensamientos
pompas de jabón
que lanza á los vientos
mi imaginación...*

*Son deslumbramientos
fugitivos, son
entretenimientos
de mi corazón...*

*El espacio rayan;
con su irídeo encanto
se les ve ascender...*

*Y en el aire estallan
deshechos en llanto
para no volver...*

Francisco VILLAESPESA

ESCENAS MADRILEÑAS



«Ta' de de domingo en el Café», dibujo original de Esplandiú

MUJERES ESPAÑOLAS

E M I L I A

Los ojos negros y anchos, profundos; la frente, pequeña y tersa; la boquita, breve, que deja asomar á cada paso, para lubricar los labios, el hechizo de una lengüecita roja... Y después, el cuello firme y recio, la nuca decorada de ricitos tentadores, el sombrero encuadrando la cabecita atropellada y ligera de cascos, la capa envolviendo su cuerpo grácil y esbelto. Completan la fisonomía y el indumento de Emilia los brazos, rollizos y carnosos, blancos, entrevistados á través de la seda de las mangas; una eterna sonrisa indiferente de muchacha que sonríe por sonreír; una voz suave y dulce, cristalina, semejante al gorjeo de sus hermanos los pajarillos madrugadores; un aire gracioso de petulancia grave y postiza...

Emilia es—*passer le mot!*—una muchacha bien. Desde muy pequeña ha venido á Madrid. A todas horas se la ve por la calle iluminando con su sonrisa la transparencia de cristal y la grata familiaridad del ambiente callejero de la Villa y Corte. Asiste á los estrenos; pasea por las tardes—á la caída del sol—por las veredas del Retiro; acude al anochecer á los tés de Molinero; cuenta con muchas amigas, y se duerme, á prima noche, agitada con los episodios y acaecimientos de *Muñecos* y de *Corazones sin rumbo*. Lee, sin fatigarse y sin grandes tropezones, el francés, y cuando acude á la Princesa á deleitarse con la arrogancia romana de Vera Vergani ó al Real á escuchar las fáciles melodías de Puccini, sigue la acción y se entera de lo que pasa entre candilejas. Tiene un album con versos de poetas desconocidos y con monos de artistas que están á punto de llegar. Fuma cigarrillos turcos, y se toca para estos menesteres con un de-

licioso delantalillo de cuero. Siente Emilia una curiosidad insaciable por las cosas, y por ellas pasa sin mancharse, sin perder su sonrisa, como pasan los cisnes por un lodazal.

En las primeras fiestas del corazón anda ahora empeñado el espíritu alado y gracioso de nuestra amiga Emilia. Todas sus nociones teóricas se le están demostrando ante el presentimiento del divino misterio. Sus libros favoritos—las novelas de Pedro Mata—; sus mujeres predilectas del mundo de la ficción—Gloria, la pizpireta novicia sevillana de *La hermana San Sulpicio*; Carmina, la santiaguessa que sueña con paraísos de luz entre la sucia neblina de las rúas de Compostela; Maximina, la dulce niña de Pasajes—la permiten soñar un momento; pero cuando despierta, se encuentra ella sola ante dudas, y vacilaciones, y angustias, y presentimientos que no le han definido nunca. ¿Qué será el amor, Dios mío? ¿Un pasatiempo liviano y bonito? ¿Una angustia nueva que no ha conocido jamás? ¿Un dolor placentero? ¿Un placer doloroso? ¿Qué será el amor, Dios mío? Emilia sujeta las sienes entre sus manecitas, y se compone los revueltos ricillos de la nuca, y termina sus meditaciones con una mueca de burla que es un gesto disfrazado de impotencia y de dolor.

Pero el amor está cambiando, modificando á cada paso la fisonomía física y espiritual de nuestra linda amiga. En su faz, en su sonrisa, en su sombrero, en su capita, en la composición armónica y deliciosa de su figura, unos ojos sagaces pueden leer á todas horas, como en libro abierto, las huellas y progresos del estrago. Su petulancia grave y postiza, compuesta, arrancada tal vez de la

faz tediosa de una muchacha que bosteza, se humaniza y dulcifica por momentos, y en las horas de sorpresa y de abandono es un gesto riquísimo, el hervor de la sangre roja de los veinte años, la patente de salud y el anhelo de una esperanza que nos permite seguir viviendo. La voz, dulce y mimosa, tiene ahora matices graves y grandes intervalos de reposo. Los cigarrillos turcos, que antes eran un signo de buen gusto, son ahora una necesidad y un excitante. El sombrerito-toca ha adquirido la gravedad de su misión, porque en el nidal vacío que antes cubriera viven hogaño quimeras locas que se hacen y deshacen á cada paso como combas de espuma. Los ojos negros, francamente parleros de antaño, saben hogaño callar y tienen vislumbres y lejanías de lo infinito. Y su figura toda, nos ofrece hoy el espectáculo de una armonía suprema, de una quietud extática, de un reposo henchido de maravilla.

He visto anoche por la calle del Arenal á Emilia. Miraba el escaparate de una librería, olfateando con los ojos la tinta fresca de las últimas novelas. Vaciló Emilia, no compró las novedades y continuó su paseo hacia la calle de Alcalá. Un muchacho giraba en torno á ella, marcando en sus giros las más extrañas figuras geométricas. Emilia, atenta á las divagaciones de su adorador, sonreía, y su sonrisa había perdido su complejidad habitual: era transparente, tranquila, aniñada, y había en ella como un anticipo de maternidad. Las mujeres quieren un poco maternalmente á los que saben nutrirlos de ensueños y de imaginías.

José SANCHEZ ROJAS

LAS CIUDADES EN LA LITERATURA



ANGELICA PALMA

AQUELLA genial paradoja de Oscar Wilde sobre Londres y su niebla encierra una verdad honda y eterna. Es el arte el que da a los pueblos la vida del espíritu, el superior prestigio que, aureolándolos

mi padre; ya lo hacen cumplidamente sus *Tradiciones Peruanas*; mas no era posible callar su nombre al ocuparse de la ciudad por él popularizada, villa curiosa y compleja, de espíritu a la vez señorial, novelero, romántico y satírico, cuyas diversas modalidades se vislumbran en las muchas páginas que ha inspirado.

Ya en los tiempos virreinales tuvo Lima observadores atentos y acertados como aquel epigramático D. Juan del Valle y Caviedes, a quien llamaban *el poeta de la Ribera*, que tuvo, para pintar costumbres y zaherir personalidades, ojo avizor y maligno, lenguaje desenfadado y siempre propicia la musa burlona.

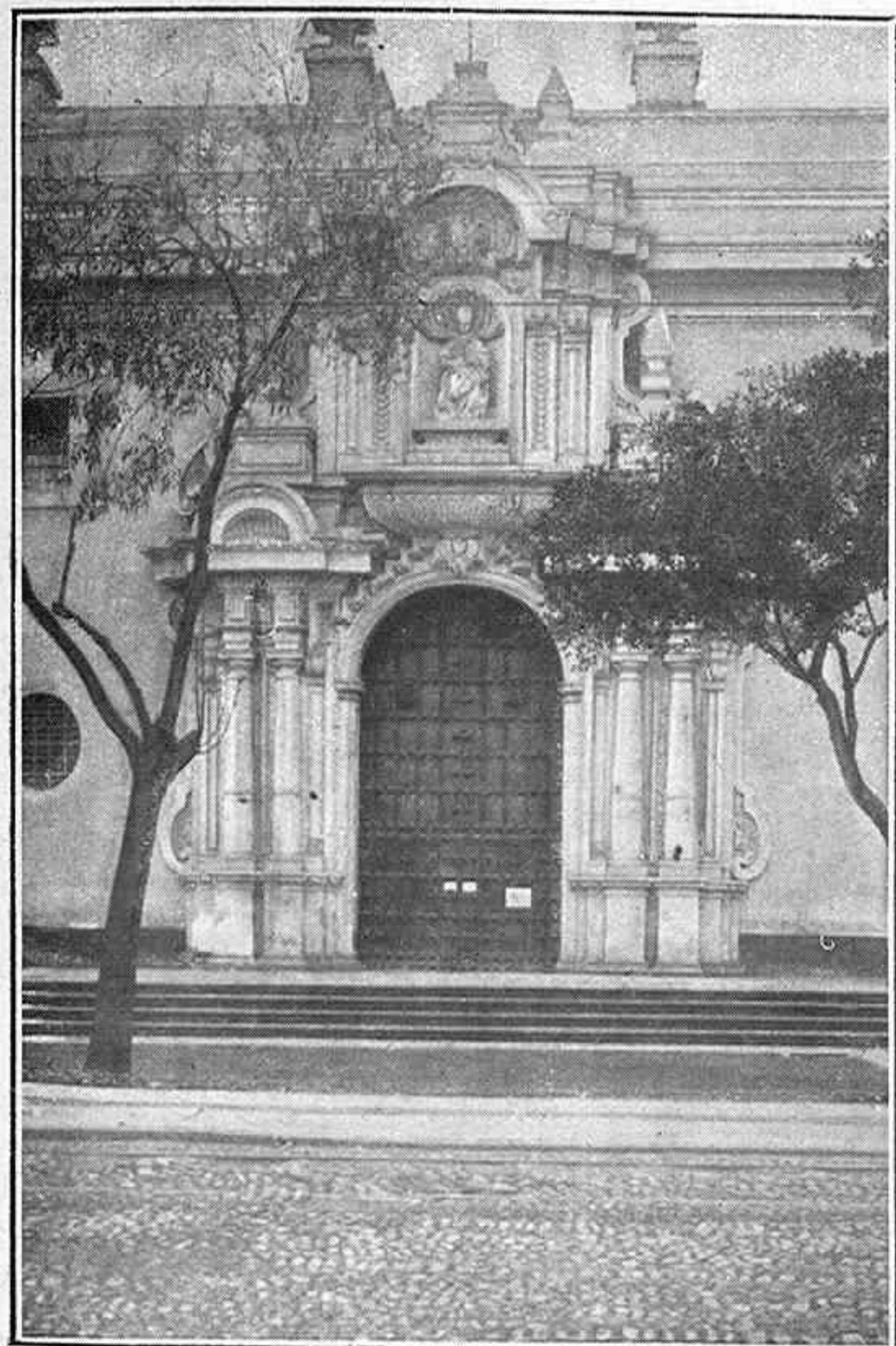
Al acentuarse las características nacionales, después de la Independencia, surgieron también mentalidades que las interpretaran, y si en D. Felipe Pardo prevalece el criollo refinado sobre el discípulo de Lista, vemos al criollo de medio pelo, jaranista, revoltoso y dicharachero, en el teatro de Segura, el popular comediógrafo que no sólo en las condiciones intelectuales, sino en las físicas, recordaba a Bretón de los Herreros, pues era también tuerto.

La generación que siguió a la de estos escritores insignes se inició con síntomas del más agudo romanticismo que se manifestaba en sonoras imitaciones de Musset y de Hugo, de Byron y Leopardi, de Espronceda y Zorrilla; luego esos muchachos exaltados fueron poco a poco encontrando su camino, y algunos fijaron sus ojos ilusionados en la tierra madre y explotaron la propia cantera. Destácase entre ellos, al lado de Palma, José Antonio de Lavalle.

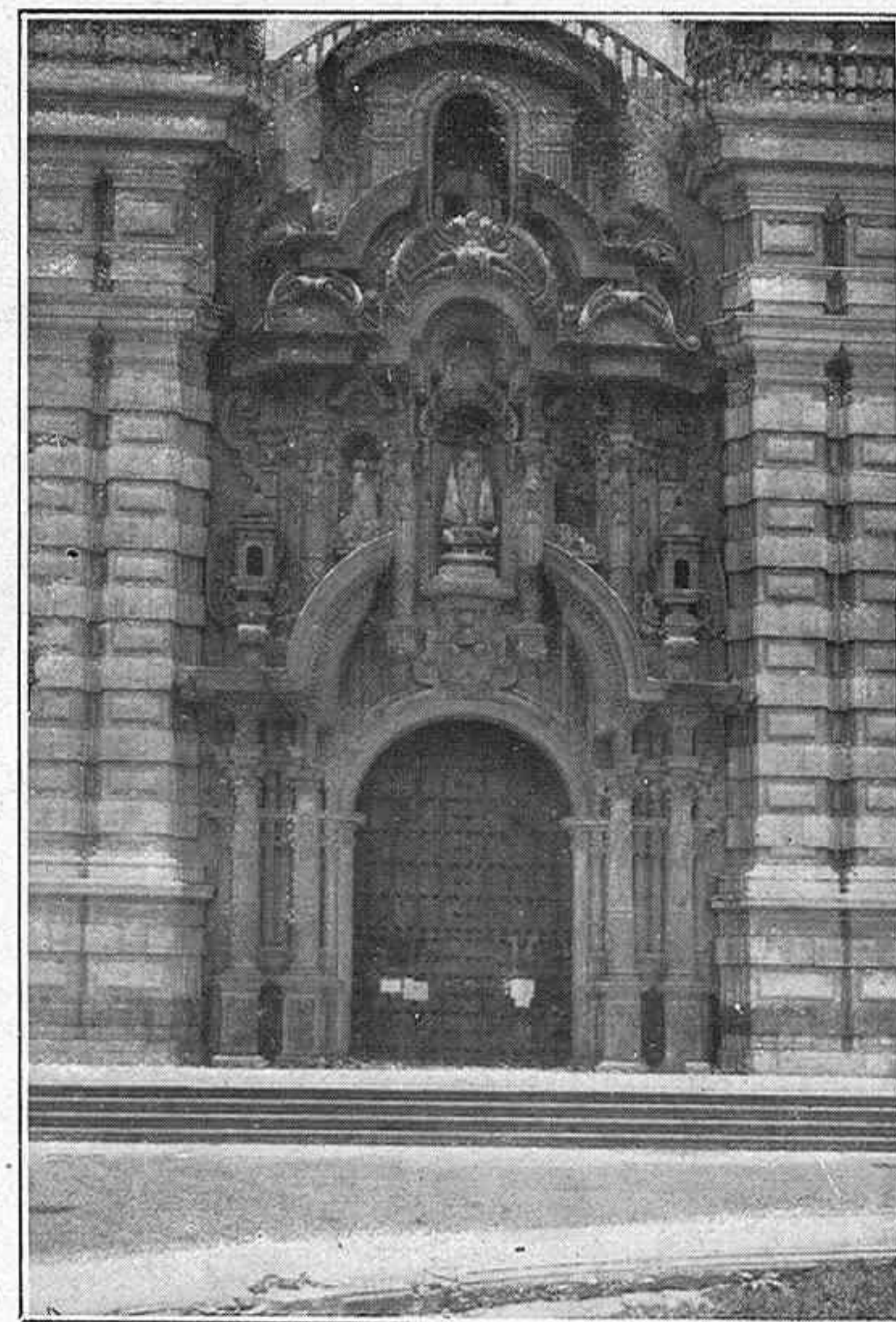
Descendiente de la vieja nobleza colonial, limeño de pura cepa, Lavalle es otro fervoroso amante de su legendaria ciudad de los Reyes, a cuyos personajes más representativos y a cuyas más típicas costumbres da nueva vida su estilo terso, limpio, elegante, decoro gentil de su concienzuda erudición. El siglo XVIII, galante y enciclopedista, le atrae de preferencia, y en *Mariana Belzunce* nos ofrece un delicioso cuadro de la sociedad limeña de entonces y nos presenta a dos de sus individuos más descolantes en las monografías que dedica a D. Pablo de Olavide y a la *Perricholi*, la actriz cortesana que hechizó al virrey Amat y en pleno apogeo de su poderío tuvo el piadoso arranque, lindamente falseado por Merimée en *La carrosse du Saint-Sacrament*, de obsequiar su calea para que en ella se llevara el Viático. Una calle de Madrid lleva el nombre de Olavide, y por cierto que no es excesivo

vo el homenaje para el inquieto caballero que contribuyó empeñosamente a la reconstrucción de Lima, destruida por el terremoto de 1746; hizo papel lucido en los Círculos intelectuales de París; fué en España huésped de las cárceles de la Inquisición, y en los últimos años de su existencia, brillante y atormentada, escribió el *Evangelio en triunfo*.

Tiene el galano comentarista de las cosas y de los tiempos pretéritos un digno heredero de su pluma en su nieto Juan Bautista de Lavalle, joven y atildado escritor en quien es de censurar que aún



Parte de la fachada de la Iglesia de San Francisco en Lima



Pórtico de la entrada lateral de la Iglesia de San Francisco en Lima

de sugestión, los hace dueños de las almas curiosas y soñadoras. Si Nueva York hubiera tenido su pintor, su músico, su poeta, Anthero de Quental no se habría vuelto a Europa sin desembarcar en la gigantesca ciudad. Hay algo que no depende del dinero y del confort, y por ese algo dió Rodembach existencia perdurable a *Brujas la muerta* y engrandeció Galdós el Madrid mediocre de la segunda mitad del siglo XIX.

¿Qué curioso conjunto de circunstancias, armónicas o contradictorias, es el que da a una ciudad su artista? No es el progreso material, aunque no ande reñido con él; no son, primordialmente, los favores de la Naturaleza, ni de modo exclusivo el influjo del pasado o el positivo valer actual; es, aparte de eso, algo más, animado por la fuerza indefinible que hace nacer en un rincón cualquiera de la tierra seres tan enamorados de su *angulus ridet*, que sienten e interpretan sus más íntimas vibraciones y las esclarecen de poesía.

En la América española, es Lima la ciudad que en más alto grado disfruta de este privilegio. Tienen otras ciudades del continente joven claros ingenios de nobilísimos prestigios, a quienes debe el idioma los profundos estudios de Bello y de Cuervo, la prosa magistral de Montalvo, las doctrinas de Hostos, el apostolado laico de Sarmiento, las enseñanzas filosóficas de Varona, el pensamiento luminoso de Rodó, el lirismo revolucionario de Rubén Darío, las quejas roncadas de pasión de Gabriela Mistral y la emoción suprema de Amado Nervo; pero el literato que es cumbre y esencia de la potencia anímica de su tierra; que, por milagro de amor, al resucitar su ayer labora para el porvenir; que la eterniza, animada y palpitante, en las páginas de sus libros, pertenece a Lima y se llama Ricardo Palma.

No es a mí a quien incumbe hablar de



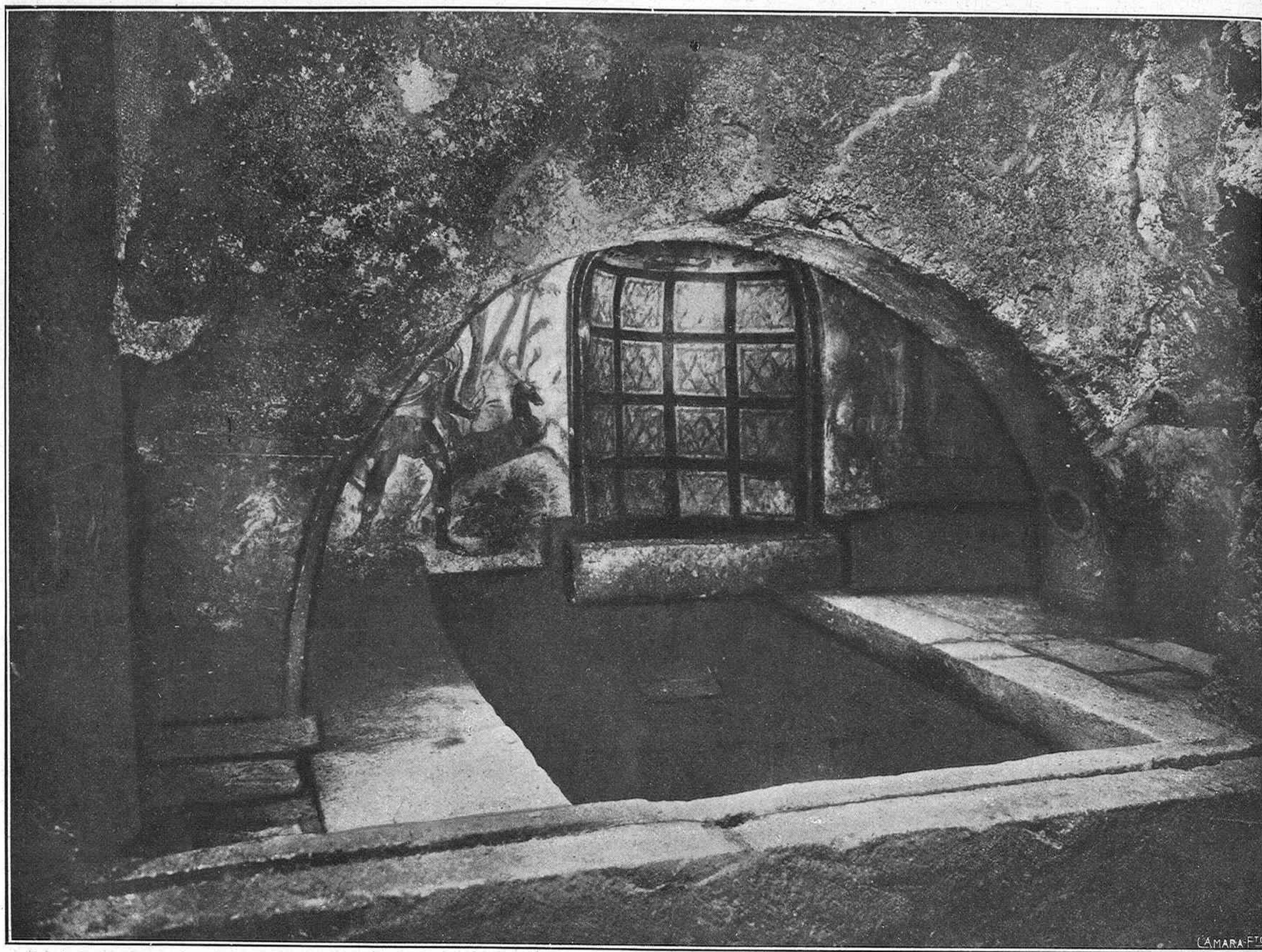
Pórtico central de la fachada de la Iglesia de San Francisco

no haya reunido en volumen los muy interesantes trabajos de evocación histórica que andan dispersos por diarios y revistas.

No son la Lima colonial, fastuosa y muelle, ni la alborotada y pintoresca de las primeras décadas republicanas las únicas que han encontrado afortunados intérpretes; también lo tiene un momento de su historia contemporánea, del que arranca una evolución trascendental. La ciudad «alegre y confiada», que hasta muy avanzado el siglo XIX conservó en América su dorado prestigio secular, sufrió al finalizar esa centuria un alevoso golpe, cruel é injusto, que la sumió en profunda postración. Las leyendas del antiguo esplendor sólo servían para hacer más humillante la pobreza; no se percibía claridad en el horizonte ni prestaban las almas cabida a la esperanza. Mas en todo organismo joven al mal sigue la reacción; sacudió el doloroso sopor la ciudad abatida; pero al resurgir ya no era la de antes; insinuábanse en ella otras tendencias, y corrientes de renovación agitaban su existir. Es este momento de transición, momento indeciso y solemne que pone en el ánimo contemplativa pavor de amenazas y riente alborar de promesas, el que con delicada emoción ha perpetuado José Gálvez en su bello libro titulado *Una Lima que se va*. Sí, poeta; se va esa Lima; acaso se fué ya, como se fueron con la de los virreyes pomposos y la de los mariscales republicanos la saya y manto y el mirriñaque; había ya sonado su hora; se fueron y no lo deploramos; nos han dejado una literatura. Recordémosla con amorosa melancolía, pero sin nostalgia, y pongamos todas las esperanzas y todos los empeños en que la nueva, la que ahora se forma y un día surgirá radiante, tenga, como las idas, su alma propia, el soplo de gracia que las immortaliza, y que por ser poesía es vida.

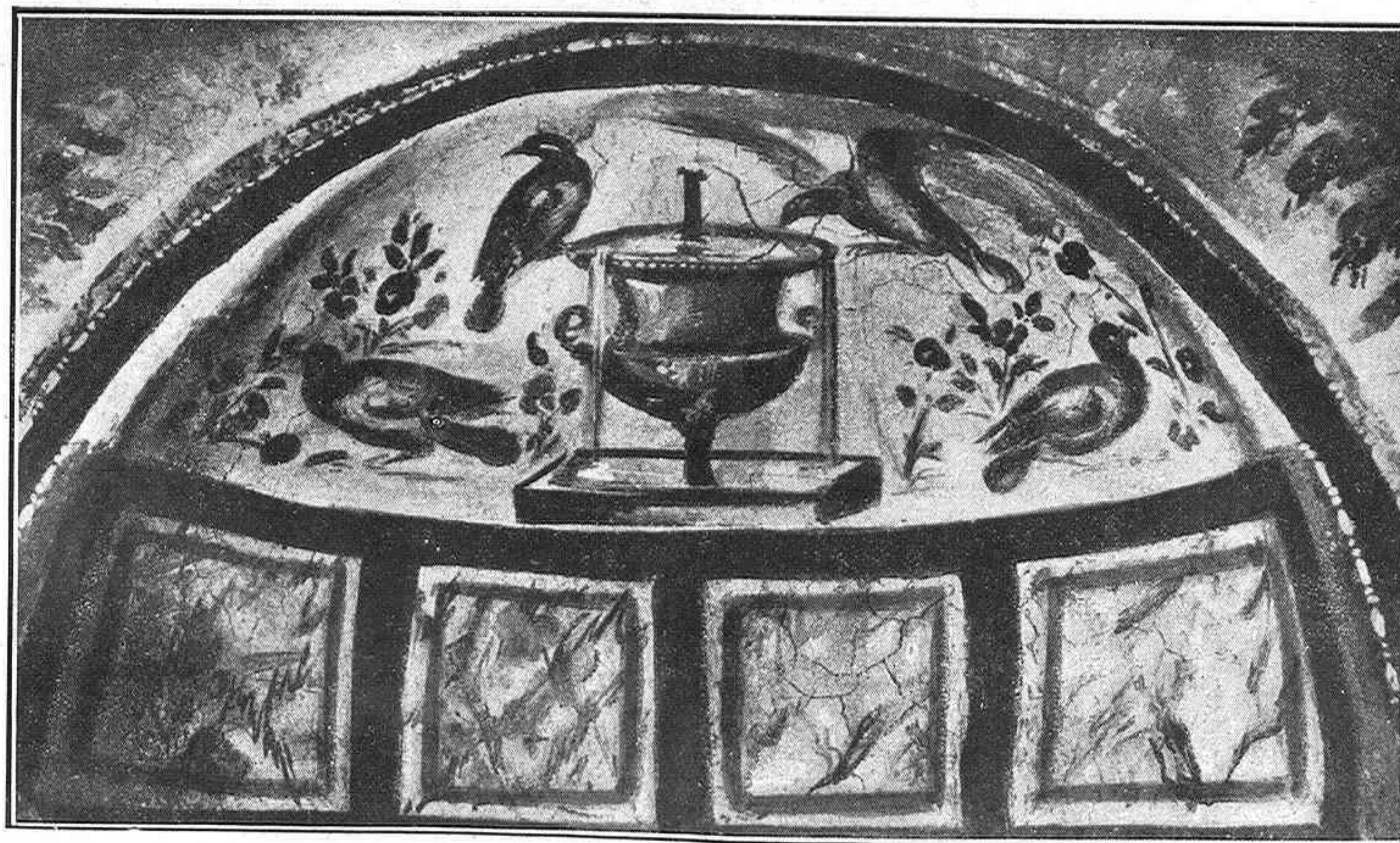
ANGÉLICA PALMA

LAS MISTERIOSAS PINTURAS DE PORTA SALARIA



La piscina del hipogeo descubierto en Roma, viéndose al fondo las misteriosas pinturas simbólicas que decoran esta cueva, y que á juicio de algunos arqueólogos fueron ejecutadas por los primitivos cristianos

EL subsuelo de Roma, como el de todas las grandes urbes históricas, ofrece cada día á la exploración arqueológica nuevas é interesantes sorpresas. Recientemente, y con motivo de ciertas excavaciones llevadas á cabo en Porta Salaria para cimentar un edificio, se ha realizado un descubrimiento de extraordinaria importancia y que habrá de causar empeñadas discusiones entre artistas é historiadores. Consiste el referido hallazgo en una vasta construcción subterránea, decorada con pinturas y mosaicos de sobresaliente mérito. Este *hypogæum*, de 23 metros de



Una de las pinturas simbólicas existentes en la cueva de Porta Salaria

longitud por 8 de ancho, hubo de ser edificado en plena necrópolis Salaria y á una profundidad de siete metros, por lo que debieron quedar destruidas numerosas sepulturas. De forma semielíptica, presenta en su ingreso una serie de escalones, muy desgastados en el centro, y que, sin duda, servían de acceso al hipogeo desde alguna entrada exterior, hoy ignorada. Por lo que á la fecha de construcción se refiere, hay un dato precioso, suministrado por algunas de las piedras sepulcrales utilizadas en el pavimento. Según inscripciones perfectamente visibles en

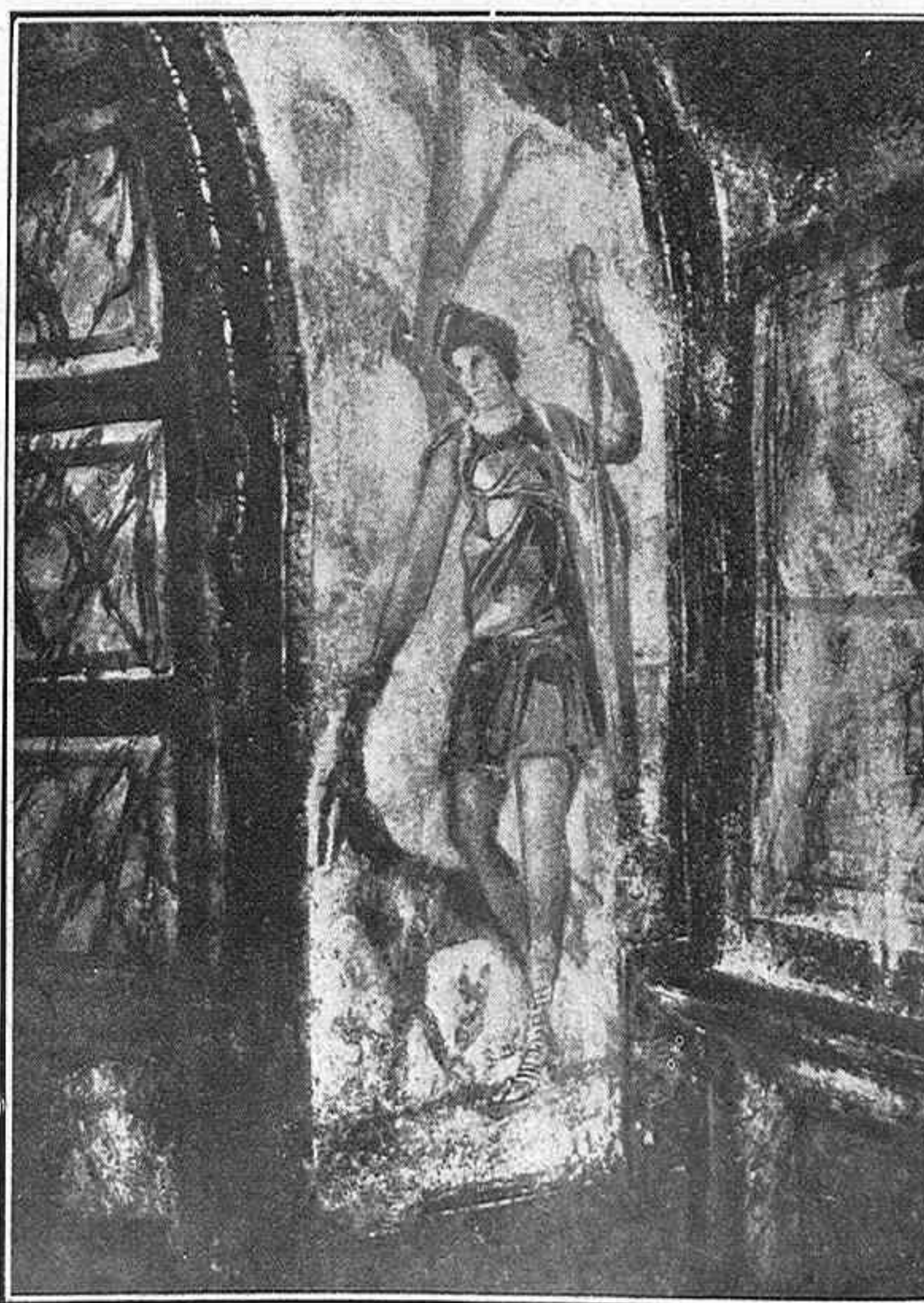


«Diana cazando á los ciervos», composición alegórica á la izquierda de la hornacina situada en el fondo de la cueva, y que debió ser utilizada probablemente como altar. La pintura pudiera simbolizar el paganismo persiguiendo á los prosélitos de la religión cristiana

dichas piedras, éstas correspondían á sepulturas de pretorianos de la Norica, antigua provincia del Imperio romano, situada al Sur del Danubio, y que abrazaba territorios que son hoy de Baviera, Austria y Estiria. Y siendo hecho averiguado que hasta tiempos de Séptimo Severo no formaron los extranjeros en la guardia personal del emperador, puede asignarse á esta galería subterránea una antigüedad de algo más de diez y siete siglos.

Pero lo verdaderamente admirable del lugar descubierto son sus pinturas murales, consideradas por el ilustre arqueólogo italiano profesor Paribeni como unas de las más perfectas y mejor conservadas de la antigüedad romana. Enmarcan las referidas pinturas una espaciosa hornacina abierta en el muro, y también decorada con dibujos geométricos en mosaico policromado. Los dos paneles laterales representan, dentro del más puro estilo clásico, á Diana cazadora con una pareja de ciervos y una Ninfa acariciando á un corzo, y la pintura superior cuatro avejillas de brillante plumaje en torno de una fuente, de cuya ancha taza se desborda el agua cristalina, cayendo sobre una pila rectangular imitada exactamente en su forma por la piscina abierta inmediatamente debajo del nicho. El resto del hipogeo, aunque profusamente decorado con labores de mosaico, reproduciendo en su mayor parte escenas de la vida marítima (bellos *amorini* que pescan, nadan ó saltan desde las barcas), se encuentra desgraciadamente casi roído por la humedad y el salitre, resultando poco menos que imposible la reconstrucción de la artística obra mural.

Ahora bien: las singulares características de esta estructura subterránea, que ni pudo estar destinada á habitación permanente, ni servir á fines industriales, ni á palestra ó gimnasio, ni á simple *nymphæum*, no obstante disponer de amplia piscina, despiertan extrema curiosidad é interés entre los arquitectos y arqueólogos, que aún no han logrado ponerse de acuerdo acerca del objeto del hipogeo. Las mismas



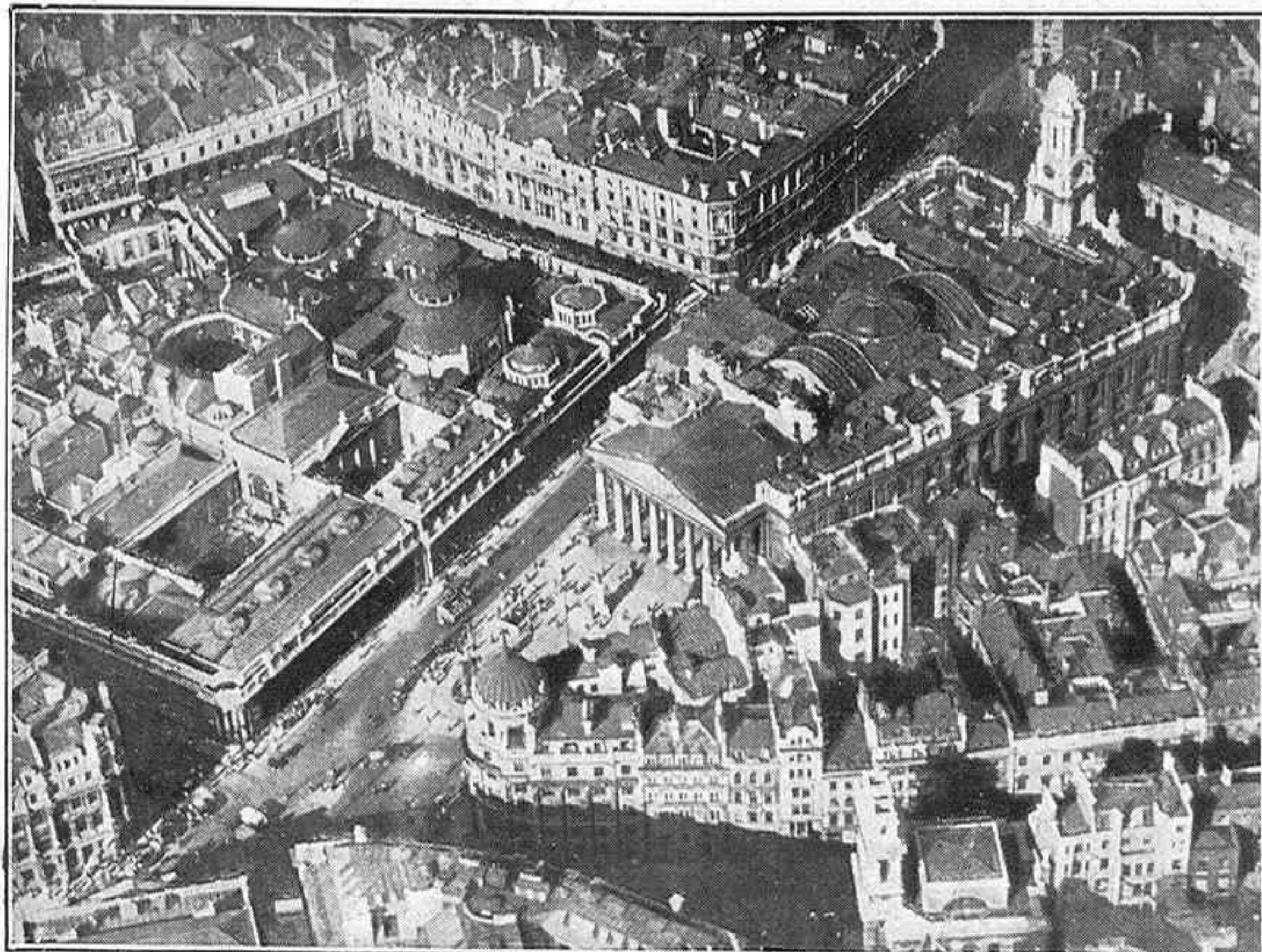
«Una ninfa acariciando á un cervatillo», composición alegórica á la derecha de la hornacina. (Se supone que representa á la nueva creencia acogiendo al cristianismo perseguido)

pinturas, que á todas luces no son sólo decorativas, ocultan su verdadero significado. La conjetura que mayores probabilidades ofrece de acertada interpretación es la que atribuye á esta catacumba un carácter religioso. Así piensa el profesor Paribeni, quien no vacila en afirmar que una de las composiciones en mosaico alude al episodio bíblico de Moisés en el desierto, simbolizando otra de ellas á San Pedro bautizando al Centurión. De la misma opinión participa el arqueólogo Monseñor Wilpert, famoso por sus estudios acerca de las Catacumbas de Roma. Infiere éste de la presencia de la piscina bajo el nicho, destinado sin duda á un altar, que el hipogeo sirvió de baptisterio á alguna primitiva congregación cristiana, en la época de las grandes persecuciones, y en este caso las figuras de Diana y la Ninfa son puramente alegóricas, representando, según todas las probabilidades, la primera el Paganismo dando caza á los prosélitos de la nueva doctrina, mientras la Ninfa (la Iglesia) recoge y conforta á los perseguidos. Parece apoyar esta hipótesis la circunstancia de que las antiguas historias de Roma mencionan un *Baptisterium ad Nymphas* (Capilla bautismal de las Ninfas) situado en los suburbios de la ciudad. Otros arqueólogos creen, por el contrario, que la cueva de Porta Salaria no debió ser otra cosa que uno de los muchos lugares secretos contruídos y frecuentados por las numerosas sectas paganas ó semipaganas existentes en Roma durante el reinado de los últimos Césares, especialmente de aquellas que empleaban la purificación por el agua y practicaban ritos mágicos. A esta clase de hipogeos secretos pertenecen los recientemente descubiertos en la Ciudad Eterna, cerca de Porta Maggiore, en Viale Manzoni y en otros distritos de la capital, si bien ninguno de ellos alcanza la importancia artística del hallado en Puerta Salaria, y al que se refieren las adjuntas reproducciones.

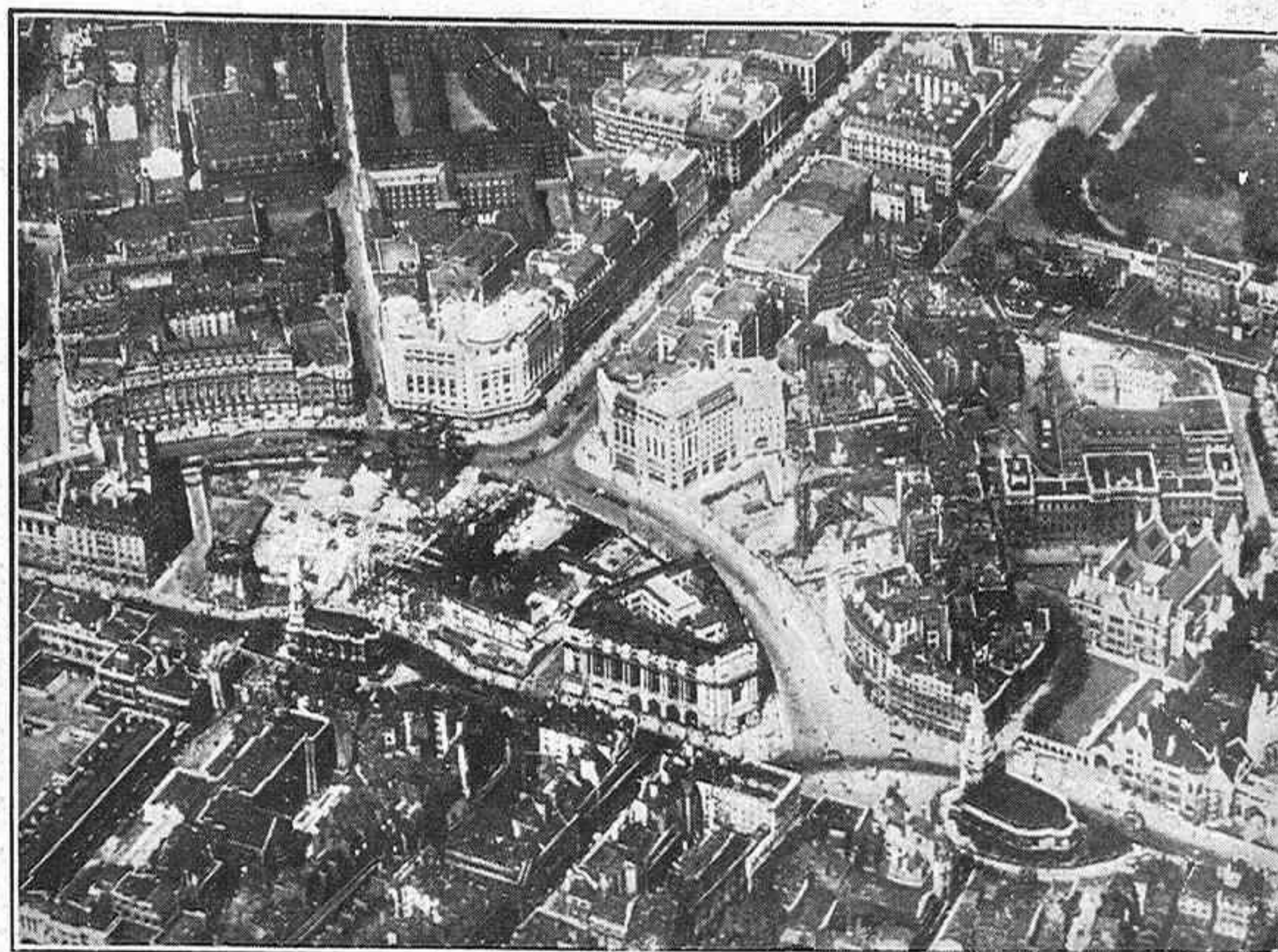
D. R.

¿CUÁL ES LA GRAN CIUDAD MÁS BELLA DEL MUNDO?

LONDRES DESDE AEROPLANO



El Banco de Londres



Vista panorámica de Aldwych y Kingsway

¿CUÁL es la gran ciudad que en un concurso de ciudades bellas se llevaría el premio? Nosotros, desde luego, no lo vamos a decidir, sino simplemente a mostrar los méritos de Londres, realizados en las vistas de conjunto que hoy puede ofrecernos el aeroplano. Si se pusiera a votación, mediaría probablemente en el asunto el amor propio nacional, y es posible que en la división y contienda de pareceres decidiera la suma de votos de la nación más populosa, con lo cual resolverían los Estados Unidos y el triunfo se lo llevaría Nueva York. Pero este fallo de una mayoría, ¿sería justo? ¿Tendría algún valor de juicio estético?

Hay, sin embargo, una gran ciudad que contaba, seguramente, con número incalculable de sufragios; la ciudad más prestigiosa de Europa y del mundo moderno: París. Ocorre con París lo que con la parisiense. Sabe agradar. Tiene el arte del afeitado y del vestido. Tiene el encanto que le da su natural, y además todo lo que agrega su talento maravilloso, para ofrecerse a los ojos de sus adoradores. Las perspectivas de París—sobre todo, la de los puentes del Sena, inolvidable para quien la haya visto una vez—están estudiadas por muchas generaciones; corregidas amorosamente, cultivadas y vigiladas, como se vigila y cuida el producto refinadísimo de una marca muy antigua y muy acreditada. En París nada cae al azar. El arte de hacer ciudadanos lo conocen hasta los últimos individuos del Concejo Municipal, y si no lo conocen, por lo menos tienen el instinto de respetar a quienes lo poseen.

Como escribimos en Madrid, no estará de más decir que Madrid es ya una ciudad muy bella, aunque la favorezcan poco sus valedores obligados: los ediles. Desde el aeroplano la hemos visto—fotografiada por Alfonso y reproducida en esta misma ESFERA—. La rodea un parque único en el mundo: el monte de El Pardo. Las perspectivas desde la Puerta de Alcalá, Bailén, el Paseo del Prado son soberbias. Quizá el adjetivo esté mal empleado y la palabra resulte demasiado orgullosa, pues la que conviene más al tipo de belleza de Madrid es otra más severa y más singular. Es la originalidad, el

carácter, la distinción ó elegancia lo que destaca en ella. Lo cual—forzoso es reconocerlo—no se lo debe Madrid á sus concejales. Ni á sus arquitectos. Pero, entonces, ¿á quién? Sería necesario hacer otra investigación para averiguarlo y, por de pronto, referirnos al instinto colectivo, que es quien va haciendo poco á poco las grandes ciudades, así como al auxilio de las condiciones naturales, que contribuyen mucho también á caracterizar las perspectivas. Lo cierto es que Madrid, desde el aeroplano, es una ciudad hermosa, sin que tratemos de hacerla competir con París, Londres ó Berlín; ni con Buenos Aires ó Nueva York en grandeza; es decir, en proporciones.

También en LA ESFERA hemos visto, desde el aeroplano, la ciudad de Pompeya, que nos da idea de una vida trazada con arreglo á belleza, dentro del tipo de civilización del Mediodía, mediterránea. Pompeya no era una gran ciudad como Nueva York, y, sin embargo, era una gran ciudad. Recordemos, entre paréntesis, que Roma conoció las casas de doce pisos, los rascacielos, y que al lado de las amplias y magníficas vías, cuyo testimonio en piedra se conserva aún, había otras ca-

lles lóbregas sepultadas en la sombra de inmensos edificios, donde vivían hacinados millares de seres, como pueden vivir en pleno siglo XX los desventurados proletarios de nuestras grandes urbes. Pompeya resolvía sus conflictos urbanos de otro modo; ó acaso no tuvo nunca conflictos, sino que se extendió cuanto fué menester por la falda del monte y hasta el mar. Su modelo, sencillo, lógico, y en cierto modo campesino, tiene para nosotros un atractivo misterioso, fundado acaso en la comunidad del sol, especialmente en nuestras costas andaluzas y levantinas.

Sabemos cómo fueron las grandes ciudades remotas: Nínive, Babilonia, Alejandría y sus ruinas, sus restos nos hablan de una vida amplia y cómoda, á la que casi no nos atrevemos á aspirar. Pues bien: Londres ha procurado realizar, dentro de las grandes aglomeraciones modernas, el ideal de la vida antigua: casas aisladas, jardines, comunicación con la Naturaleza. El aislamiento de cada familia, ó por lo menos de cada pequeño grupo de familia, se ha conseguido merced al procedimiento, quizá demasiado monótono, de las casitas con jardín, de modelo uniforme y construcción económica. Esto ensancha desmesuradamente la ciudad, que es más bien un conjunto de ciudades con diverso carácter y diverso espíritu, extendido á orillas del Támesis como un campamento de todos los pueblos británicos, coloniales y extranjeros.

Volar sobre Londres es volar sobre una humanidad complicada y laboriosa; sobre el hormiguero más gigantesco que se han labrado los hombres. Plantada sobre cuatro condados: Surrey y Kent, Middlesex y Essex, con su barrio comercial é industrial de la City y su West End, donde se agrupa lo más bello y lo más tradicional de Inglaterra comenzando por el Parlamento y la Abadía de Westminster; con sus inmensos barrios trabajados á lo largo del Támesis: su malfamado Whitechapel, su Houndsditch judío; barrios y burgos anexionados en muchísimas millas alrededor del primitivo asiento de la ciudad, Londres ha ido sucesivamente, siglo á siglo, convirtiéndose en una nación. ¿Cómo lo ha hecho? Esta obra puede realizarse bien y mal, y los in-



El Palacio de Westminster y el Támesis



La Catedral de San Pablo

gleses han sabido hacerlo con riqueza y arte, dando a la capital un sello propio, lo cual era obra difícilísima para tan gran metrópoli.

Desde el aeroplano, la belleza de Londres se amplifica, al mismo tiempo que se depura. El río desciende lentamente por entre muelles, parques y edificios soberbios, tomando en cada zona distinto carácter: aristocrático ó comercial, campesino ó urbano.

El Támesis se transforma en su curso y tiene siempre color y sabor; pero la cinta de plata no es nada en el inmenso plano. Es necesario descender, llegar á ver el puente y las agujas de Westminster, la Abadía venerable; San Pablo, Trafalgar Square, el Banco de Inglaterra, los teatros... Un arquitecto amigo nuestro dice que nada hay tan hermoso como

una ciudad donde todos los tejados estén resueltos de una manera lógica. Y este es Londres ante el objetivo del fotógrafo que pasa á cien metros de altura.

Londres maravilla á todos. A quien la calidad no le dice nada, le ofrece la enorme masa: la cantidad. Pero hay gentes impávidas que no se dejan deslumbrar fácilmente, y vamos á citar un suceso que cuenta Paco Sancha, dibujante genial, artista enamorado de Londres y, como malagueño, efusivo y expresivo. Pues llegaron un día á Londres dos españoles, quizá paisanos suyos, quizá sevillanos, y él se encargó de pilotarlos y asomarles, por lo menos, á lo mejor de su amada ciudad. Todo les fué mostrando, al pasar, con palabras precisas y datos muy exactos; pero, sobre todo, con gestos

adecuados á la capacidad admirativa de sus oyentes. Por fin les llevó al corazón de Londres; y en medio del puente, junto al Parlamento, en lo más ancho y magnífico del río, que era aquel día, entre la niebla, más hermoso que nunca, les dejó contemplarlo bien, sin decir nada. Al cabo de un rato, uno de los paisanos levantó los ojos del agua corriente y dijo:

—Don Francisco: este año los toreros tienen *mu mala pata*. Ya van tres *cogías*.

Sonó entonces el maravilloso carillón, y entonces, al oír las campanas, volvió á hablar el paisano, esta vez dirigiéndose al otro:

—Oye tú: no está mal eso *pa una falseta*.

A. DE TORMES



Trafalgar Square y la Galería Nacional



Aldwych y el Strand

LA VIDA ARTÍSTICA

EL ARTE
AFABLE Y
ENERGICO
DEL ESCUL-
TOR JUAN
CRISTOBAL

ALMAS DE
MUJERES
A TRAVES
DEL MAR-
MOL Y LA
PIEDRA



Entre los jóvenes escultores que empiezan a consolidar su prestigio de manera elocuente y plena de atractivos artísticos, Juan Cristóbal es uno de los mejor definidos. Desde que obtuvo la Primera Medalla en la Nacional de 1922, como si el triunfo fuese para él mayor acicate aún que la ansiedad de lograrlo antes, trabaja silenciosa y fecundamente en su estudio, alejado de las camaraderías artísticas y sin prisa de revelar sus obras recientes. Simultáneas de los preparativos de un monumento al poeta Gabriel y Galán, va creando almas de mujer a través del mármol y la piedra. Muestras, gallardísima la una, dulce y sentimental la otra, de lo que son estos retratos femeninos de Juan Cristóbal, son los presentes bustos donde el



joven escultor granadino expresa por medio de una técnica, firme y afable al mismo tiempo, sus excelentes cualidades de artista de la plástica moderna. Una de estas dos obras figura en la sección española de la Internacional de Venecia, próxima a inaugurarse, y á la que han concurrido también, entre otros maestros. Victorio Macho, José Capuz y Enrique Casanovas.

MARRUECOS PINTORESCO



Tetuán.— Una calle principal del barrio moro

FOT. DÍAZ

CÁMARA-ETO

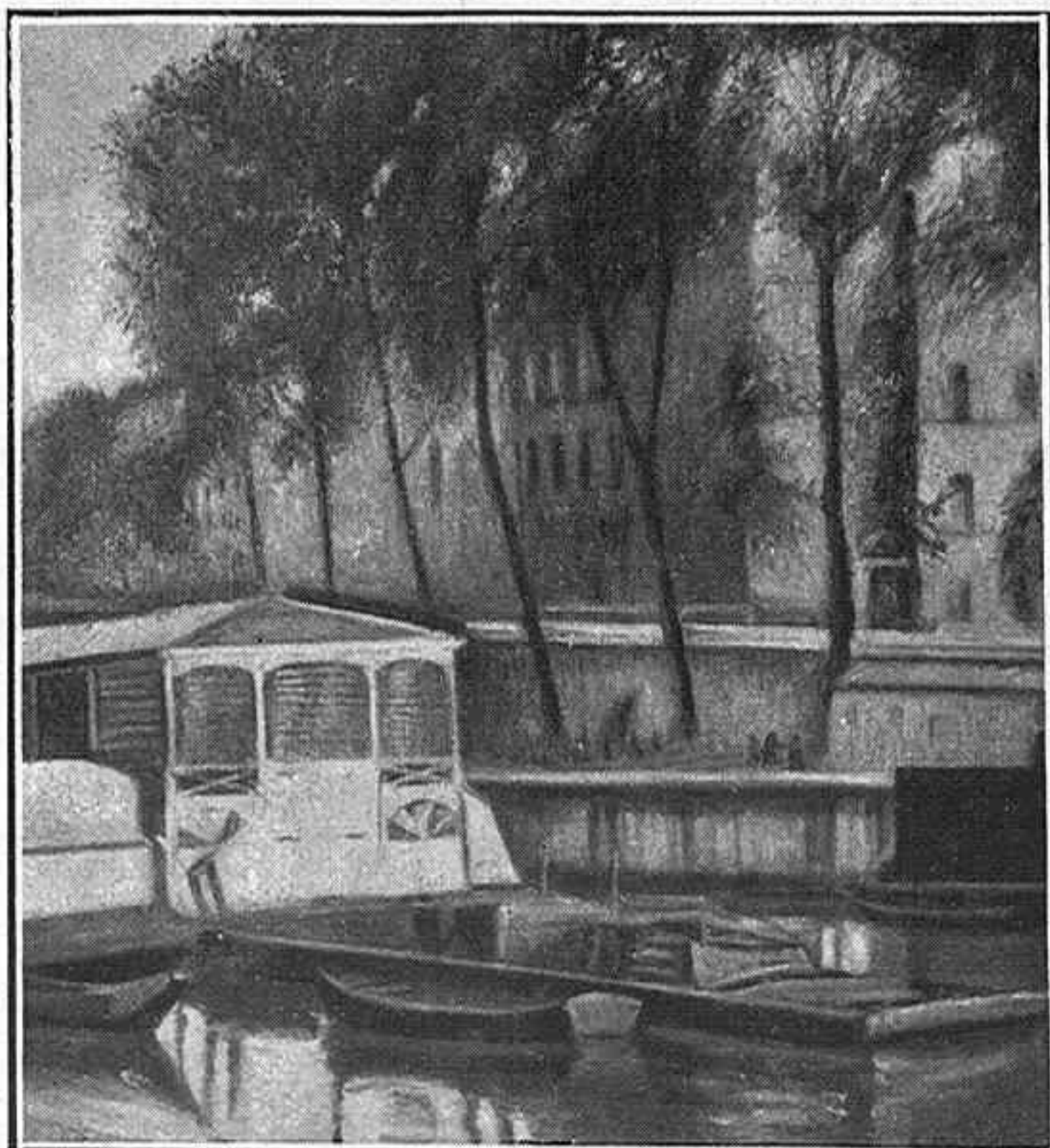


La escultura castellana de nuestra época áurea tiene una valiosísima representación en el Museo de Valladolid, donde se hallan obras de los más insignes escultores españoles. Berruguete, Juni y Hernández, los tres maestros gloriosos del arte escultórico castellano, tienen en el Museo vallisoletano obras magníficas, en que el realismo, la sobriedad, la intensidad dramática — características de la

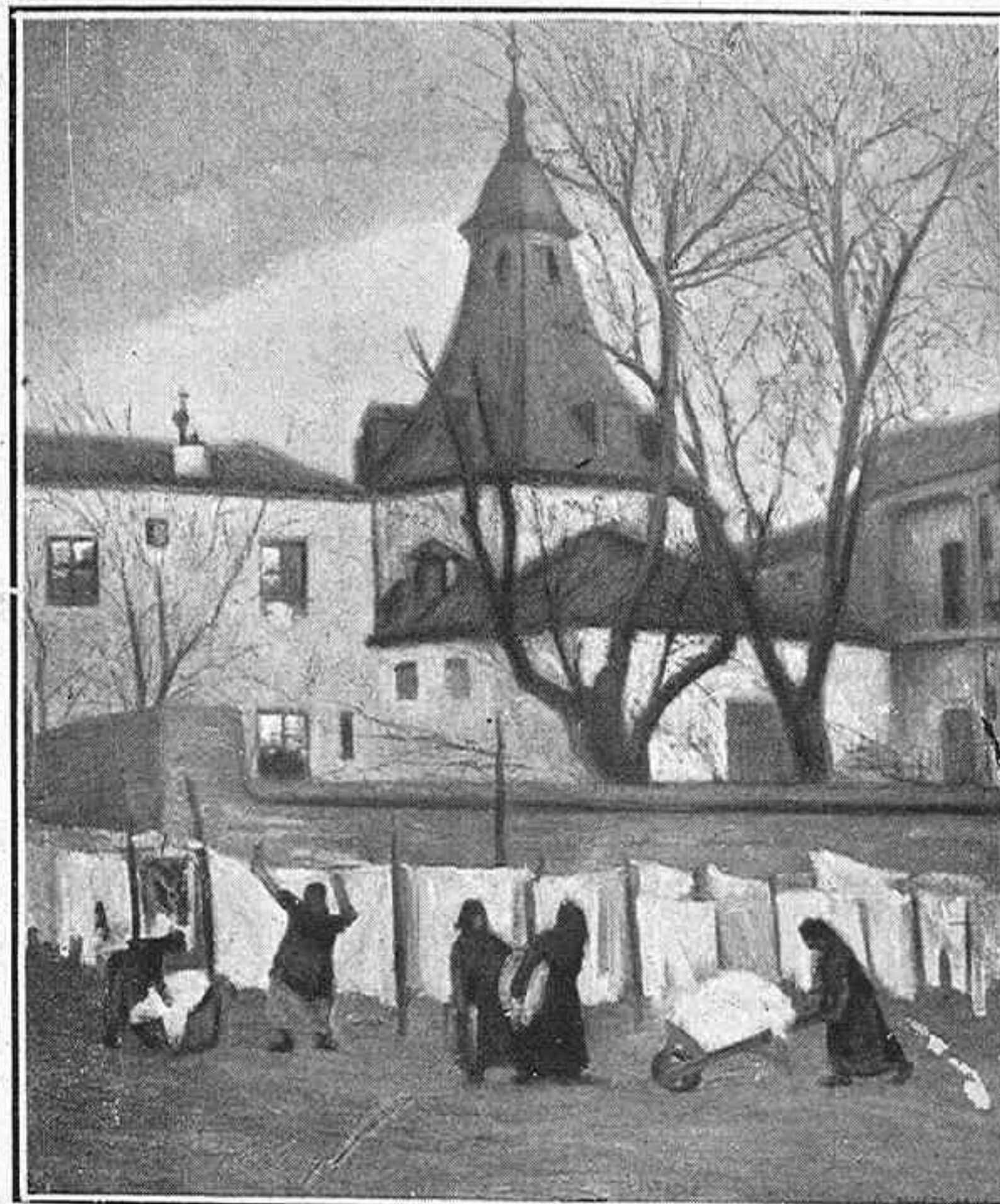
LA ESCULTURA RELIGIOSA

escultura clásica española — alcanzan su máximo esplendor. En obras de talla policromada posee el citado Museo verdaderas maravillas de arte, llenas de emoción, que contempladas a distancia parecen auténticos cuadros. Entre las joyas de que el Museo vallisoletano se enorgullece figura este admirable "Santo Entierro", de Juan de Juni, el glorioso maestro de nuestra escultura clásica...

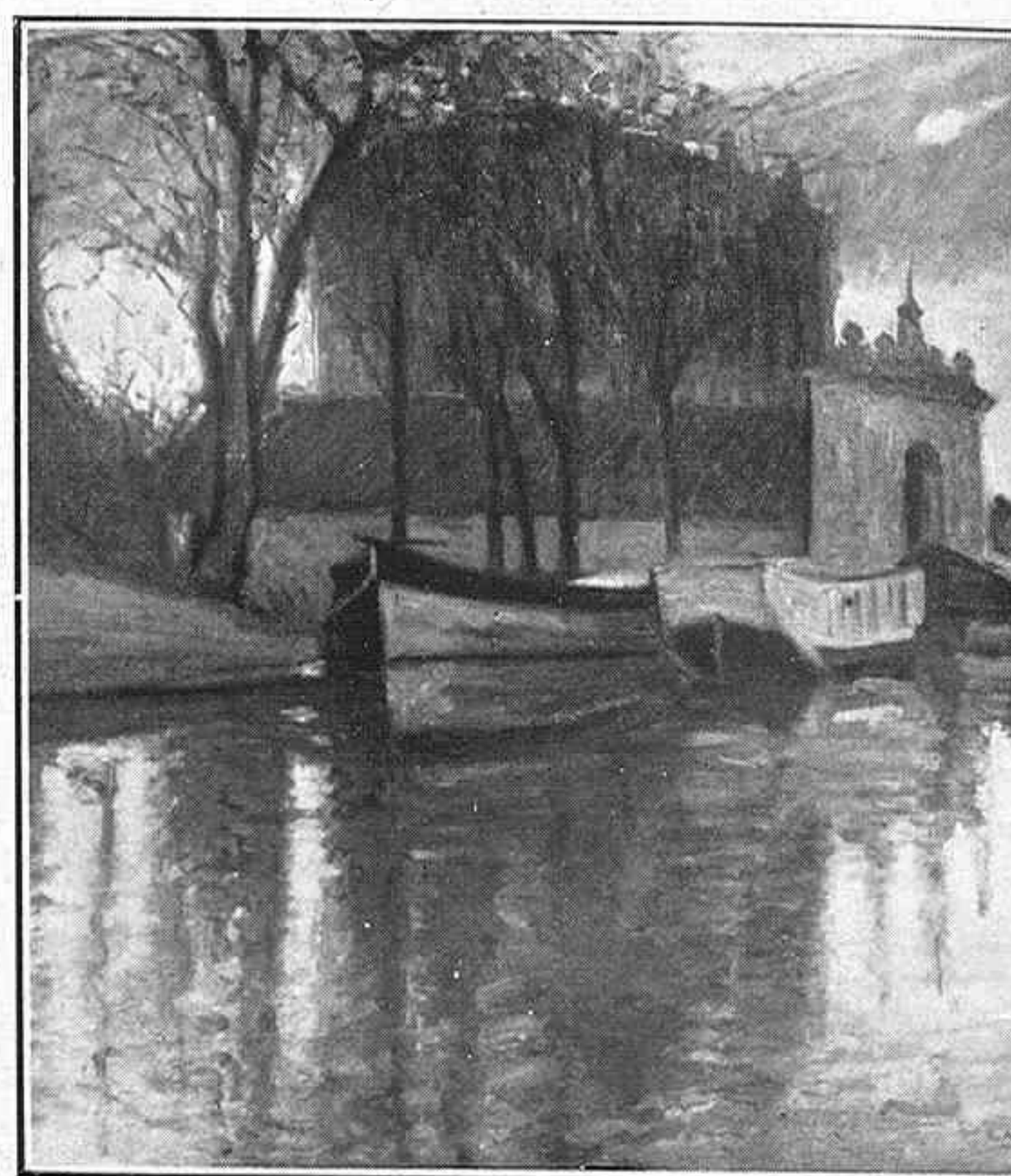
R. AGUADO ARNAL Y MATEO BALASCH



«Paisaje de Zaragoza», cuadro de Aguado Arnal



«Las lavanderas», cuadro de Aguado Arnal



«El Sena, de París», cuadro de Aguado Arnal

QUE yo recuerde, es la primera vez que á nuestra ciudad trae un conjunto de su obra pictórica Rafael Aguado, que tiene el don de saber infiltrar en sus cuadros honda simpatía, que, esparciéndose de semejante manera á los rayos solares, contagia entre los visitantes un aire especial de optimismo.

No cabe duda de que existen obras artísticas simpáticas y antipáticas; á veces la opinión gira caprichosamente sin tener en cuenta el mérito é importancia, arrestos y tendencias de las obras, que se dan al público.

En cuanto á la Exposición Aguado, que se celebra en los Salones de «El Siglo», hay que opinar que el tecnicismo abre de par en par el interés general. Este muy notable pintor concede gran importancia á las manchas.

Las tonalidades emergen gallardas haciendo unos contrastes relacionados con ponderable justeza donde la sombra lucha con la luz que cae de plano.

Así, resuelve varias visiones, dando encantadora expresión desde las gamas tocadas por el sol hasta llegar á las entonaciones azulinas verdosas de las noches diáfanas.

Después de haber visto la pintura de R. Aguado Arnal vienen á la memoria algunos paisajes de la moderna escuela belga, y lógicamente é *in mente* recordamos á Baertsoen, á Heus y también á Opsomer...

Nuestro paisajista tiende hacia el realismo; y cuando produzca creaciones de mayores arrestos su acomodatividad ante la Naturaleza, le pondrá en línea paralela con el enérgico Laermans.

Aparte de lo manifestado, también podría decirse algo sobre el arte de nuestro expositor, mirando bajo el prisma de la influencia italiana. El espacio no permite esta clase de estudio; empero en los estudios de figura vense huellas de su paso por la antigua Meca de los artistas españoles.

En Segovia pintó rincones interesantes, queriendo estudiar, en un mismo tema, dos aspectos, dos horas antagónicas; en Toledo y Zaragoza buscó arcanos; París le ofreció el atrayente Sena; de Italia trajo dejos de aldeas, y en Madrid supo buscar cosas reales para pintar varios cuadros.

Acaso en la etapa que podríase llamar evolutiva hallamos al pintor posesionado no sólo de realismo, si que

de modernidad. Así se manifiesta en el cuadro *La Virgen del Puerto*.



«Olga», cuadro de Mateo Balasch

En nuestros salones de Bellas Artes se da el caso de que cada año se repiten Exposiciones de autores. Es decir, anualmente son muchos los artistas que presentan su labor y repiten al año siguiente. Mateo Balasch, por el contrario, ha permanecido varios años sin exhibir ningún cuadro de su conocida y acreditada firma.

Y excepto retratos, ha cuidado de reunir cantidad y variedad de cuadros.

Lo que expone pregonaba una vez más al pintor que no es impresionista; dibuja, compone y termina sus obras, dándoles el colorido que el natural le ofrece.

Dentro del canon naturalista está Balasch, y su sinceridad técnica hace que plasme en los lienzos variedad de asuntos. En algunos transparentanse lirismos, en consonancia con el paraje que copia.

Tal ocurre en varios jardines: *Fuente del delfín*, *Primavera*, entre otros.

También en *Otra margarita* se deja llevar de cierta poesía, siendo este cuadro remedo de otros de Mateo Balasch con los que cosechó señalados lauros.

Pero ahora rejuvenece, y en lugar de los cuadros de antaño (?) se adelantan jugosas las obras: *Olga*, magnífica cabeza pintada con desenvoltura singular, tal como el Arte manda; *Mercado del pueblo*, cuadro todo movimiento y vida, luz y color, que es un modelo de la moderna pintura de costumbres.

Otra magnífica producción es un patio azul, plagada de dificultades, resueltas con maestría; lo titula *Patio en Porto Cristo* (Mallorca).

Bien están, muy bien pintados, unos interiores de iglesias, especialmente *Altar de los Dolores*.

El espíritu de Mateo Balasch se inclina hacia senderos del día, ya que, á pesar de ser ducho en su larga carrera artística, acepta evoluciones, y sin recurrir á una abdicación radical de su manera de pintar, sabe situarse en un justo medio.

Tal sentir no obedece á simple capricho, no; es obra de incesantes estudios ante modelo, ante el natural entremezclados con las enseñanzas de lo bueno de ayer y lo admirable de hoy.

JOAQUÍN CIERVO

LAS RELIQUIAS DEL "AGUILUCHO"



Estatua yacente del hijo de Napoleón I, descubierta en los desvanes del Palacio Imperial de Viena, y que se considera uno de los pocos retratos auténticos del «Aguilucho»



Acuarela de Ender, ejecutada en 1831, representando al hijo de Napoleón I con el archiduque Francisco José (más tarde Emperador de Austria) y la Princesa de Salerno



FUE siempre una de las primeras preocupaciones de las repúblicas nuevas llevar a cabo el inventario de las monarquías difuntas. Y la de Austria ha seguido fielmente la tradición. Poco después de la partida del Rey Carlos, el antiguo director del Mobiliario imperial, Herr Strohmayr, empezó a recoger los objetos olvidados en las habitaciones particulares de los depuestos Soberanos, en las caballerizas y en los desvanes de la *Hofburg* de Viena. En la colección había de todo: el finísimo pañuelo de encaje, mordido en su despecho por la Emperatriz Zita, y en el que enjugara sus lágrimas; un zapato de niño, una estatua de María Teresa, un retrato de cuerpo entero de Carlos X de Francia y unos arneses de gala.

Los objetos verdaderamente preciosos fueron sometidos a una limpieza concienzuda, restaurándose los deteriorados en los talleres nacionales de la *Mariahilferstrasse*, y pasando todos ellos, por último, al Museo de Artes aplicadas, donde, en la actualidad, puede admirarlos el amante de cosas bellas y pretéritas. Entre esos lamentables restos del naufragio monárquico hay algunos cuyo descubrimiento ofreció doloroso contraste. Así, por ejemplo, el tapiz del siglo XII, encontrado delante de la cama de una ayudante de las cocinas imperiales, o las sillas talladas, obra maestra del barroco y del rococó, que terminaban sus días en los camaranchones de los palafreneros, o los monumentales lechos adosados, de exquisita ornamentación, que rotos y maltrechos yacían en los desvanes de Palacio medio roídos por la polilla y las telarañas.

Esos desvanes de la *Hofburg* exigieron la investigación más dilatada y minuciosa. Extensísimos, interminables, pues miden más de catorce kilómetros de longitud, ofrecían durante el antiguo régimen un lugar de refugio más secreto que la misma cámara de la Emperatriz. Por temor a los atentados, desde tiempo inmemorial defendían la entrada a los desvanes robustos barrotes de hierro, que

sólo se entreabrían para dejar paso a un pobre mueble inválido expulsado de los regios aposentos, y que se entregaba por la servidumbre palatina a la implacable acción de los años y las ratas.

Apenas hubo de calmarse el oleaje de la revolución, un verdadero ejército de funcionarios turbó la paz de esas necrópolis de cosas muertas, no sólo en la *Hofburg* de Viena, sino en Schoenbrunn, en Laxemburgo, en Hetzendorf, en Belvédère, dondequiera que la realeza había vivido, respirado y expirado. El cortejo burocrático descendió a las caballerizas medievales, abandonadas al silencio y las arañas desde el día en que hubieron de servir de refugio al Emperador Federico III, a su esposa Leonor y al pequeño Maximiliano, perseguidos por las turbas vienesas. Fue precisamente en uno de esos rincones de leyenda donde un antiguo lacayo de la Corte, deteniéndose, exclamó, señalando su hallazgo: «¡Ahí tienen ustedes un hombre de yeso que parece dormir!»... El «hombre de yeso», que yacía medio oculto bajo un informe montón de apolilladas gualdrapas y mohosos corrajes, era

nada menos, según hubo de declararlo el conde Carlos Lanckoronski, Gran Maestre de la Corte, que un monumento funerario, por completo ignorado, del *Aguilucho*, del único hijo de Napoleón I. Esta obra maestra, de autor hasta ahora desconocido, representa al desventurado Príncipe en su lecho de muerte, cubriendo el busto, consumido por la tisis, el magnífico sudario de finísima batista, con que una mano piadosa, la de la archiduquesa Sofía, hubo de envolver el cadáver. El rostro del *Aguilucho*, en sus principales rasgos, recuerda los del vencido de Waterloo.

A esta valiosa reliquia del interesante personaje histórico ha unido ahora la Comisión oficial designada por el Gobierno austriaco las primeras fotografías autorizadas de la tumba donde duerme su sueño eterno el desventurado duque de Reichstadt. Han sido precisos el derrumbamiento de un viejo imperio y la fuga en la noche de un Emperador y una Emperatriz para que se permitiera fotografiar el féretro de metal que encierra los restos de Napoleón II, depositado, según se sabe, en la Capilla de los Capuchinos, de Viena, sepulcro de la familia imperial. Este féretro no ha sido abierto desde el día en que allí fuera depositado (24 de Julio de 1832), por lo que es de suponer que el cadáver se conserve en la misma forma consignada en el acta del sepelio, o sea vestido con la tradicional casaca militar blanca, en la que se prendieron la estrella de la Legión de Honor y las principales condecoraciones de Austria y Hungría; el calzón de paño azul y las botas de montar de charol con espuelas de oro.

No menos interesante es otro valioso recuerdo del duque de Reichstadt, que ha aparecido en la Galería Albertina, de Viena. Es una acuarela firmada por Ender y ejecutada en 1831. El *Aguilucho*, ataviado con el esmero un poco *recherché* de la época, tiene sobre sus rodillas al pequeño archiduque Francisco José, más tarde Emperador de Austria, y a la Princesa Carolina de Salerno.—D. R.



El féretro que encierra los restos del Duque de Reichstadt, en la capilla de Capuchinos, de Viena

LA SEMANA SANTA DE ANTAÑO

El siglo de los Austrias ha llegado hasta nosotros como alacena de la religiosidad, del honor y de la hidalguía, siendo lo cierto y verdadero, si se va á rebuscar en el archivo de sus anales con minuciosidad investigadora, que todas estas tres condiciones se hallan muy mermadas en los difuntos súbditos de los tres Felipes...

La religiosidad no era más de una fórmula puramente exterior para estar á cubierto de las duras investigaciones del Santo Oficio, pues que á la sazón había dos dilemas: quemar ó ser quemado; de aquí el que los más altos ingenios, Lope de Vega, «Tirso de Molina», Calderón, Góngora, Moreto y Quevedo acogieran á la iglesia; el Honor, aunque el magnífico autor de *El Alcalde de Zalamea* dió en sus inmortales comedias hartas maneras de cultivarle, en la realidad de la vida florecía con bastante mengua; y en cuanto á la Hidalguía, era las más de las veces un «comodín», con sus tantos de conveniencia...

De haber tenido nuestros abuelos de capa y espada la relativa libertad que tenemos sus nietos, hubieran dejado menos fundaciones religiosas, pero no menos hijos bastardos.

Detrás de la Cruz escondíase el Diablo con sus hijos, los Siete pecados capitales...

Ahora que es tiempo de recogimiento y devoción, quiero darte alguna noticia, amigo lector, de cómo observaban la solemnidad de la Semana Santa los gentiles contemporáneos de D. Miguel de Cervantes Saavedra y D. Francisco de Quevedo...

•••••

El Domingo de Ramos, día en que se conmemora la triunfal entrada de Cristo en Jerusalén, era de rigor el que los galanes ofreciesen á sus prometidas y martelos vistosas palmas á tiempo de entrar éstas en la iglesia.

Como por rendir culto á la moda llevaban las señoras mujeres echado el velo por el rostro—que de aquí venía el llamarles «tapadas»—, no eran pocas las veces que confundíanse los dueños de ellas; lo que visto por el verdadero amorador, levantaba tales protestas pararse á considerar lo sagrado del sitio, que hacía mucha mengua de la Divinidad que honraba los altares.

Terminada que era la devoción, cada galán llevaba á prender su ofrenda en la reja de su dama, sujetándola allí con magníficas cintas de seda, cuyo color manifestaba el estado en que se hallaba su amoroso pleito.

Llegado el Miércoles Santo, como ya en tal día quedaba suspenso en las calles el tránsito de los coches á que tan aficionadas fueron nuestras tatarabuelas, pues aun siendo de baja condición, como hubiesen posibles para ello, rara era la que no poseía uno, tomaban como punto de reunión las lon-

jas de los templos, adonde ellas, muy compuestas, siempre muy resguardados los rostros por el luen-go manto que haciendo alarde de ser galante por todo extremo, llegaba hasta besarles los pies y respetaba los amplios escotes, acudían llevando *matracas* hechas de finísimas maderas, con aldabillas de plata y aun de oro.

También este «ingrato» instrumento solía ser presente de los galanes, quienes les mandaban labrar á los mejores oficiales tallistas que hubiese en la Corte. La Pasión de Cristo, á la par de la amorosa del cortejo, iba representada en el artístico adminículo.

A otro día, en que como es sabido se conmemora el momento de la Crucifixión, aumentaba el regocijo en lugar de vestirse las almas de luto y hacer penitencia en holocausto de lo que pasó por nosotros El que quiso redimirnos á costa de su vida inmortal...



Los puestos de las *matracas*, que privaron en el día anterior, trocábanse en mostradores de taberna y tablas de pastelerías, en las que no dejaba de haber sus bateas de hojaldradas de liebre y tartalotes con ánimas de pollo...

Los letuarios y aguardientes andaban allí tan abundantes como en el «real» de la mejor feria de ganados.

Las calderas de aceite hirviendo, en las que se doraban la rica masa de los buñuelos y la no menos sabrosa pasta de leche, daban al lugar más apariencias de postigo del Infierno que de lonja de uno de los infinitos palacios suntuosos y mansiones bien acondicionadas que tiene Dios en la Tierra...

Y aun esto pudiera pasar como tolerancia exterior; pero acontecía que por dentro, en sacristías, refectorios y salas capitulares dábese quince y falta á lo que de fuera se veía.

Preveníanse mesas, suculentamente aderezadas, aunque con el nombre humilde de «colaciones», en las que reponían las perdidas fuerzas los devotos que daban guardia de honor al monumento. Como quiera que el beber y el engullir da excelente humor al que está en buena salud, el ágape era salpimentado con tan desenvueltos donaires, que más que en una función religiosa parecía que estaban en una regocija *francachela*, en la que ordinariamente ni las buenas mozas faltaban. Por esto dijo Gómez Rivera, poeta costumbrista de los tiempos del César:

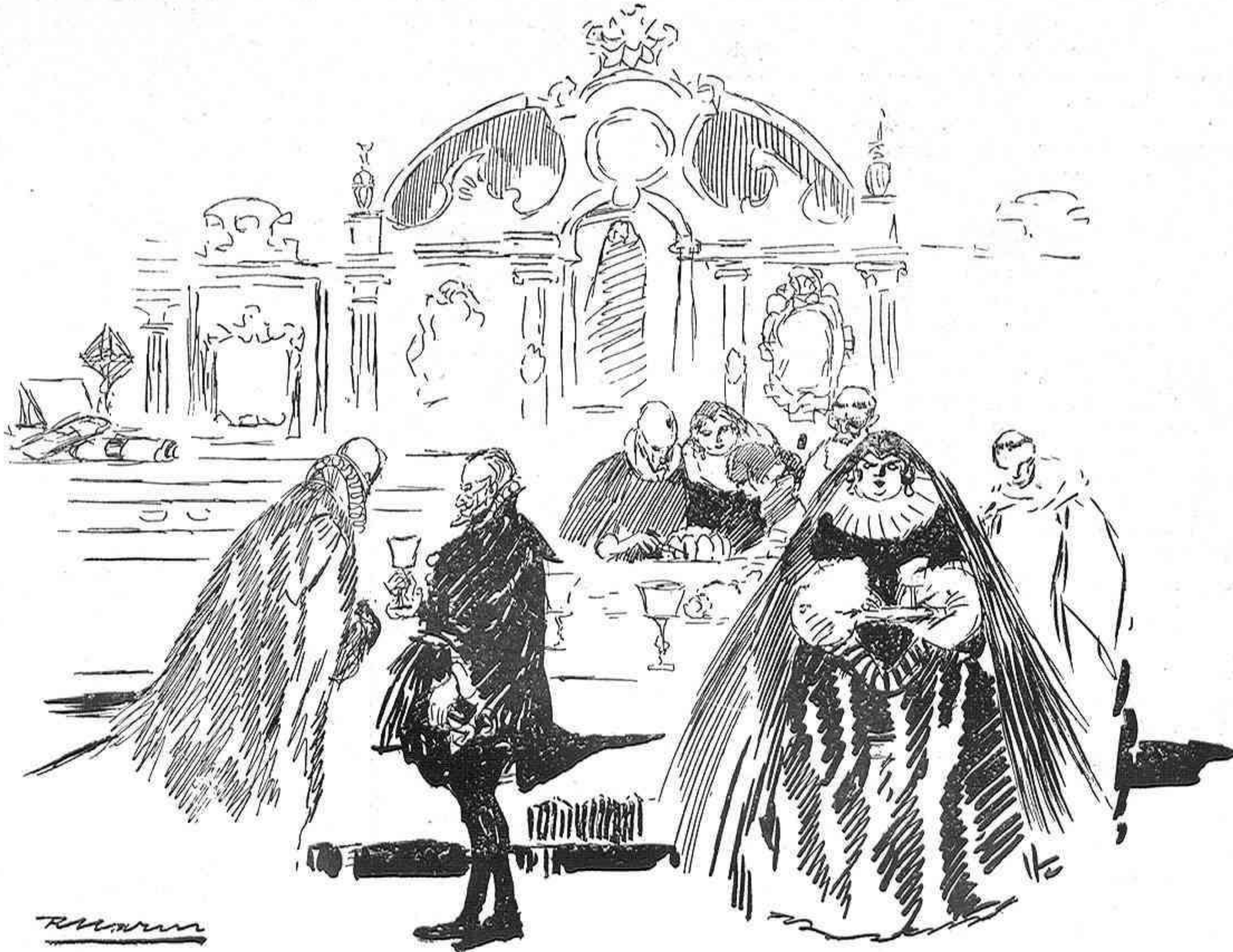
«El escándalo ha llegado
en España á tal aumento,
que en banquete descarado
se convierte el Monumento
de Cristo Sacramentado.»

En el interior del templo, más que el peculiar bisbeo de las dueñas rezadoras y el aparatoso repasar de los descomunales «rosarios» por entre los dedos de las beatas de oficio, antes que de corazón oíase el insistente parlotear de damas y galanes, mientras engullíanse de rosquillas, pastelillos y cajas de perada. También á esto se refiere otro poeta contemporáneo del Emperador en estos versos:

«Fui á la iglesia con las niñas
el día de Jueves Santo,
é acallamos nuestro llanto
empapándole en rosquillas...»

Y más adelante:

«Ayer, en el monumento
que ponen los mercenarios,
cargada de escapularios
vide á mi dueña é tormento.
Rezaba con fervor santo,
y entre estación y estación
endulzaba su oración
comiendo bajo del manto...»





A tanto llegaron las profanaciones, sobre todo durante el velatorio de la noche, al que asistían las mujeres, con sus luengos mantos al amparo de los cuales enredaba Amor—el tapado sólo de un ojo, de acuerdo con su madre Venus—, que por el Rey Felipe II fueron dadas varias pragmáticas

para atajar el mal; pero aprovecharon de muy poco, porque habíase hecho costumbre y las gentes lo conservaba como si fuese ley... Unicamente prevaleció el que las damas, en lugar de pasear en coche durante el jueves y el viernes, se resignaran á hacerlo en literas y sillas de manos.

La procesión del Santo Entierro, que se celebraba el viernes, era motivo para nuevos escarnios y profanaciones á la solemnidad que se pretendía celebrar, pues el espectáculo de los galanes penitentes que ofrendaban el escozor y la sangre de los crueles azotes antes á sus damas que al desagravio de las propias culpas, era ciertamente repugnante por cuanto hacían gala de los torsos ensangrentados, pues será bueno advertir que aunque parezca mentira, atizábanse con más verdad que lo hiciera «Sancho» para desencantar á «Dulcinea», salpicando con las disciplinas á cuantos mirones traían al retortero, especialmente á las mujeres, y más cuando éstas fuesen aquellas por quienes consentían en hacer la pública penitencia.

Acabada la liturgia del día, comenzaba para la gente moza la jarana de más trueno, que era rondar las rejas de sus damas, las cuales, para mejor lucirse, ya tenían aquéllas iluminadas con vistosos farolillos de colores y hachas de viento.

En traza de procesión recorrían los tales galanes las calles en donde sus martelos habitaban; y si por acaso topaban con otra lechigada de amadores devotos, que viniese en dirección opuesta, allí era el poner los broqueles en el brazo y tirar de las espadas con tal ímpetu que no lo hicieran con más brío en los campos de Italia y Flandes si les fuere llegada la ocasión de mostrar su bravura...

Hoy, aunque somos más desecidos,

tengo para mí que no nos arrojaríamos á tanto; y aunque nos arrojáramos, doy por cosa cierta que, á pesar de no haber Inquisición, no nos lo consentirían...

DIEGO SAN JOSE

DIBUJOS DE MARÍN



Marín

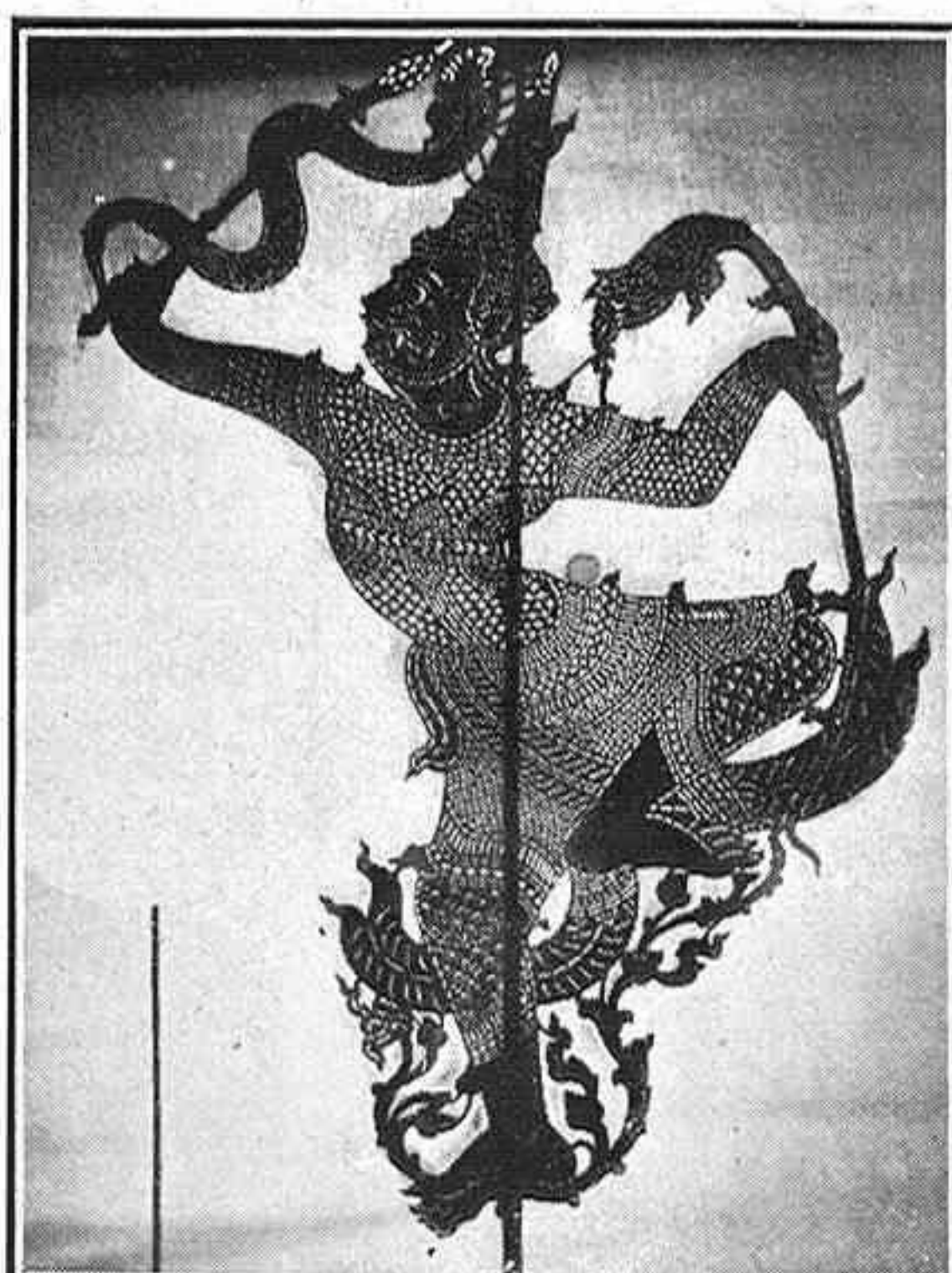


Marín

EL TEATRO JAVANÉS



Figura representativa de una deidad india



El dios de la guerra y de la venganza

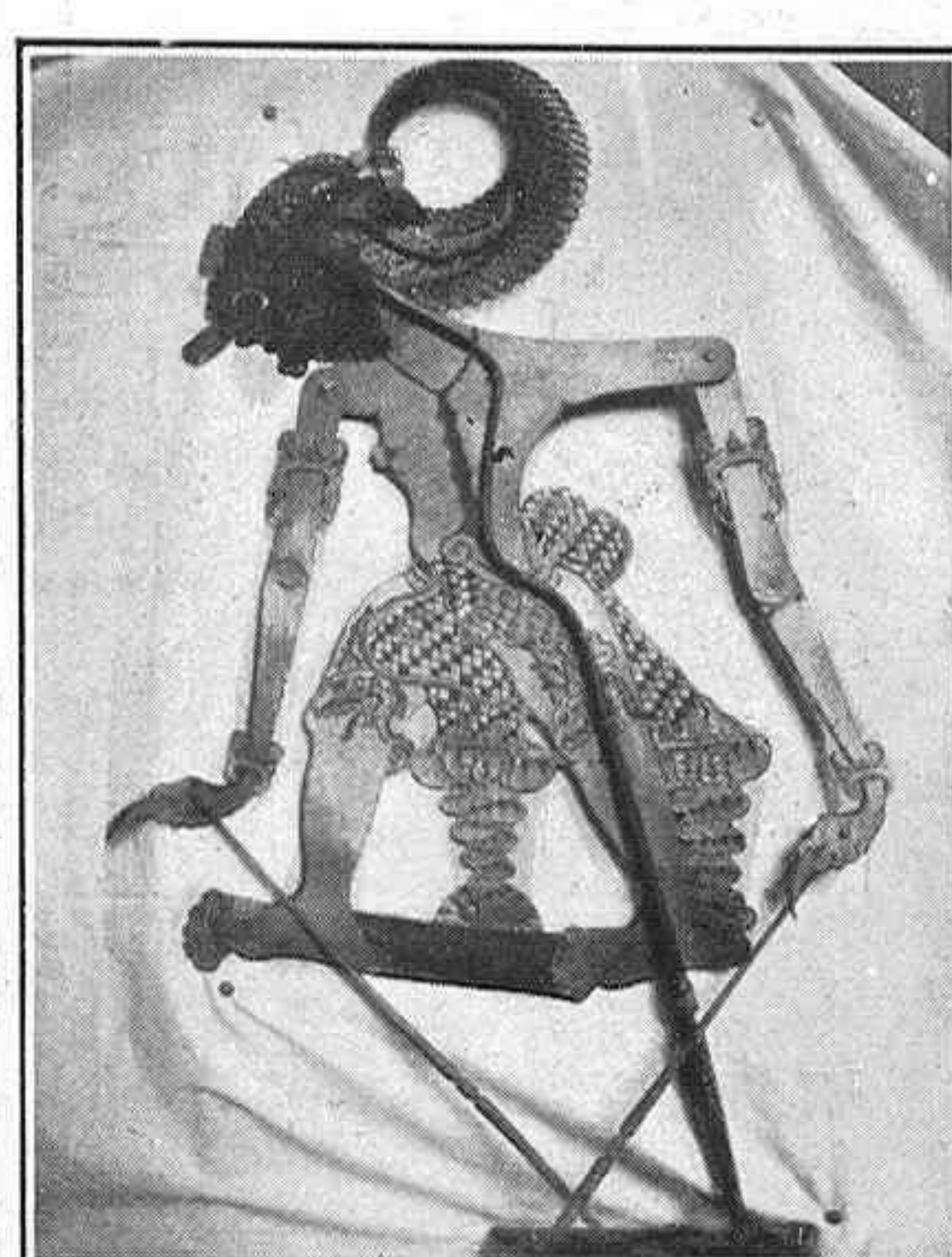
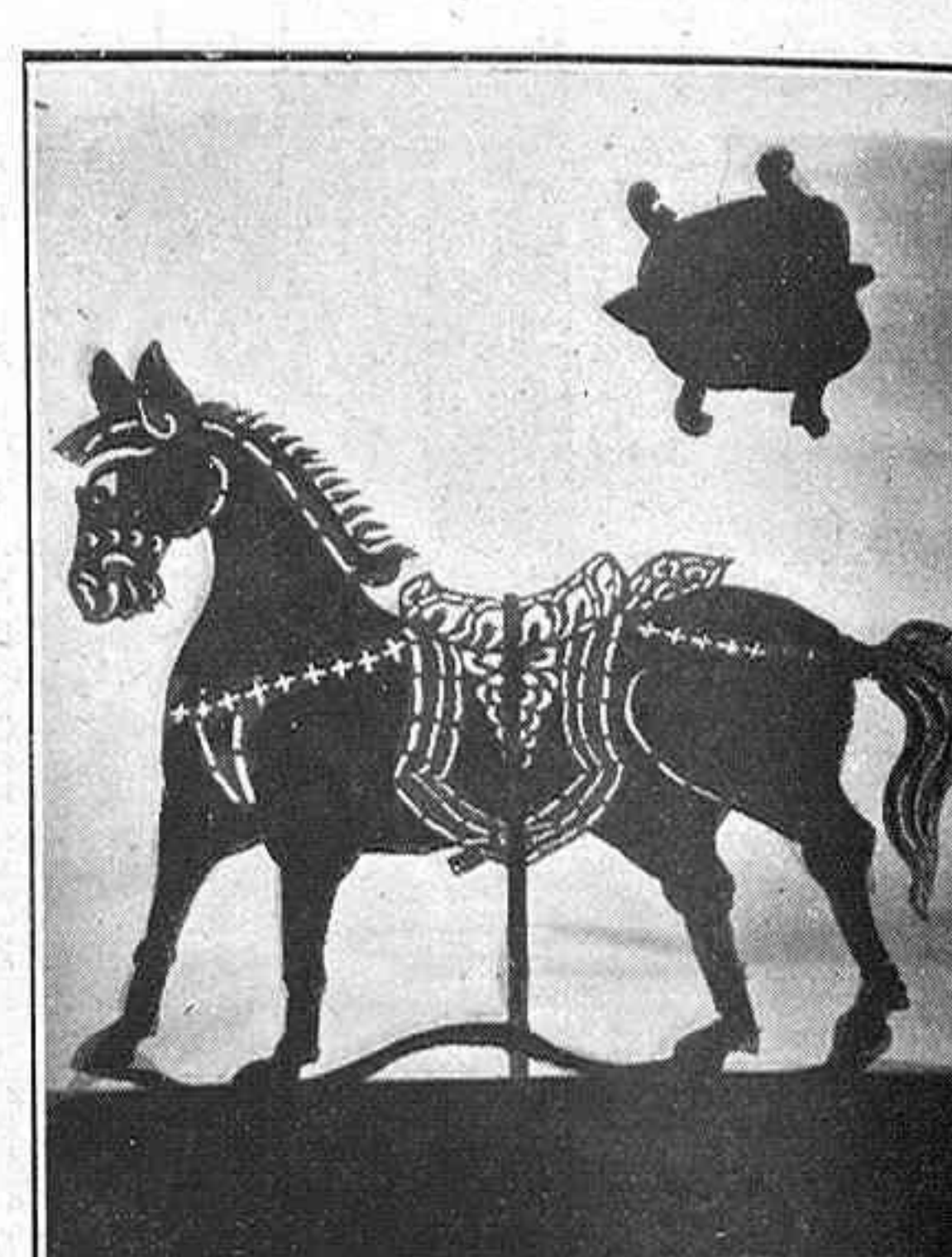


Figura articulada para la proyección



Dos de las figuras tal como se ven en la pantalla

EL teatro javanés es arte popular, tan antiguo que ha de unirse á las más viejas tradiciones asiáticas y no ha sido transformado ni desarrollado en concepciones posteriores que tengan ya la aproximación á nuestra cultura moderna como la poesía india en labios de Rabindranah Tagore. Permanece hoy como resto de una civilización detenida. Y ocurre con él lo que con otras expresiones de una cultura primitiva y pueril, que interesan extraordinariamente á nuestros artistas más refinados. Durante mucho tiempo hemos asistido al triunfo de la música negra. Frobenius, el doctor alemán, mezcla de sabio, inventor y poeta, ha venido á Madrid como emisario de remotas culturas africanas. Y no estaría fuera de ocasión que alguien quisiera explicarnos el teatro y el arte javanés, del cual tenemos idea muy superficial, á pesar del tiempo que los españoles hemos vivido en vecindad con el maravilloso archipiélago.

Java, la isla prodigiosa, el oasis más florido donde el corazón—según frase del ruso Balmont—canta al unísono con las luciérnagas nocturnas, claridades ondulantes que ofrecen á los ojos un concierto de visiones, donde el alma se estremece cuando los lagartos elevan su grito de gnomos crepusculares: «Guekko!». Java, donde el cuerpo de las mujeres tiene agilidad serpentina y los hombres llevan puñales en forma de serpiente... Los holandeses han sabido respetar las tradiciones y sobre todo la suntuaria javanesa, y ahora ha llegado el momento de dar un paso más haciéndonos conocer el espíritu del arte javanés.

Lo que ha llegado á Europa hasta ahora es la mecánica del teatro guiñol de Boli. Hemos visto las siluetas de sus personajes recortados en cuero. No aparecen á la vista del público, sino que se proyecta su sombra en la pantalla, diestramente manejada por los verdaderos actores, «maes Pedro» del retablillo oceánico. Y, sin embargo, están pintadas de colores vivos y brillantes y constituyen por sí mismas verdaderas obras de arte. Caballos lujosamente enjaezados, con sillas altas, que al aparecer en el lienzo producen la impresión fantasmagórica de un ser sobrenatural, dotado de alma; elefantes sagrados, tortugas... Y sobre todo las divinidades indostánicas, cuyos actos heroicos, que encierran siempre mitos, constituyen la base del guiñol javanés.

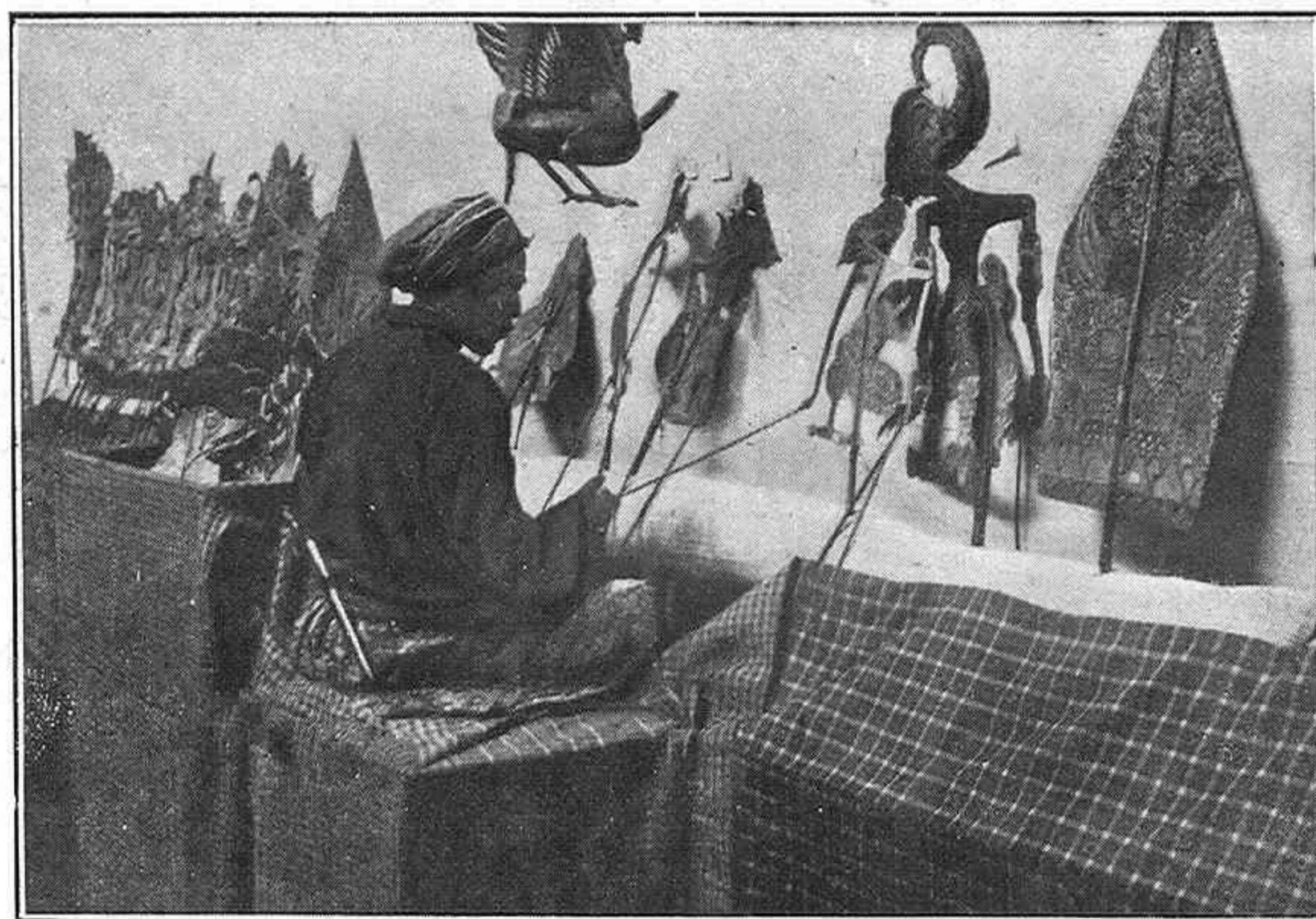
Aparece el Buda, que no quiere vivir recluso en los templos y es adorado en el teatro, como el mismo Borobodour, el santuario budista más visitado de las islas. Sus siluetas no necesitan tener los brazos y las piernas inmóviles. El público que está

al otro lado de la blanca tela sabe, por las actitudes que toman las extremidades de la divinidad, cuál es su estado de alma; aunque la acción no se lo revelara. Unas veces «hace girar la rueda de la ley», otras «toma la tierra como testigo», ó bendice, ó se abisma en la contemplación interior, ó se muestra libre de toda inquietud, asistiendo en perfecto reposo de espíritu á los momentos felices de la vida humana. También aparece Prajuparamita, la divinidad superior, la madre del Universo, sentada en una flor de loto, símbolo de su pureza y origen divino. Son estas escenas del guiñol como autos sa-

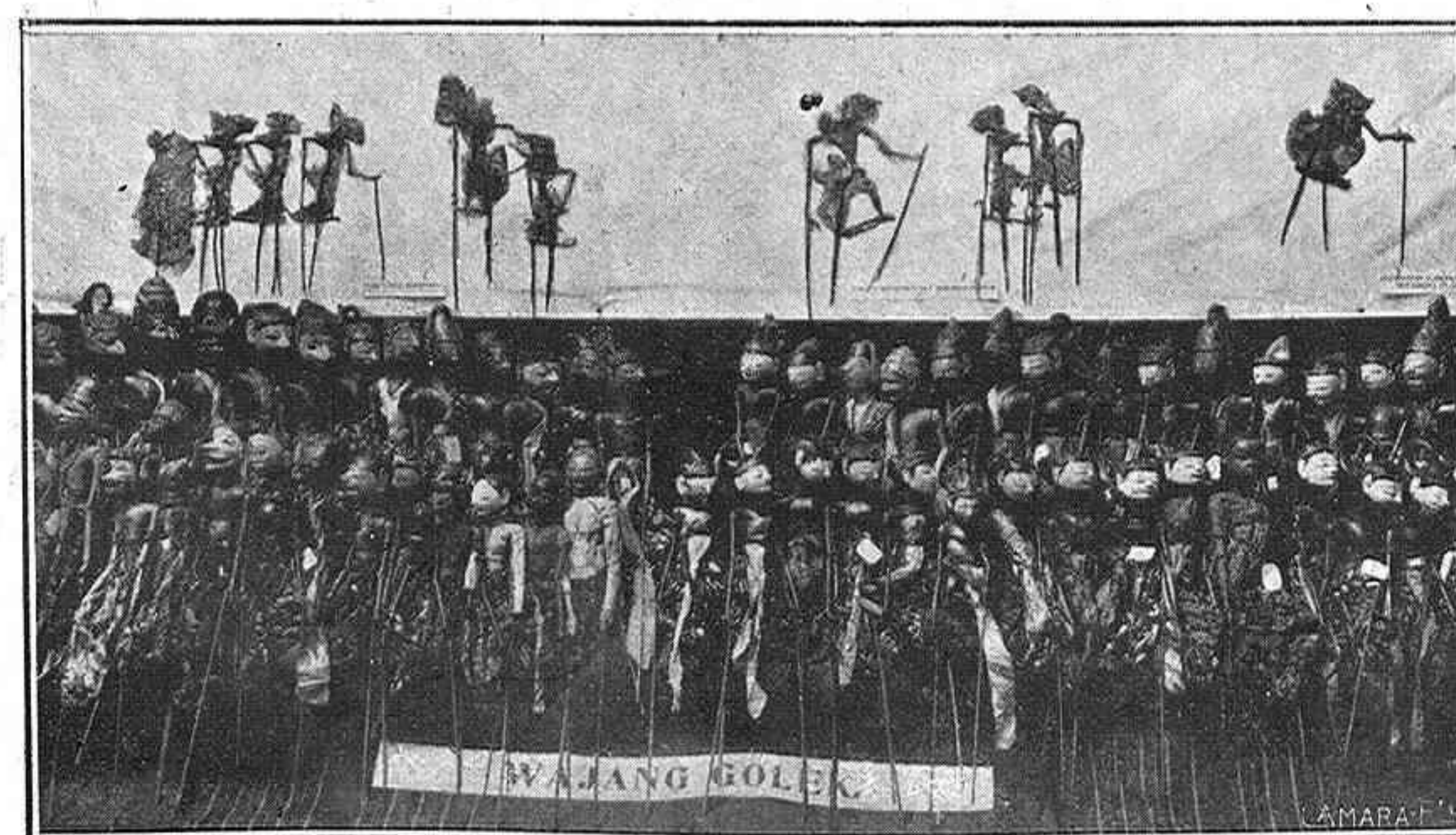
cramentales cuyo texto empezamos á conocer. Los ídolos que adoran los habitantes de la isla de Bali muestran que en el curso de los siglos el indostanismo ha sufrido bajo la influencia de las ideas paganas de la población modificaciones, referentes tanto al culto como al teatro. Puede verse que estos dioses indostánicos tienen sobre todo un aspecto terrorífico con sus ojos en forma de loto, sus dientes amenazadores, sus garras y cabellos erizados. Pero hay también las imágenes eróticas y aparecen las diosas—semejantes á Venus—rodeadas de sus ninfas que juegan papel principal en la imaginación de los espectadores y de las espectadoras. Ellas protegen las buenas leyendas.

Existe un mito muy semejante á otro siamés y también á una leyenda mejicana, en que van asociadas grandes ideas orientales: el sacrificio, la muerte y el sol. Un leproso, cubierto de llagas y úlceras, gana su vida trabajando en un huerto. Con frecuencia se aproxima á cierto manzano de tal modo que su fuerza vital acaba por traspasarse á la savia del árbol y que su semilla se encuentra también en el corazón del fruto. La hija del rey come de estas manzanas, queda embarazada y da á luz un niño. Al cabo de un año el rey quiere saber quién es el padre y cumpliendo sus órdenes todos los habitantes del país se congregan llevando cada uno golosinas y frutos. Aquel ante quien se detuviera el niño al recorrer la fila tenía que ser el padre. Pues bien; el niño se acercó al leproso, aunque estaba cubierto de úlceras y no tenía en la mano más que una bola de arroz frío. El niño se colgó del cuello del leproso y se puso á comer el arroz. Descubierta de este modo el padre, el rey entró en furor y procedió regiamente: mandó tirar al río al leproso, á la princesa y al niño. Pero la princesa no huyó lejos del padre misterioso de su hijo y obrando el influjo benéfico del sol el leproso quedó transformado en un lindo mancebo. Por la fuerza de la confianza humana la fealdad primera quedó convertida en belleza. De estos mitos, que son muy numerosos y que tienen toda extensión geográfica sorprendente, pues llegan no sólo á las islas oceánicas, sino á América, se sirve gran parte del teatro javanés.

Además de las siluetas que van movidas por los diestros dedos de los actores, hay estatuillas que representan á los personajes y que suelen moverse en un fondo adecuado, de ricas telas pintadas, donde aparecen ya las escenas de guerra ó de mar, monstruos con lenguas de fuego, leones, grifos, combatientes montados en fogosos caballos... Todo ello contribuye á encender la imaginación y preparar al público javanés, uno de los más atentos y respetuosos de la tierra.

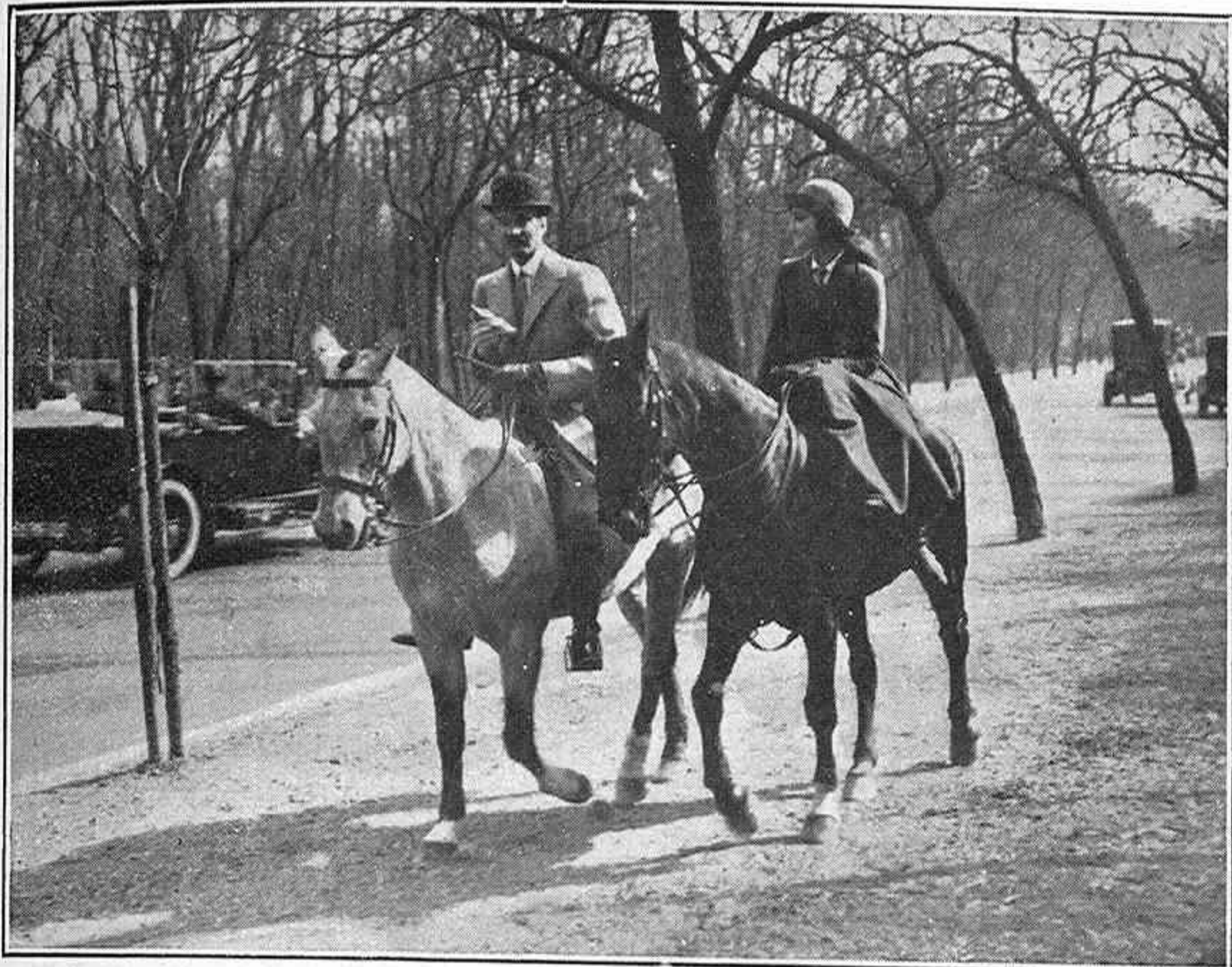


Un actor javanés con las figurillas recortadas que se proyectan en la pantalla del teatro

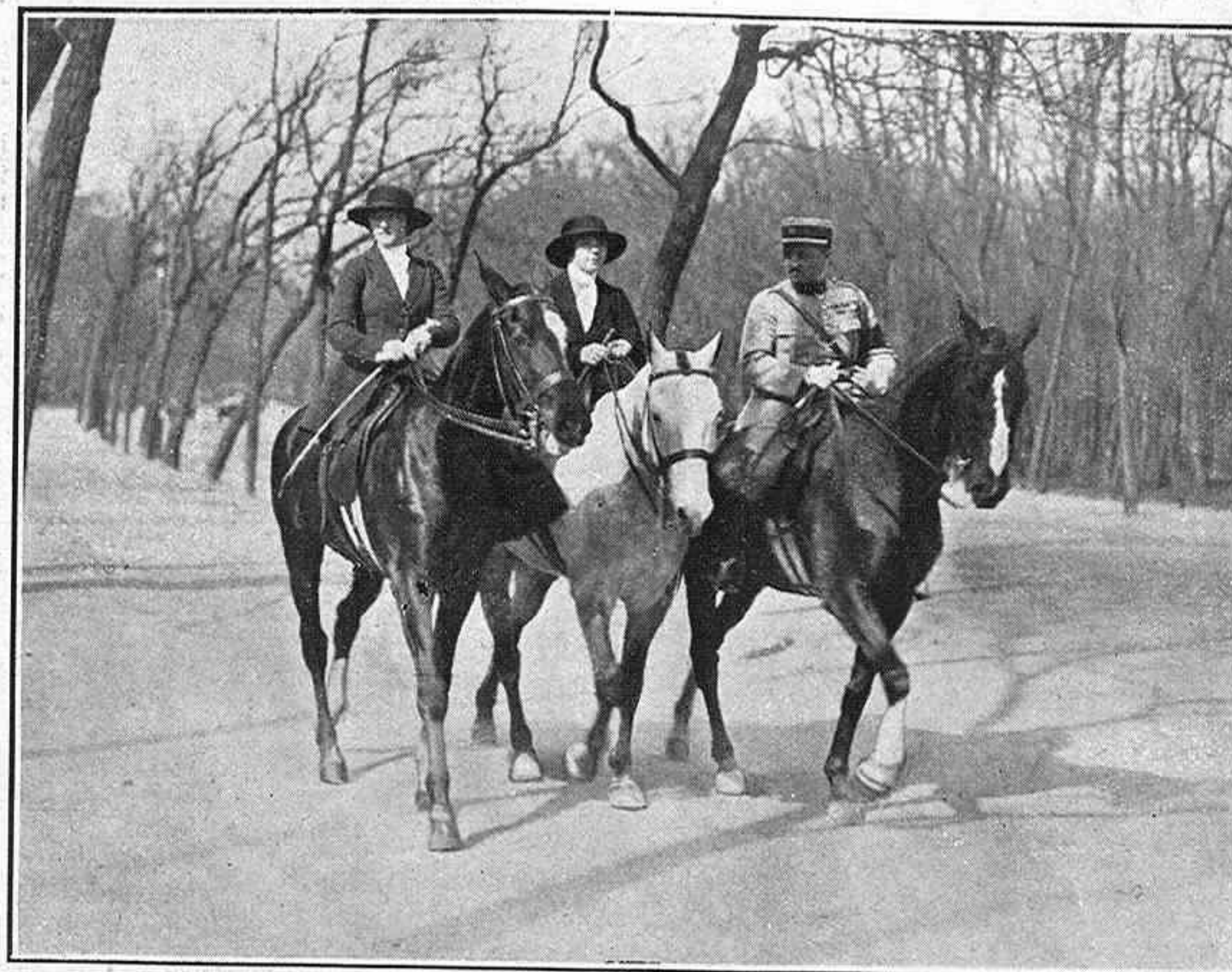


Figurillas recortadas para la proyección y muñecos para las representaciones guiñolescas

EL BOSQUE DE BOLONIA Y LAS MODAS DE AUTEUIL

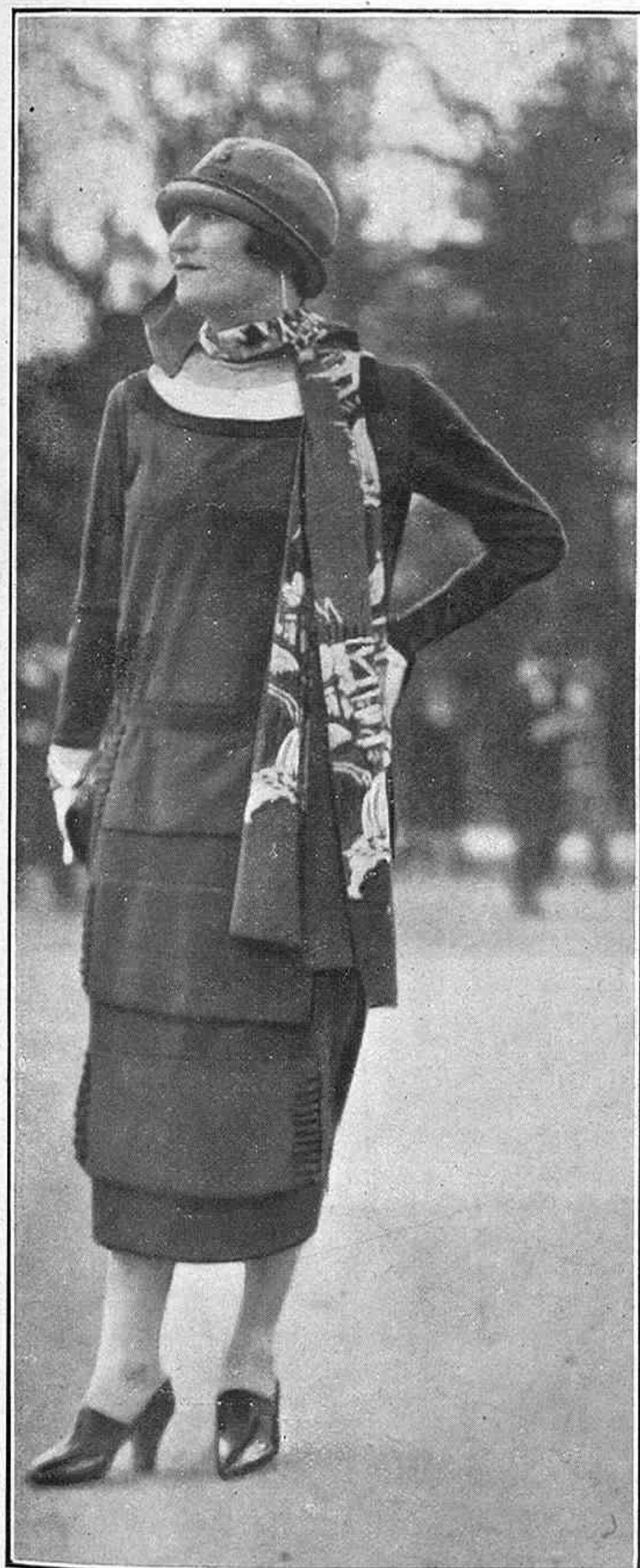


El paseo matinal en el Bosque



Un grupo de caballistas

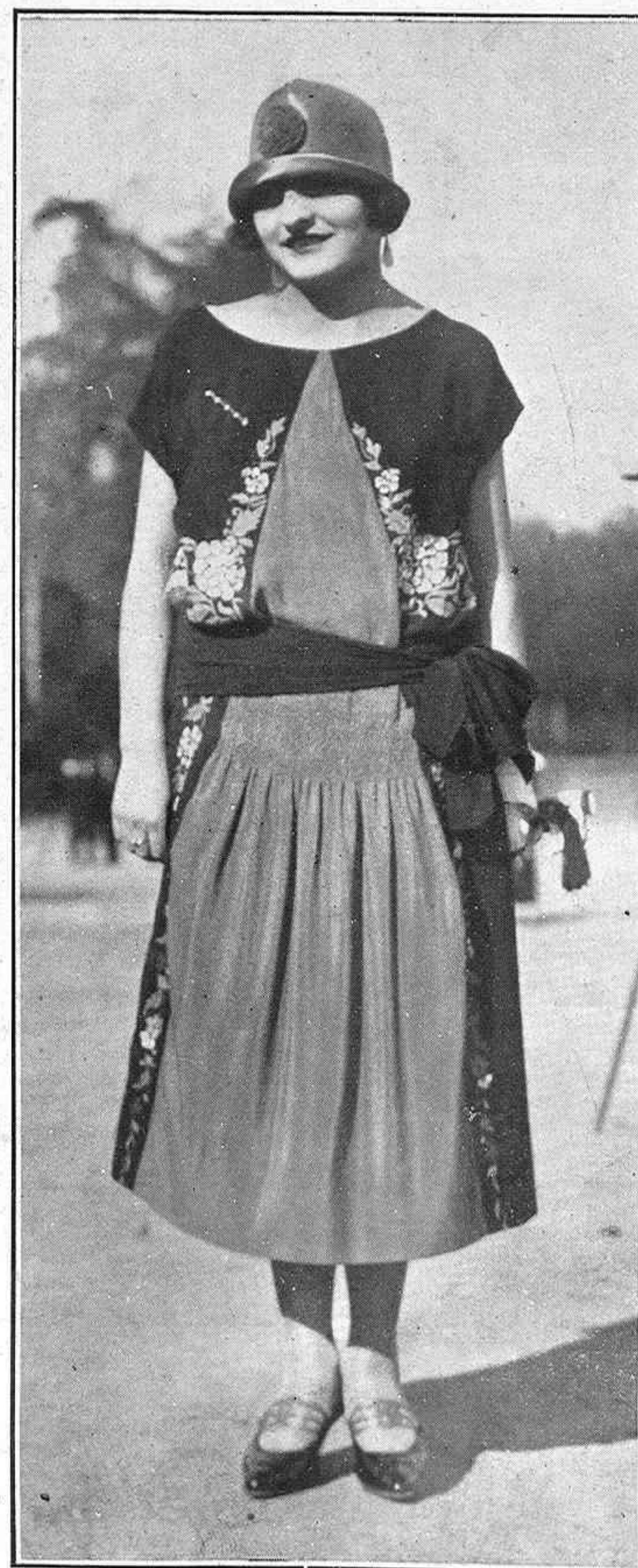
El Bosque de Bolonia y Auteuil son los dos lugares de exhibición predilectos de las bellas «mondaines» parisinas en estos primeros días primaverales, tan gratos y acogedores después de los implacables rigores del invierno. En esos dos encantadores «rendez-vous» se lanzan los «modelos» que habrán de imperar en la próxima «saison», y desde ellos la tiránica diosa de la Moda dicta sus inapelables fallos entre gorjeos de pájaros y alegres risas de mujer.



Los «echarpes» bordados continúan disfrutando el favor de las bellas concurrentes á Auteuil

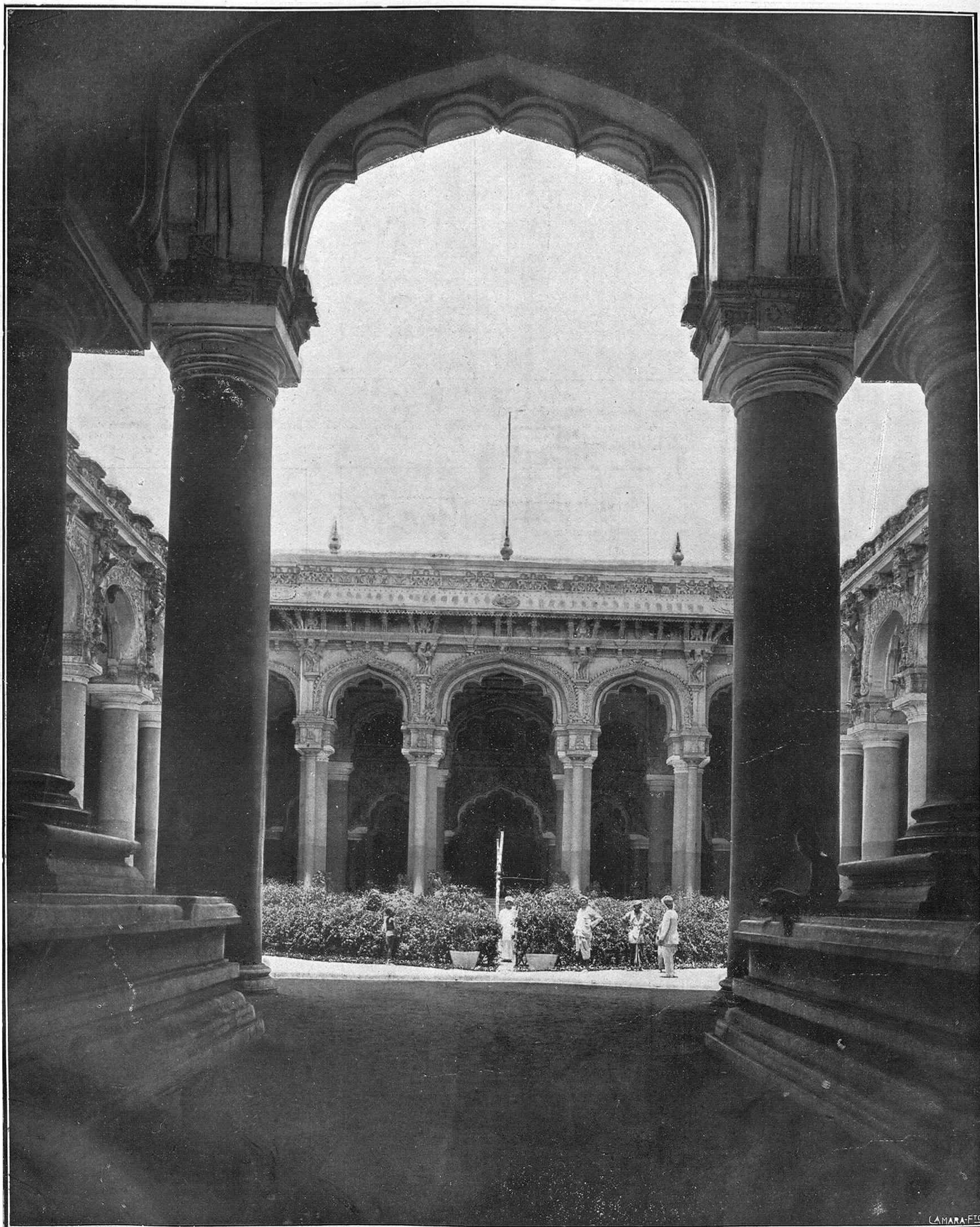


Traje de terciopelo morado con bordados de color y piel de Renard azul



Uno de los últimos y más atractivos modelos exhibidos en Auteuil

JOYAS ARQUITECTÓNICAS DE LA INDIA



Patio central del Palacio del Rey Naiks en Maduva

CAMARA-FOTO

PAISAJISTAS MODERNOS



«Hora de calma», cuadro original de Eliseo Meifren

TARDES DE PRIMAVERA

Vamos por los senderos floridos de rosales.
El aire, al sol, salpícase de tenue polvo de oro
y vuela por el campo el zumbido sonoro
de sapos y cigarras musicales.

En mi brazo apoyado tu brazo, caminamos
sin hablar, lentamente:
á veces sonreímos, á veces suspiramos...
Juega el viento en los rizos de tu frente.

Suave penumbra que la fronda tiende
te refresca la virgen boca rosa
y te vela tus ojos, donde enciende
nuestra pasión su lumbre misteriosa.

Dulce beatitud de la tarde, en el viejo
parque, envuelto en dorada claridad.
La tarde es como un lago ó como un gran espejo
donde se copia, pura, nuestra serenidad.

Como hallamos tantísimas flores á nuestro paso,
tentación deliciosa del deseo,
cortamos unas pocas, que al volver del paseo
colocarán tus manos en un vaso.

Y en tu pequeña, familiar estancia,
bajo la clara lámpara, que arde
en paz, recordarán con su fragancia
la infinita dulzura de esta tarde

Bellas tardes de sol en que amamos la vida
con la alegría pura de los convalecientes
en tanto recorremos una senda florida
y acertamos á vernos, al pasar, en las fuentes.

Tardes inolvidables de primavera, puras
tardes plenas de luz y de optimismo,
en que desde el regazo del alma á las alturas
vuela el pájaro azul del idealismo.

Las luces del crepúsculo ya se van apagando.
Lentamente, en retorno á la ciudad
caminamos, oliendo unas rosas, soñando
bajo una plateada claridad.

¡Oh, fragante incensario
de Abril, divinas horas de luz y de emoción!
Vuestro aliento inefable guardo en el relicario,
ya un poco viejo, de mi corazón.

J. ORTÍZ de PINEDO

UN CANCIONERO ANTIGUO

LA Biblioteca Nacional de Lisboa acaba de enriquecerse con un precioso documento literario: el Cancionero Colocci Brancuti. Con esta adquisición posee Portugal dos de los tres grandes Cancioneros donde están recogidas las flores primitivas de la poesía galaicoportuguesa.

Poseído ya el de Ajuda, denominado así por conservarse en la Biblioteca de aquel Palacio. Este Códice, procedente de la Librería del Colegio de Nobles, es el más antiguo. Es un manuscrito de principios del siglo XIV, escrito sobre pergamino con letras capitales iluminadas. Ha sido designado también con el nombre de Libro de las Cantigas del conde de Barceló, por atribuirse á éste erróneamente las canciones en él contenidas. En realidad, es un florilegio de los trovadores alfonsinos y prealfonsinos. Lo descubrió un profesor de Derecho en la Librería del Colegio de Nobles, y hay de él una excelente edición crítica definitiva de doña Carolina Micháelis de Vasconcellos, la insigne romanista portuguesa. Antes se habían hecho otras ediciones imperfectas, impresa una de ellas en Madrid á mediados del pasado siglo por el erudito Varahagen. Menos extenso que los otros dos cancioneros, contiene unas trescientas canciones, algunas de ellas incompletas. Una sexta parte de las piezas poéticas incluidas en este códice figuraban en el Cancionero de la Vaticana.

Este otro Cancionero toma su nombre de la Biblioteca Vaticana, donde se conserva su códice principal. Fué descubierto gracias á indicaciones de Fernando Wolf, gran investigador de la poesía hispánica. En el Códice 4.803 de la Librería Papal se halló el florilegio poético que se buscaba, y que contiene no sólo las poesías del Rey Don Dionis, sino el ciclo poético dionisino. Otro ejemplar fué descubierto en Madrid por Varahagen. A un romanista italiano, el profesor Monaci, corresponde el honor de haber dado la primera edición crítica y diplomática de este códice y haber puesto en claro su historia. Es una copia de un códice anterior perdido, hecha á fines del siglo XV ó principios del XVI, por mano italiana, y que se atribuye al humanista Colocci. Teófilo Braga hizo una nueva edición crítica de este códice, que contiene más de 1.200 canciones y que, escrito sobre papel y con tinta ya empalidecida, está muy sujeto á las injurias del tiempo. Gracias á las ediciones críticas de Monaci y Braga está asegurada la conservación del texto.

El cancionero Colocci Brancuti, que acaba de adquirir el Gobierno portugués, coincide en más de las dos terceras partes de sus composiciones con el Cancionero de la Vaticana, de donde se supone que ambos proceden de un códice más antiguo y gene-

ral. Fué descubierto en Italia, en Marca de Ancona, cerca del pueblo natal de Colocci, en la biblioteca particular del conde Brancuti, juntándose en la denominación usual del códice el nombre del colector y el de la biblioteca. Lo estudió Molteni, discípulo de Monaci, y se ha publicado no totalmente, sino en la parte en que completa el códice de la Vaticana: 470 canciones nuevas sobre un total de más de 1.600.

Este códice era propiedad de los herederos de Monaci. Gracias á la diligencia del ministro portugués cerca del Quirinal, que avisó á su Gobierno de la oportunidad que se ofrecía para adquirir el códice; al celo del notable escritor portugués Julio Dantas, que insistió en la adquisición y contribuyó á ella desde el Ministerio, y á las gestiones del director de la Biblioteca, Dr. Cortesao, Portugal ha enriquecido sus colecciones bibliográficas con una de las fuentes principales para el estudio de la lírica primitiva.

Estas noticias de divulgación, que no tienen la pretensión de hacer ningún descubrimiento, pues

están en todas partes y son muy conocidas de cuantos se ocupan en el estudio de la poesía peninsular, indicarán ó recordarán al lector la importancia que tiene el manuscrito adquirido por la Biblioteca de Lisboa; hecho que debe glosarse como manifestación ejemplar de la cultura.

Así como la primitiva épica peninsular es castellana, filológica, geográfica y hasta psicológicamente, la lírica naciente fué, ante todo, galaicoportuguesa. El gallegoportugués fué el provenzal de la Península. Es verdad que la influencia de Provenza se extiende por todo el Occidente. Las dos lenguas de Francia: la lengua de oil y la lengua d'oc, florecieron en poesía antes que los otros romances y les dieron los modelos: una en la épica; otra en la lírica. Pero así como la épica castellana, á pesar de las huellas que se descubren en ella de las canciones de gesta francesas, ofrece una fisonomía y un carácter netamente nacionales, también la lírica galaicoportuguesa tiene sabor é inspiración propia. Apunta en ella la *saudade*. El parentesco de los romances y las literaturas peninsulares se refleja en casos de bilingüismo, que en época más avanzada habían de reproducirse en la dramática, en Gil Vicente, que escribe en portugués y en castellano.

En la Biblioteca de Lisboa se celebró una pequeña fiesta para celebrar el ingreso del ilustre peregrino que volvía á sus lares; del texto literario que al través de una copia italiana tornaba á la tierra donde sonaron primitivamente las canciones en él salvadas del olvido.

Era justificado el festejo. Hay en Portugal, y es uno de los rasgos que honran á este pueblo pequeño y glorioso, un vivo sentimiento de elevación; un ímpetu de aspiración que se ve reflejado como revelación del carácter nacional en algunas de las figuras del políptico primitivo de Nuño Gonçalves *La veneración de San Vicente*. Así, el Portugal contemporáneo, á pesar de las circunstancias desfavorables de sus crisis política y económica, sabe alear el sentimiento de continuidad histórica con el afán de modernidad. Un día sus aviadores realizan con escasez de medios, pero con ánimo de *Lusiadas*, la más brillante y lograda de las travesías atlánticas. Otro día rescatan sus gobernantes y sus eruditos un texto precioso de su tradición literaria. Este caso, que en un pueblo opulento, de moneda normal, no tendría particular significación, la tiene, muy honrosa, dentro de las circunstancias presentes de Portugal.

E. GÓMEZ de BAQUERO

LA POESÍA MODERNA



La pena que mata me viene á la zaga;
días de mil horas de lágrimas negras
han trocado mis ojos en pútrida llaga,
y en mi cuerpo, los huesos parecen mondados por legras.
Son fuentes de hielos mis dos lagrimales,
manando incesantes con un ritmo fijo:
¡humilde tributo con que en los umbrales
de un mundo ignorado le ofrezco á aquel hijo!...
Llorar, llorar siempre con fe inextinguible,
puesto el pensamiento en vago confin;
ofrenda tan vacua como indefinible,
¡mas la única, al fin!
Las lágrimas vencen á la voluntad;
en vano ocultarlas y en vano embeberlas,
que son como perlas
que esmaltan la infelicidad.

De pronto mi mente se exalta en el duelo:
ante mí se despliega inaudita
la visión de ese mundo que anhelo
habitar, si también él lo habita.
Es de noche. Fondo obscuro y blando.
Oquedad; silencio. Y allá, en lontananza,
una luz diminuta que avanza
temblando, temblando...

Pavura no infunde;
y en tanto se acerca, bienestar difunde.
Van tras de ella otras mil en desfile votivo,
leves y espaciadas.
Todas arden en lámparas griegas y están empuñadas
por seres que un tiempo vivieron igual que yo vivo.
Ni uno solo pasa sin su luz temblina.
De hombres y mujeres
cada tenue llama la faz ilumina;
tantas son las luces cuantos son los seres.
Mas no todos... Uno desliza en penumbra;
su lámpara griega ni guía ni alumbraba;
Se arroja en mis brazos y me dice así:
«Son tantas tus lágrimas, que al fin apagarán
mi luz, y sin guía mis pasos quedaron.
Si cesa tu llanto, la luz que perdí
acaso reviva. ¡No llores por mí!...»
La visión se borró de improviso;
fué sueño quizá,
mas la súplica acato sumiso:
«Perdón, hijo mío. No lloraré más...»

Fernando PERIQUET

DIBUJO DE MÁXIMO RAMOS



Obreros en camino hacia el Puerto de Navacerrada

UNA EXPEDICIÓN SERRANA

POZUELO, Torrelodones, Villalba, Guadarrama, Cercedilla, San Rafael y todos los pueblecillos situados á uno y otro lado de la línea de Segovia, donde los madrileños que no pueden permitirse el lujo de emigrar al Cantábrico se refugian huyendo del chicharro de la Villa y Corte durante el verano, tienen también sus peregrinos durante el invierno.

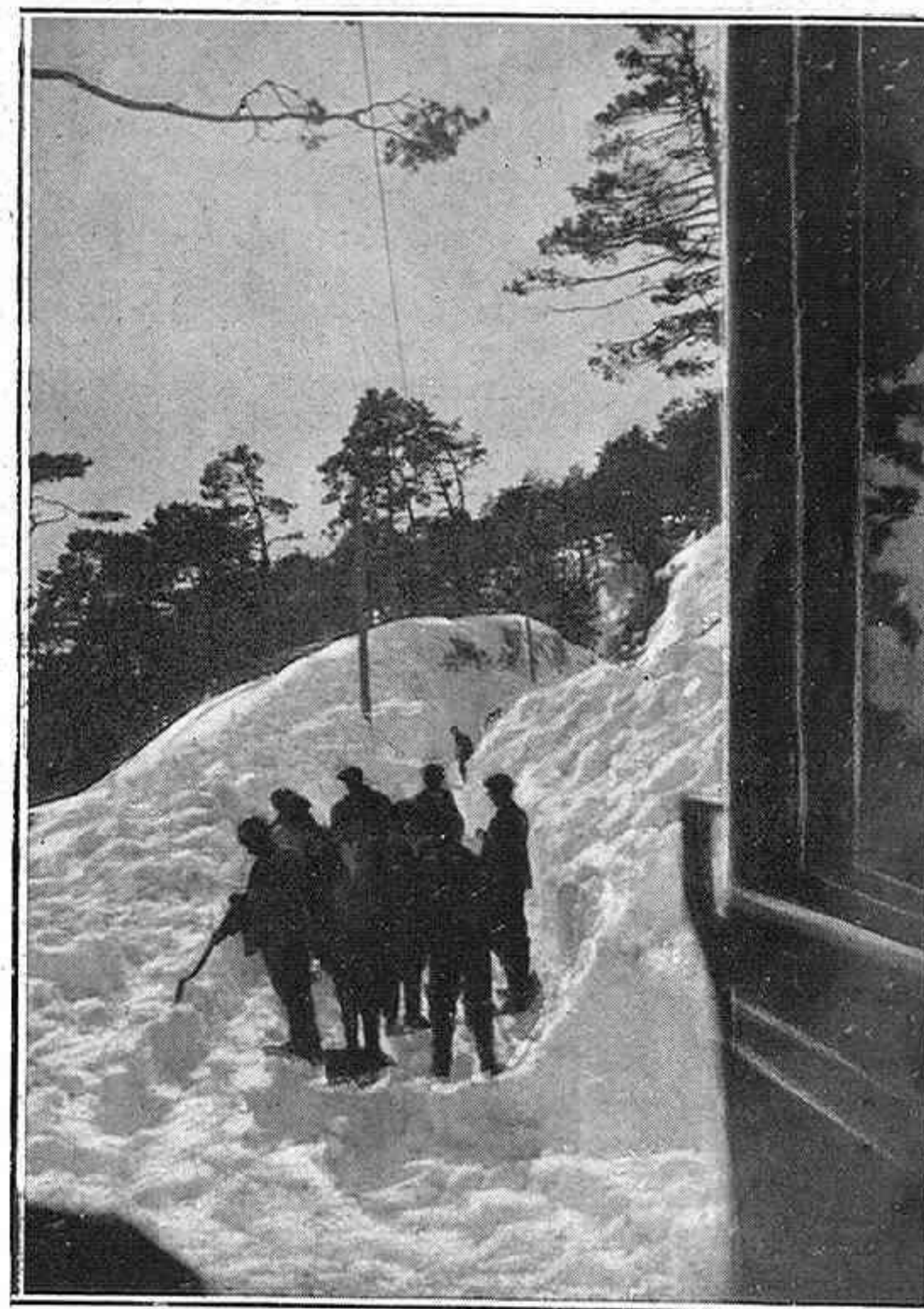
De los citados pueblos el más concurrido es Cercedilla. Los alemanes nos enseñaron que su situación geográfica en el ombligo de la sierra, sus prados, sus pinares y abrigo norteño eran, no solamente encantadores, como soberana manifestación de la esplendidez de la Naturaleza, sino poderoso tónico á la vida de agotamiento de la metrópoli castellana, y en la actualidad son los belgas los que, convencidos del progreso del turismo é importancia de la pequeña Suiza de Siete Picos, nos colocan de un tirón ferroviario en el Puerto de Navacerrada.

Y han contribuido también á la prosperidad de Cercedilla la marquesa de López, Moruve, Cobán, Ascarza, Cárdenas, Oteyza, Canals, Saint-Aubin, Serrano, Ramón y Cajal, López, Cereda, Matilde de Lerma y Sorolla, entre otros, los que

respondiendo á las iniciativas de los extranjeros levantaron hoteles y refugios al lado del caserío serrano, fundando una colonia de hoteles de todos los tipos arquitectónicos, salpicando con notas pintorescas los frondosos vergeles de las faldas del Colgado y de la Cañada en el camino de las Dehesas.

La romería dominguera se mantiene durante el invierno. El Club Alpino, los Sanatorios y los refugios llevan un buen contingente de expedicionarios á Cercedilla, y si atractivos tiene este pueblo serrano durante la estación veraniega, no lo son menos en el invierno.

Hemos estado recientemente, cuando la nieve había sepultado bajo su albo manto vías, carrete-



Obreros abriendo paso al tranvía



Un tranvía descarrilado por efecto de la nevada



Un trineo

ras, senderos y trochas, y no había más remedio que lanzarse á caminar sobre la blanca sábana. El tranvía eléctrico no llegaba más que hasta «Peña hueca». Una cuadrilla de obreros trabajaba en la línea para dejarla expedita y que los expedicionarios pudieran llegar al Puerto. Preguntamos si faltaba mucho para llegar al hotel, y nos dicen que apenas dos kilómetros. Los expedicionarios se animan y forman caravanas indias de peregrinos, que, hundiéndose hasta las rodillas, continúan la mar-

cha por los terraplenes y trincheras de la vía cuesta arriba.

No sin haber expelido por los poros gran cantidad de toxinas de esas que se apoderan del organismo más equilibrado en este sin vivir de la vida madrileña, se llega por fin al hotel de Guadarrama, donde se reparan las fuerzas para después salir á contemplar el panorama de las Guarramillas, todo blanqueado, destacándose sobre él las figurillas negras de los aficionados á cabriolar por las vertientes y andurriales de la montaña entregados al sport de los trineos y los skis.

A la caída de la tarde vuelven las filas indias de expedicionarios á descender de las alturas guadarrameñas, después de haberse saturado de oxígeno, hacer titeres al aire libre y haberse metido entre pecho y espaldas algunos kilómetros, para exclamar...

«¡Cómo nos hemos divertido!...»

J. BLANCO CORIS

GALERÍA DE ESCRITORES LEJANOS

Constantino Balmont,
el poeta ruso que ha viajado
por las tierras del sol.

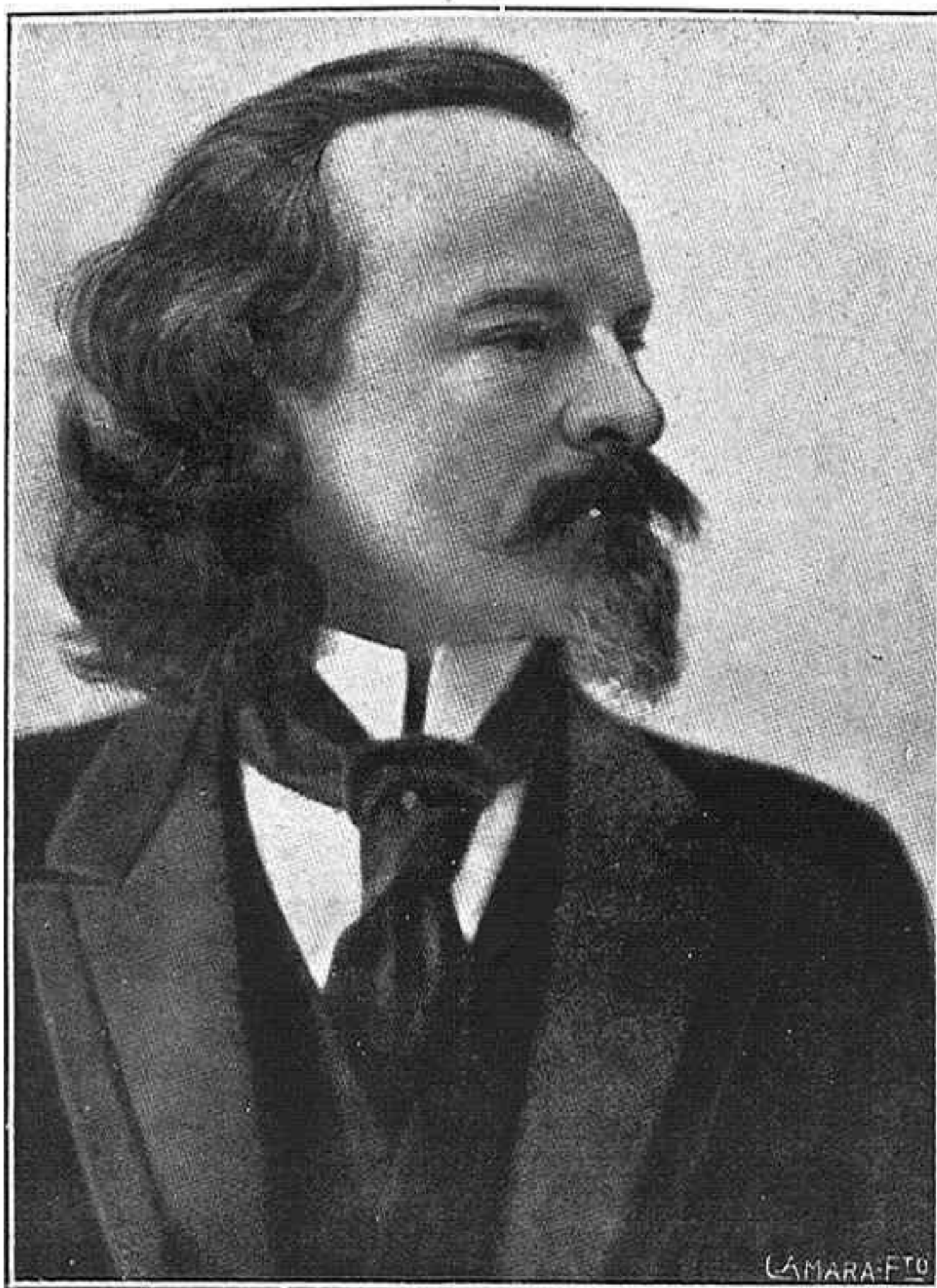
El nombre de Constantino Balmont no ha llegado a España por el camino de Berlín, sino por el de París. Esto lleva ya implícitas varias cualidades características, y desde luego indica gustos, preferencias y hasta una posición respecto del gran conflicto actual de su patria. Balmont está influido por los simbolistas franceses, y ha expuesto en ruso la estética de Mallarmé, predicando con el ejemplo. Hoy hablamos de él con motivo de un libro suyo aparecido en París: *Visiones solares*, presentado al público por una polaca: Ludmila Savitzky, y en el que demuestra interés y cariño hacia España. Siempre es de agradecer esa simpatía, y por lo menos corresponderemos a ella dándole a conocer entre nosotros.

Balmont vive en París. Ya el año 14, al estallar la guerra, acababa de publicar Juan Chuzewille su *Antología de poetas rusos*, recogiendo notas interesantes del renacimiento de la lírica rusa—dormida después de Poushkin, Lermontov y Tutech—, y entre los primeros *pionniers*, al lado de Merezhkovsky—ya conocido en España por estudios y traducciones—y de Fedor Sologoub, quizá el de más vigor poético, figuraba Constantino Balmont, traductor de Shelley y Edgard Poe, de Verleine, Verhaeren y Maeterlinck, con lo cual estaría hecha su filiación y señalado todo su matiz occidental, si no agregáramos que también ha traducido a Calderón.

Valerio Brussov, su compañero en letras, que prologaba desde Moscú esa antología—en plena paz, en 1912—, le considera como uno de los promovedores de ese movimiento. Balmont fundó con él el grupo de la Sociedad de Ediciones *El Escorpión*, y la revista *La Balanza*. Allí apareció como un mágico encantador, resplandeciente de luces, colores y matices, «nuevo Orfeo que forzaba a las mismas piedras a palpar y moverse al son de su lira». A estos dos se unieron luego Andrés Biely y Alejandro Blok, que introdujeron en la poesía rusa un nuevo elemento: el misticismo, é Iwanof, quizá el más clásico entre todos los simbolistas rusos. Para citar, aunque sea de pasada, los nombres más estimados en ese grupo que florece de 1890 a 1910, y que hoy aparece ya en cierta lejanía histórica a través de un velo de llamas y sangre, es preciso no olvidar a Nicolás Gumilev, al conde Alexis Tolstói y, sobre todo, a Alejandro Blok, poeta del amor, que compartió con Balmont y con Brussov la mayor popularidad.

Balmont nació en 1867—ruso mongol por ascendencia materna y escocés por la línea materna—, en el gobierno de Vladimiro, «en una de aquellas imponentes é íntimas moradas provincianas que hemos visto en las novelas de Turguenef—dice la Savitzky—bajo un techo hospitalario; muebles que evocan el siglo de Isabel y Catalina, mariposas de luz, lámparas ante la orfebrería de los iconos, y altas ventanas por donde penetra dulcemente la noche rusa, olorosa de tila y de lilas, con sus leyendas de hechizos, sortilegios, pájaros de fuego y peces de oro...»

Seguiremos esta biografía, hecha con gran cariño. Balmont halla en su contacto campesino con el pueblo un manantial de poesía y una reprimible compasión por la miseria de los pobres. Colegial y universitario, compromete sus estudios y su seguridad material, tomando parte en manifestaciones políticas. Como muchos de sus compañeros, a quienes el ansia de acción empujaba a la lucha, Balmont fué expulsado de la Universidad, encarcelado, desterrado y puesto en tan extrema situación, que una vez llegó a intentar el suicidio. Ludmila Savitzky, poco amiga de la Rusia de los Soviets, disculpa esos extravíos juveniles del poeta y hay en su prosa como un suspiro de satisfacción al verle entrar por fin «en su verdadero camino, el de los estudios literarios, el de la creación personal...» Aquellas aventuras tenían por objeto la justi-



CONSTANTINO BALMONT

cia más elemental; pero, según la Savitzky, «debían conducir unos años más tarde al desastre que todos sabemos». Con mayor ó menor intensidad, todas las grandes almas rusas han pasado por el primer estado, y muchas, casi todas, llegaron al segundo, a ese «verdadero camino de paz, orden y creación personal». Sería necesario estudiar hasta qué punto ha intervenido la voluntad en ese cambio; cómo se grabó en el espíritu de Dostoyewsky la idea de su famosa carta al Zar; cómo llegó la figura simbólica de *Sacha Yegulev* a encarnar los dos impulsos vitales de Andreief: el impulso de destrucción y el de resignación. Pero estamos hablando de un poeta simbolista, nacido el 67, célebre antes de 1900, que ha cantado «por el amor de las vocales y las consonantes, acordando el ritmo de sus poemas con el de las olas y el viento, trazando en el arabesco de una estrofa el vuelo de una gaviota...»; poeta, en fin, que mereció ser coronado de rosa y

laurel por las mujeres rusas, como en los juegos florales de la Provenza francesa. «Nada de afeminado, sin embargo, en ese arte que sabe acariciar las cabelleras desatadas al viento, y también golpear el bronce del escudo.» «La gloria le rodeó muy pronto. A su alrededor se formó una escuela, la misma que impulsaba por otra parte la música, la pintura, la danza y el teatro rusos a un grado de perfección que todavía hoy nos maravilla.»

Hace tiempo que Balmont viaja. Su biografía dice que estos últimos veinte años ha compartido su existencia entre Moscú, París y los viajes lejanos, y que el año 19 regresó a Francia como a un asilo amistoso, «a pesar de las ventajas materiales que ofrece a sus compatriotas la estancia en Alemania».

Constantino Balmont no teme la sonrisa del lector cuando habla de sí mismo: «Yo soy—dice en dos versos—el matiz delicado del solemne idioma ruso; antes de mí los poetas no fueron sino precursores.» Sus primeros libros: *Bajo el cielo sombrío*, *Palacios incendiados*, *Silencio*, eran la obra de un lírico. Un contemporáneo califica su poesía de instintiva y personal. Nacido en el campo, se vale de los recuerdos de infancia para reproducir el encanto ingenuo y primitivo de la Naturaleza. Poeta maravillosamente fácil desde los diez años, llegó a dominar la técnica, «llegando a moldear la realidad de los objetos y a retratar el símbolo efímero». La obra de Balmont es acaso el cántico panteísta más suntuoso (y el menos sobrio) de la lírica contemporánea. Reproduciremos también de las notas de Chuzewille una observación: Balmont no ha empleado el verso libre. Ha buscado para sus mejores poemas una solución diferente: un verso de *raza*, susceptible, sin embargo, de revestir los complejos matices de ideas y sentimientos peculiares al espíritu moderno. *Seamos como el sol*, *Liturgias de belleza*, *Sólo el amor*, *Cuentos de hadas*, *El pájaro de fuego*, *El jardín verde* son sus principales libros.

Visiones solares es un libro de prosa. Viajes por Méjico, Egipto, la India, el Japón, Oceanía. *Yo vine al mundo para ver el Sol...*, ha dicho en un poema. En efecto: la visión y la sensualidad la tiene Balmont, como nuestro Rubén Darío, amante apasionado de las *Tierras solares*.

«Comprendo otra vez—escribe—que existen el sol y la alegría. He seguido el muelle inundado de luz. He penetrado en un jardín. En el islote del estanque, abierto al aire de los días y de las noches, una floración suntuosa de campánulas en que se desvanecía una corola de oro. Camelias, arbustos florecidos de margaritas campestras, glicinas—ó acaso florecillas semejantes a las glicinas...—Sobre una flor olorosa, cuyo nombre ignoro, he visto una abeja. Si hubiera visto a Shelley en persona, mi

alegría habría sido la misma. ¿Era una cita? Esta mosca de las flores, abigarrada, igual a las que yo perseguía en mi infancia, volaba y revolaba para posarse siempre sobre la misma flor. Desde mi infancia la conozco. Me parecía que del mismo modo conocía también el rostro de las españolas que aparecían y desaparecían a mi alrededor, rostros familiares y queridos desde hace mucho, mucho tiempo. En todo español creo ver un hermano de aquellas innumerables figuras creadas por la fantasía de Calderón y de Cervantes; por la historia entera de este país ardiente, atrevidamente sensual, verídico, realmente extraño a la mentira.»

Balmont escribe esa página en un puerto del Cantábrico. Ha desembarcado en La Coruña. Atribuye a los españoles cualidades rusas; prueba de simpatía cordial, la mayor que puede dar un poeta. Va camino de Méjico. Habla español. Le seduce la civilización antigua, y lleva no sólo sus ojos de aldeano y su sensualidad oriental, sino una insaciable curiosidad de erudito que revolverá archivos y bibliotecas.

Los bibliotecarios quedarán espantados «de la avidez de los rusos».

LUIS BELLO

LAS CAÑAS

*De noche, en la laguna de agua muerta en que nacen
Las cañas, tristemente—y débilmente—yacen.
¿Qué murmuran? ¿Qué historias se cuentan entre sí?
Corren los fuegos fátuos. Lucen aquí y allí.
Ahora se encienden. Ahora se apagan. En lo oscuro
Fosforesce un errante, mortecino conjuro.
De noche, hasta la médula un temblor les traspasa.
Es el abrazo frío de la sierpe que pasa.
La muerta sobre el agua, lentamente se inclina.
Tu eres, la desolada luna, la opalina.
Un hálito de muerte flota sobre el fangal.
Todo se pudre y hierne, en frío, para el mal.
¿Quién va? ¿Quién es? Preguntan las cañas, temerosas.
¿Por qué esos mil relámpagos, que salen de las cosas?
No lo sabe la luna. Lentamente, rebasa
El horizonte, inmóvil, y, silenciosa, pasa.
Y exhalando un suspiro, helado el corazón,
Las cañas, tristes, vuelven a su murmuración.*

Constantino BELMONT
(Traducción de L. Bello)

LA EXPOSICIÓN VERDUGO LANDI

La Exposición que nuestro muy querido compañero de Redacción Ricardo Verdugo Landi celebra en el Salón del Círculo de Bellas Artes ha obtenido, tanto del público como de la crítica, el éxito más entusiasta. El público que por el Salón ha desfilado y los elogios que la crítica tributó á los cuadros lo confirman plenamente.

Ante aquella circunstancia de ser Ricardo Verdugo Landi compañero nuestro de Redacción, preferimos, á emitir juicios propios, reproducir algunos fragmentos de las opiniones que á la crítica ha merecido la Exposición del ilustre marista.

Francisco Alcántara, el prestigioso crítico de *El Sol*, ha dicho:

«Verdugo Landi lleva su sensibilidad andaluza al estudio de las marinas de todo nuestro litoral, y puede decirse que se renueva constantemente, porque de continuo tiene ocasión de identificarse con caracteres é ideales nuevos y de ser otro artista del que fué.»

Rafael Marquina, en el *Heraldo*:

«Ha llegado Verdugo á un dominio perfecto. Y lo que da á su perfección una calidad envidiable y un cabal sentido de arte es la íntima emoción, el sentimiento que anima su técnica. Tanto como pintar, describe y define. Y en el minuto fugitivo encierra la eternidad, y en el espacio reducido lo infinito. La pintura naturalista tiene aquí una vivacidad siempre renovada. Es ya notabilísimo el acierto con que Verdugo Landi ha depurado hasta extremos magistrales la técnica de su arte; pero es más considerable todavía la pureza poética, á veces recia y á veces suave, con que se asoma al espectáculo del mar y nos lo revela. Desde sus pequeños «apuntes»—algunos de ellos maravillosos—hasta sus grandes cuadros, la emoción del mar, de la «creación del mar», siempre igual y siempre nueva, tiene, aparte de la belleza pictórica, una emoción personal.»

Ramón J. Izquierdo, en *La Correspondencia de España*:

«Inútil es que por medio de la Prensa se quiera dar una idea de las bellezas sin número que aquellos cuadros atesoran en esa emoción del mar que en tan diversas formas, con tan distintas modalidades, sabe dar Verdugo, y lo mejor es recomendar la visita á la Exposición para poder gozar del mar sin salir de Madrid, porque el ambiente especial que envuelve á ese elemento de nuestro planeta está tan justamente trasladado al lienzo, que los que hayan vivido en el mar encontrarán en cada cuadro un recuerdo, y los que no les sea familiar encontrarán una agradable sensación en los encantadores paisajes marítimos que tan maravillosamente ha sabido traducir.»

Rafael Doménech, en *ABC*:

«Ricardo Verdugo se ha formado un estilo personal, un arte alegre, amable, bello, que habla un lenguaje de las formas naturales cuya comprensión es vastísima en el público.

A su labor gráfica periodística, continua y vasta, añade una labor pictórica dilatada; pinta mucho, y de sus



RICARDO VERDUGO LANDI

estancias en las playas catalanas, malagueñas y del Norte, forman la actual Exposición un conjunto muy numeroso de obras. Las más características, las más personales (por dentro), son las pinturas pequeñas, que por ser pequeñas se les llama apuntes, y también por estar hechas en poco tiempo, cuando en el trabajo del artista, el factor espacio y el factor tiempo tienen un valor muy relativo. El arte de Ricardo Verdugo, ese que antes apunto como suyo

por dentro, es el de las notas íntimas, breves y sencillas de la naturaleza.»

En *Informaciones*:

«Tres son las características de este gran marista: realismo, luminosidad y limpidez en el color, que lo distinguen de los demás, dándole una determinada y envidiable personalidad, las que unidas á su gran práctica de trabajador infatigable y al buen gusto en la elección de los motivos, hacen de Verdugo Landi uno de nuestros más eminentes y ponderados artistas.

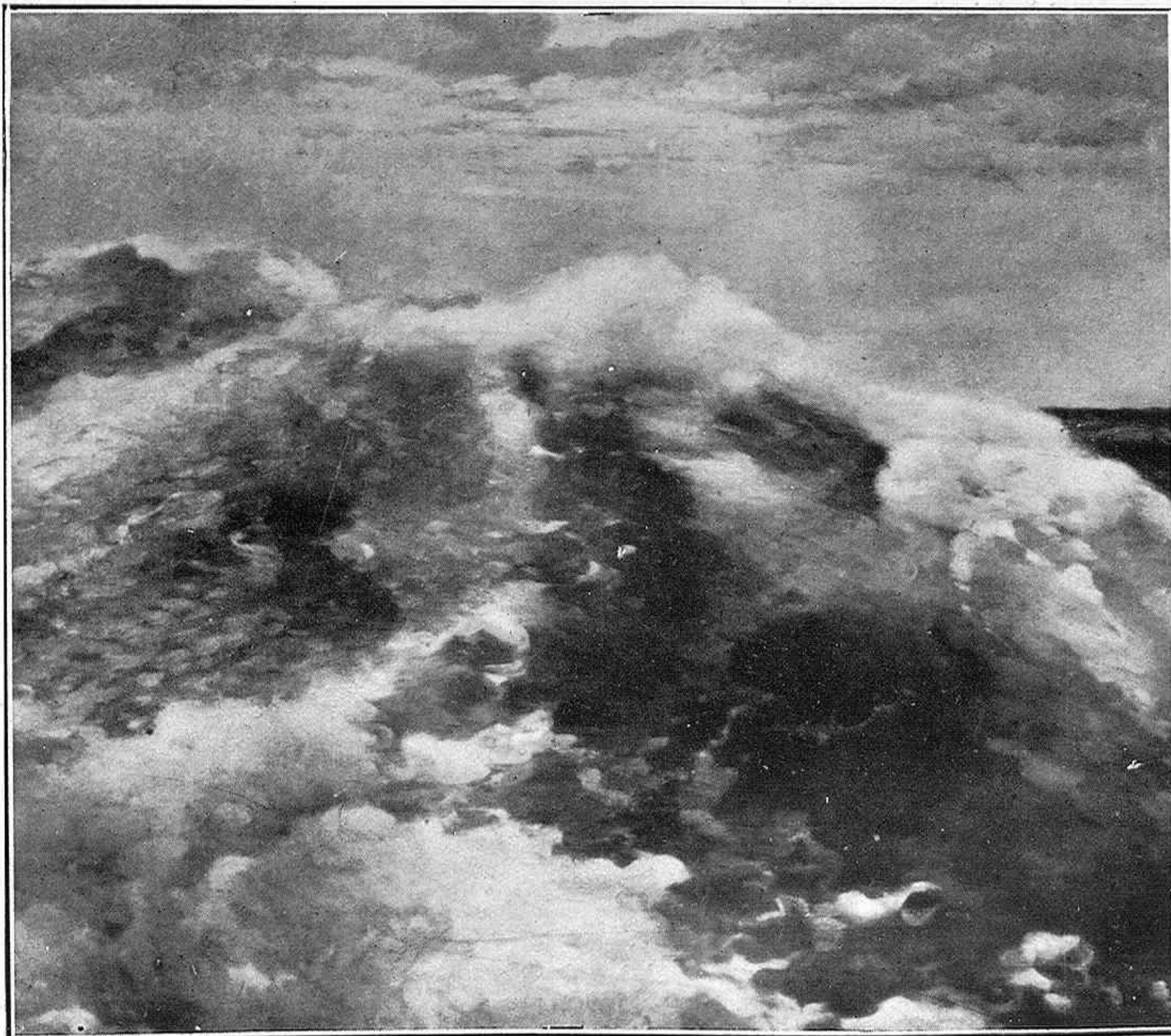
Por ser igualmente bellos casi todos los cuadros que expone, es inútil nombrar ninguno; pero no podemos resistir la tentación de señalar el número 10 del catálogo, admirable cuadro en tonalidades grises, cuya luz mate nos recuerda el oriente de las perlas finas...»

Luis Pérez Bueno, en *El Liberal*:

«Presenta en esta Exposición veinticinco cuadros y varios apuntes. Algunos cuadros ya los conocíamos, como el de las «Costas de Garraf-Sitges», admirable nota de color que fué muy celebrada. Significan ahora «Galerna», «Temporal», «Borrasca» y «Mar movida», en los diversos modos de sus enunciados, predominando los estudios de notas grises, y como contrastes las visiones en plena quietud del Puerto y la Caleta de Málaga, y la muy bella playa de Algorta (Bilbao). Delicioso es el estudio de luces en «Puesta de Sol» (Biarritz), vibrante todo él de refinada sensibilidad artística. Pero donde mejor demuestra Verdugo Landi su maestría, su profundo saber profesional, es en los apuntes. Acertados, bellísimos, todos expresados con facilidad, con graciosa ligereza, con verdaderas escalas cromáticas, reproduciendo las misteriosas canciones de la luz cabalgando sobre las olas y bañando á su vez las aguas, los barcos y las rocas en infinitas coloraciones. Todo es por el mar y para el mar; sólo le separan de esa intención artística dos ó tres apuntes mirando tierra adentro, tierras verdeantes cuya lejanía se funde entre las brumas. Y estos «solitarios» de la tierra contienen tantas bellezas, que me permito rogar al maestro que en sus futuras exposiciones no tengamos que hablar de ese género como caso de excepción.»

De «Perdreau», en *La Acción*:

«Verdugo siente amor al mar y lo mira con ojos de buen amigo, apartando de su mente toda sensación desagradable que pudiera impresionar de un modo rudo á los que contemplan sus lienzos. El mar que nos muestra el artista no es el Océano insondable, lleno de borrascas espantosas, con sus víctimas flotando en las turbias aguas; es el mar de los poetas, azulado y sereno, que parece á ratos enfurecerse un poco, pero no hasta el punto de hacernos temblar de miedo. Es la visión de quien nació y ha vivido en hermandad constante con el mar latino, donde tienen aún fuerza de realidad las hermosas leyendas mitológicas inventadas por la divina fantasía de un pueblo cuyo rastro no se borrará jamás de la Historia. Un hombre mediterráneo no siente adversión al mar, que es para él parte de su alma, y no puede pintarlo como antro misterioso lleno de peligros, sino así como lo pinta Verdugo, riente, azulado, lleno de espuma inmaculada, y con naves que le surcan animosas con sus velas puntiagudas hinchadas por la brisa.»



«Mar gruesa», cuadro de Ricardo Verdugo Landi

EL MELANCÓLICO FIN DEL CALIFATO



El Sultán ABDUL HAMID II
Destronado en 1909

CARACTERES verdaderamente dramáticos y que bien pudieron tocar los confines de la tragedia, si las víctimas no hubiesen mostrado absoluta docilidad ante los mandatos gubernamentales, ha revestido la abolición del Califato en Turquía. Este acontecimiento trascendental, ya que ha de repercutir en todo el mundo musulmán, engendrando agitaciones que, á la postre, pudieran alterar la paz universal, harto amenazada hoy por mil fermentos de odios y rencores, por mil codicias y apetitos insaciables, merece, á la verdad, unas breves líneas informativas que arrojen alguna luz sobre el suceso ocurrido en la antigua capital del Imperio en la noche del 3 al 4 del mes pasado.

Decretada por la Asamblea Nacional la destitución de Abdul Medjid y su inmediata salida del territorio turco, se acordó con tropas de absoluta confianza el histórico palacio de Dolma-Baghtché, residencia del califa y de su familia. El gobernador civil de Constantinopla, Haidar Bey, acompañado del director de la Policía, Sadeddine Bey, hizo su presentación al califa á las doce en punto de la noche, dándole inmediata lectura del decreto fatal y añadiendo que debía ser ejecutado dicho acuerdo sin aplazamiento ni demora de ninguna clase. El palacio y sus dependencias tenían que quedar evacuados antes de las cinco de la madrugada. Conternado y lloroso, el «Comendador de los Creyentes» hubo de suplicar á los funcionarios gubernativos una dilación de dos ó tres días, á lo sumo, con objeto de ordenar su propiedad particular, disponiéndola convenientemente para el destierro. Pero como el ruego de Abdul Medjid no fué atendido, el depuesto califa tuvo que vestirse de un modo atropellado y amontonar en unas maletas sus ropas de uso diario y los objetos de mayor valor á su alcance. A la hora fijada por los comisarios salía del palacio, con sus dos mujeres, sus dos hijos y una comitiva de cinco personas, siempre bajo la estrecha vigilancia de la policía y de algunos agentes.

Varios automóviles condujeron á los desterrados hasta la estación de Chataldja, donde hubieron de esperar casi doce horas, reclusos en una vulgar sala de espera, el paso del *Orient-Express*, que debía conducirlos al destierro. Cuatro días después, el 7 de



La última ceremonia del Selamlık á que asistió el depuesto Califa Abdul Medjid

Marzo, llegaban á Territet (Suiza), por Sofía y el Simplón, mientras los príncipes y princesas de la familia imperial, también arrojados de Turquía por manera fulminante, se dirigían utilizando la vía marítima ó terrestre á Rumania, Francia, Italia, Suiza, Egipto y Siria. Cada uno de ellos había recibido del Gobierno, como viático de viaje, la suma de mil libras turcas.

Este derrumbamiento del Califato es el epílogo de los sucesos de Noviembre de 1922, cuando el sultán Mahomed VI hubo de huir de Constantinopla ante la llegada de las primeras tropas kemalistas, victoriosas de los griegos. Abolida por entonces la monarquía otomana, subsistió, sin embargo, el Califato como institución religiosa, aunque desde aquel momento dejaba de ser hereditario en la dinastía de Osmán, reservándose la Asamblea Nacional el derecho de elegir su titular. Bajo tan precario régimen ha vivido quince meses el desafortunado Abdul Medjid. Desposeído de toda autoridad temporal, su única afirmación de existencia era el *selamlık* del viernes, que el califa seguía cumpliendo escrupulosamente en una de las mezquitas de Constantinopla.

Es cierto que se le rendían honores militares; pero sólo por la guardia palatina, reducida á in-

sostenimiento de las múltiples cargas del Califato que la pensión votada por la Asamblea Nacional.

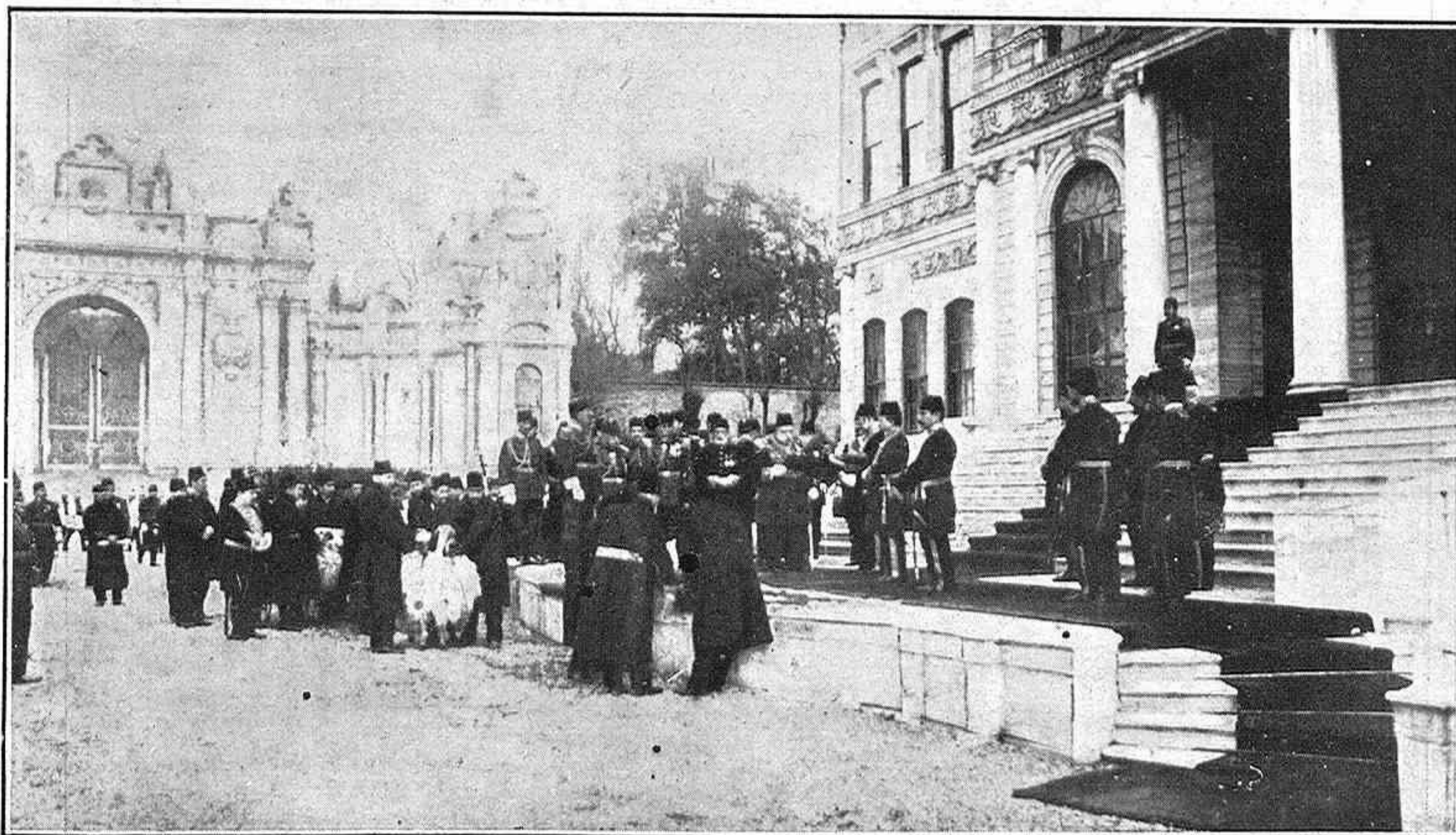
Es indudable que, tratándose de un pueblo tan apegado á las tradiciones religiosas, la presencia de los miembros de una dinastía recientemente derrocada no podía dejar de inspirar temores á los revolucionarios. Como consecuencia de ello, empezó á discutirse primero con timidez, abiertamente luego, la cuestión del Califato, de su prestigio y sus prerrogativas. El proceso de los periodistas y de Lutfi Fikri, presidente de la Audiencia, en Diciembre último, vino á agravar la situación. Los procesados, á quienes se perseguía por manejos contra la República, hubieron de ser absueltos por el *Tribunal de la Independencia*, organizándose manifestaciones populares en su favor. Entonces no titubeó un momento Mustafá Kemal había que precipitar los acontecimientos impidiendo todo nuevo brote de la recién desarraigada planta monárquica.

Así, el día 1 de Marzo, con ocasión del discurso anual dedicado al examen de la situación política del país, emitió su voto favorable á la supresión radical del Califato. La Asamblea Nacional fué aún más allá en este deseo, ya que hubo de aprobar la supresión propuesta y el destierro á perpetuidad del califa y de todos los individuos de la familia imperial, constituida por treinta y dos príncipes y treinta y cinco princesas.

Por piedad ó por cubrir las formas, el iniciador de la idea, el ensoberbecido Mustafá Kemal, intentó limitar el acuerdo legislativo á la persona del califa. Mas no fué atendido su ruego, y la moción quedó votada íntegramente, desapareciendo del antiguo Imperio



El Sultán MOHAMED V
Muerto en 1918



La ceremonia anual del sacrificio de los carneros en las gradas de la Mezquita de Estambul, en presencia del Califa, y que ha quedado abolida por el nuevo Gobierno



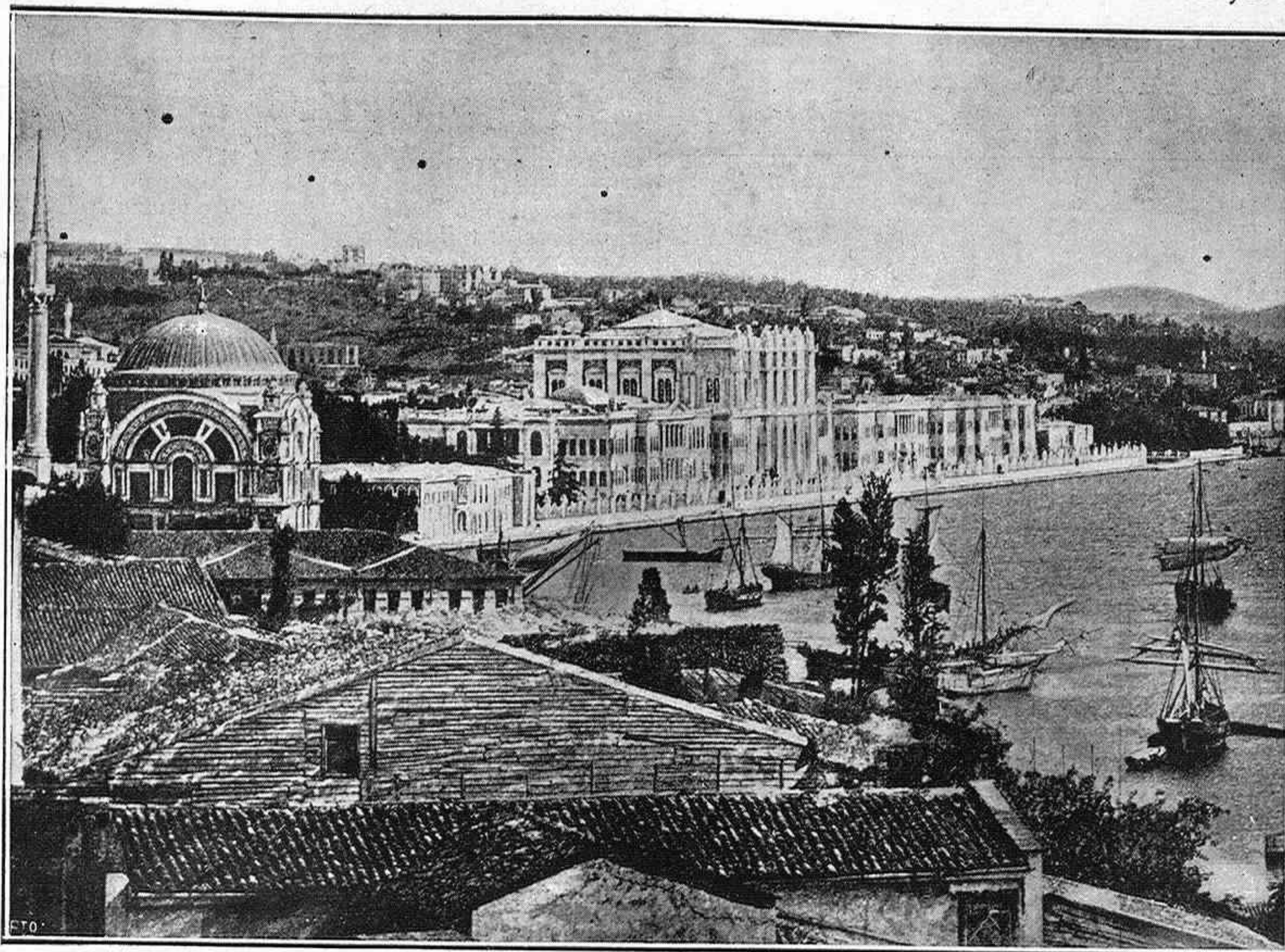
MOHAMED VI
Que abdicó en 1922



MUSTAFÁ KEMAL
Presidente de la República turca

turco una institución secular que, á decir verdad, hubo de experimentar bastantes vicisitudes en la historia del Islam. Es cierto que los musulmanes ortodoxos conservan, á través de los sultanes otomanos, los Abasidas de El Cairo, los Abasidas de Bagdad, los Omiadas de Damasco y los cuatro sucesores directos del *Profeta*, la tradición del Califato. Mas no es menos cierto que los Omiadas se impusieron por la violencia á Alí en el año 661, y que, durante un siglo de dominación, persiguieron sañudamente á los descendientes de Mahoma. A su vez fueron exterminados por los Abasidas de Bagdad hacia el año 1010. Uno de ellos logró, sin embargo, escapar á la matanza, llegando á fundar en España la dinastía Omiada disidente. Cuando los moros quedaron expulsados de nuestro suelo, el sultán de Marruecos hubo de aprovecharlo para proclamarse califa, lo que no impedía el que desde 910 se hubiese instalado en El Cairo la dinastía, también disidente, de los *Fátimidas*, que subsistió hasta 1173.

Por otra parte, la invasión de los mogoles puso término en 1258 al reinado de los Abasidas en Bagdad, suponiéndose por algunos historiadores que uno de sus auténticos herederos, refugiándose en Egipto, dió allí nacimiento á los Abasidas de este país, cuyo obscuro reinado de dos siglos apenas alcanzó importancia histórica. Por último, en 1517 el sultán Selim I conquista á Egipto y se hace reconocer Comendador de los Creyentes, luego de renunciar el Califato á su favor el último soberano Abasida. Desde entonces, y durante cuatrocientos cinco años, desde 1517 á 1922, la elevada dignidad ha continuado siendo patrimonio de los sultanes turcos. Añadiremos que el destituido Abdul Medjid se niega á renunciar á su título mientras no se lo arrebatase la Asamblea general de ulemas, ya reclamada por gran número de



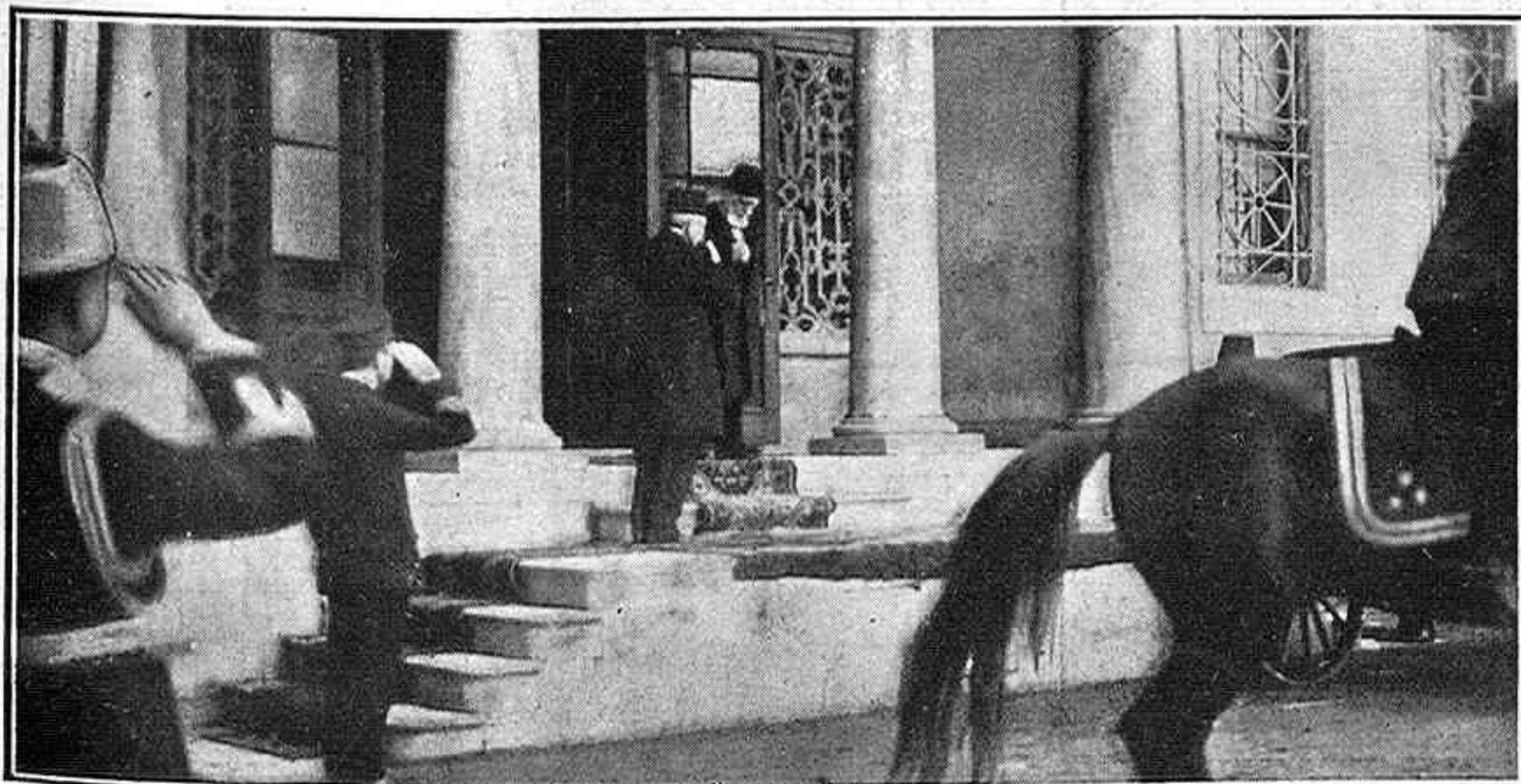
Palacio Imperial de Dolma-Baghtché, residencia del depuesto Califa, y que ahora pasa á ser propiedad del Estado

musulmanes. Que no han de faltarle competidores á Abdul Medjid, lo demuestra el hecho de haberse dejado proclamar el 6 de Marzo califa de los árabes el rey Hussein, soberano de la Transjerdania y del Hedjaz. No siendo, por lo demás, improbable que en Egipto surja también algún otro usurpador.

A. R.



PRINCESA DURI-CHEHVAR
Hija del Califa Abdul Medjid



El Califa Abdul Medjid saliendo del Palacio de Dolma-Baghtché para dirigirse al destierro



El Califa Abdul Medjid y sus dos hijos en el hotel de Territet (Suiza), donde han establecido su residencia

CHISMOGRAFÍA DE LA MODA



Sombrero Claridge en paño «beige», con adorno de cinta color marrón

La aparición de las nuevas estaciones trae consigo una verdadera nube de chismes, de cuentos, de maledicencias que, saliendo de los talleres, pasan á los centros de elegancia mundana de todas las categorías y siembran la confusión y la desconfianza por doquier.

Así, no hay época peor para saber qué es lo que se va á llevar que la entrada de primavera y la de otoño.

Los modistos, luego de haber trabajado incesantemente durante varias semanas para dar forma á sus pensamientos, se ven acosados á preguntas, á medida que avanza la estación, por otros intérpretes de la moda de imaginación más pobre que ellos, por directores de talleres de segundo orden y por sus mismas clientes.

Todos quieren obtener un anticipo, siquiera sea ínfimo, de las novedades ideadas, de las bellezas conseguidas, y recurren á todos los medios imaginables para conseguir su propósito, bien con la idea de lucrarse sin esfuerzo, bien con la de sorprender y despertar envidias entre sus conocidas. Los maestros del arte del traje procuran defenderse negándose á entablar conversaciones y hasta cerrando sus talleres á visitas inoportunas, y esta actitud es precisamente lo que da lugar á las fantásticas suposiciones que corren luego por París; á los «se dice» más absurdos; á las afirmaciones más inverosímiles.

Entonces también empiezan para la *reporter* los días más arduos de su misión, aun suponiendo que cuenten con el apoyo y leal amistad de algún «as» del indumento, pues lo más probable es que éste se halle en un estado de nervios nada propicio al intercambio de ideas. Ni siquiera le ayudará, tanto como esperaba, un permiso para penetrar en los talleres. Para apreciar á fondo las transformaciones de una modalidad precisa verlas completadas.

Un vestido á medio acabar, un croquis, un dise-

ño, no logran dar una idea de lo que será la obra cuando terminada ya la haya vestido el *mannequin*; cuando la figura esbelta y ondulante de ésta obligue al tejido á caer en su sitio, á dibujar una curva, ó conseguir el efecto que el maestro vió en su imaginación y guiado por su inspiración llevó á la realidad.

Todos los anticipos de novedades son, pues, gratuitos á la par que peligrosos, porque ocurre con bastante frecuencia que el director de un taller, viendo defraudadas sus esperanzas de lograr algo verdaderamente bien al dar cima á sus pensamientos, se considera obligado á cambiar totalmente de rumbo y á desarrollar una teoría completamente distinta de la que en un principio ideó variando en su consecuencia las tendencias de la moda.

Sin embargo, llegada la época en que nos hallamos, pueden ya anunciarse, sin temor á incurrir en errores, las características principales del nuevo indumento. Nadie debe ignorar desde hoy que la línea del talle sigue colocándose debajo de la cadera; que aun cuando se llevarán los vestidos sin cinturón, muchos modelos nuevos ostentan una trabilla en la espalda ó la delantera; que los trajes de *sport* van á gozar de mayor popularidad que nunca; que los vestidos de punto disfrutarán de especial predilección; que las guarniciones predilectas serán las de jaretas pequeñas, vivos al bies, entredós de trenzados y botones diminutos; que para los trajes de mañana y *sport* no se usará más tejido que la franela de lana, y para los de tarde se preferirá el raso, la alpaca y el *poplin* de seda, la falla y el crespón; y finalmente que se considerará elegante todo modelo en el que se dé preferencia al tono blanco combinado con negro, con azul *chinois*, con verde eucalipto y con *beige*.

Además de estas reglas generales, es necesario saber también que el peinado á la *garçonne* empieza á pasar de moda y que algunas elegantes están dándose prisa á dejar crecer un poco sus cabellos para poderse presentar peinadas á lo *fenicio*. ¿Será verdad?

Mientras tanto, el tiempo mejora, amanecen días claros, soleados y de temperatura lo suficientemente dulce para permitir y hasta incitar al uso de cualquiera de los deliciosos vestidos que nos ofrecen los modistos. Los modelos más *chic* son muy largos; tanto, que ya no los separan del suelo más que veinte centímetros á lo sumo, y dan una sensación de amplitud sin perder su finura de línea. Adorable es el vestidito destinado á tarde, de *crespón cachemir* negro, enterizo, fruncido alrededor de las caderas por medio de un cordón, orlado en torno al escote cuadrado, las mangas semicortas y el pie de la falda con tres vueltas de crespón azul cortado al bies. Esta guarnición es de un ancho total de quince centímetros.

Acompaña á este traje un sombrerito de paja de Milán negra, de ala levantada á un lado por una pluma que cae hasta el hombro izquierdo.

Lindísimo es el modelo de tarde, igualmente de



Sombrero de paja color azul, forrado de tela estampada, haciendo juego con la blusa



Traje de deporte, de lana «chín» color «beige»

paño *beige* con apariencias de abrigo y falda, que es en realidad un vestido de una sola pieza. La parte superior es recta; el escote, sencillo; las mangas, largas; y á partir de las caderas se amplía por medio de un gran volante sesgado y superpuesto que rodea el traje entero, excepción hecha del trozo derecho de la delantera.

Completa tan linda *toilette* un sombrero de paja color castaña, cuya copa muy alta circunda un lazo de seda de igual tono, anudado á un lado.

Para más vestir es el modelo de crespón de china color de cuero, de cuerpo liso y escote redondo; mangas largas y ajustadas; línea del talle en las caderas; marcada por un cinturón largo y estrecho del mismo crespón y falda compuesta por dos grandes volantes cortados al hilo y cubiertos de pequeñas jaretas. El efecto es delicioso por lo sencillo é ingenuo del adorno. En torno á los puños, el escote y los volantes lleva un festón hecho en seda de igual tono que el resto. Un turbante de crespón, un poco más oscuro que el del vestido, y zapatos de piel de ante del mismo color que la toca, completan el conjunto.

Muy nuevo, pero exigiendo una figura de silueta muy frágil, es el modelo de tarde, de crespón azul muy oscuro, combinado con crespón azul estampado en rosa y violeta, cortado en forma enteriza; empleándose para la espalda y delantera el crespón estampado, y para las mangas cortas la trabilla que lleva delante y los dos volantes que le prolongan al pie (de unos veinticinco centímetros de ancho cada uno), el crespón liso. Este vestido logra imprimir un movimiento especial á la línea, haciéndose más corto delante é intercalando dos *panneaux* del crespón liso en cada lado de la falda desde la cintura hasta el pie.

Y ya lo sabéis: consiguiéndose el efecto de línea que se desea, lo demás no importa...



¿Ha estado Vd. en el
país de los naranjos?

¿Conoce Vd. la deliciosa fragancia de la huerta valenciana?
Es un aroma fresco y agradable, que conforta y rejuvenece.
Es el aroma que evocan, al aspirarlas, las emanaciones del

AGUA DE COLONIA AÑEJA

En fricciones o mezclada al agua del tocador
o del baño, tonifica los nervios, da vigor y elas-
ticidad a los músculos y suaviza el cutis.



Frasco de litro,
15 ptas.

Frasco pequeño,
2,50

PERFUMERÍA GAL. - MADRID

DESCONFÍE USTED
de quien le ofrezca los productos de la Perfumería Gal a precio
más reducido. En todos los comercios de España, Baleares y
Canarias, se venden a los mismos precios que en sus tiendas de
Madrid y Barcelona. Es lógico sospechar de quien renuncia al
modesto margen de utilidad en la venta.

EN UN MUSEO NAVAL DE SUECIA

Tienen ya las fotografías color de pasa, por lo que el heroísmo está dulcificado con una vaguedad sentimental.

Representan los momentos simbólicos en una expedición al Polo a mediados del siglo último. Pirámide de los oficiales con su uniforme en la galería de Estocolmo. El barco de azúcar cande. Un oso humano con las crías de una perra de trineo que parió en los témpanos. La casa de madera y su gorro de nieve. La tumba del compañero, con una cruz en la bola blanca, y á falta de hachones, llameando en el aire las cabelleras de la sombras que lo despiden...

Desde entonces transcurrió el tiempo, y antes y después salieron otros muchos visionarios en busca del trozo inédito del mundo. Hoy mismo, el postrer iluso quisiera efectuar en la cima invencible el aterrizaje de su aeroplano.

Suecia produce reiteradamente el explorador ártico.

Los retratados en las cartulinas desteñidas encarnan, aunque mejor diríamos que espiritualizan, la ilusión popular y romántica. Acaso contribuyen las ojeras, que amoratándose en el papel de una alucinada palidez, tornan quimérica la mirada que el daguerrotipista obligó á mantener fija en el aparato. Llevaban tufos rizosos sobre las sienes, y algunos aureolaban su maxilar fuerte con la sota-barba. Todos eran rubios, y el tiempo gastó en la imagen la claridad de raza, hasta la transparencia. Los anticuados navegantes de catalejo en la diestra encierran en sus chupas, contemporáneas, fraternas de los levitines con trencilla, la luminosidad de un destino prodigioso. Parece que se disponen, no á descubrir, sino á regresar al páramo de cristal, su patria.

A la sazón, los pueblos consideraban tales arriesgadas partidas como un empeño de quijotería, y el círculo boreal gozaba de su decorado de tramoya, ni más ni menos que el infierno puesto en música.

Nápoles festejó á los caballeros del hielo, reclamados en diversos países para celebrar su triunfo, según consta en el archivo que visitamos. La tierra cantora organizó el inevitable concierto alusivo. Con simulados rugidos de foca y un trémolo de la caja se consiguió entonar el cuadro, y los violi-

nes, en un querubinesco arrebato, intentaban traducir la inquietud del corazón nórdico; pero el buen corazón, empapado en *chianti*, y como de diamantes negros, lleno de ojeadas de mujeres, prefería ya ahumarse en el penacho del Vesubio, recobrándose en la fragua de los pasados fríos.

La tierra olvidó aquella ingenuidad tumultuosa de la época de las óperas, y las navegaciones desinteresadas disciplinaron en la rigidez científica, entre las refulgencias del vidrio y el acero con cifras, que recorren agujas ultrasensibles.

Esas fotografías y esos *menus* que se conservan en este museo señalan la última travesía de cruzados, de soñadores...

Cada Marina cuenta con su tipo característico. La francesa, con el novelista; la española, con el mártir; la británica, con el futuro lord; la holandesa, con el colonizador. La Marina escandinava cuenta con esos *capitanes* en que el título conserva una genialidad y estilo de novela de Julio Verne.

A CONCHA ESPINA

Al leer su novela «El cáliz rojo»

¡Corazón: no te quejes lastimero
si recibiste la primera herida!
Para luchar con éxito en la vida
es necesario el temple del acero.

Rechaza con valor el dardo artero
y al enemigo con desdén olvida;
así verás en humo convertida
la cobarde emboscada del sendero.

¿Quién á la torpe envidia pone valla
cuando persigue á la ventura ajera
y sus instintos la virtud no acalla?

Sacude, corazón, tu amarga pena,
que mientras más reñida es la batalla
queda después el alma más serena.

ELSA

FERROCARRIL A BORDO

El tren iba á lanzarse al mar; pero lo recoge un barco, depositándolo en su bodega.

Desde la cabina, que hasta hace un instante dominaba llanuras sin límites, no se ve más que la cueva de hierro claveteado y de un blanco lustroso. En otra vía hay otros coches. A ras del pavimento, un vidrio redondo descubre el oleaje de un color de bilis, y que espejea con acritud.

Se respira esa humedad tibia de los bosques, y á poco ya es insoportable la calma y la ceguera en el convoy, prisionero durante cuatro horas del navío que lo transborda, inmóvil en los carriles como en un cepo, con la luz encendida y estremeciéndose por la vibración de la máquina.

He subido á cubierta, y casi me derriba un al-tazo del aire.

Pasa un camarero de americana almidonada y pantalón azul, encorvándose para oponerse al viento, que le obliga á una mueca sin ojos y con toda la dentadura, bajo la cabellera luminosa en su desorden. Transporta una cubeta con agua, donde, sin duda, enfriarse unos huevos que deben estar recién cocidos, y que se destinan á la legendaria ensalada de arenques crudos, cuyo vinagre se dulcificará con un trago de *sup*, el aguardiente escandinavo.

Recórtanse las siluetas de dos viajeros, hombre y mujer, ella con la cabeza apoyada en el pecho de su acompañante, y flameando el vuelo confundido de los capotes de ambos sobre el salvavidas de la baranda.

La maraña del humo cae á veces en las mangas de los ventiladores, y en los botes con su tapa de lona, áspera de carbonilla.

Pero hoy está tranquilo el Báltico, océano de márgenes de lago, verdes de hierba, sangrientas de tejados de granja, aterciopeladas de bosque.

Alemania queda en las boiras que ya comienzan á desvanecerse por su base, y ha de transcurrir la tarde antes de que Suecia aparezca en la amarillenta lámina y en el cielo de papel de seda mojado.

Bordeamos las rocas de la isla de Rügen. Rumorosas y pálidas espumas quisieran asaltar el casco, y las gaviotas rodean la hélice.

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

EL CONCURSO DE CARTELES ORGANIZADO POR LOS SEÑORES
HIJOS DE YBARRA SEVILLA

Primer premio. Cartel de Juan Miguel Sánchez



Segundo premio. Cartel de Federico Ribas



Tercer premio. Cartel de Francisco Hohenleiter

El concurso de carteles que para anunciar sus productos convocó entre los artistas españoles la conocida casa sevillana Sres. Hijos de Ybarra ha alcanzado un gran éxito, ya que son en gran número las obras presentadas. Nuestros más prestigiosos artistas han demostrado aciertos brillantísimos para optar á los premios ofrecidos en este torneo. En el fallo celebrado recientemente, el Jurado otorgó el primer premio á D. Juan Miguel Sánchez, de Sevilla; el segundo premio á D. Federico Ribas, de Madrid, y el tercero á D. Francisco Hohenleiter, de Sevilla, cuyas obras reproducimos.

HESPERIA

Revista teosófica y poligráfica

Buen Suceso, 18 dupl.º, 5.º izq.ª
MADRID

Esta importantísima Revista, única en su género en los países de habla castellana, y que dirige el insigne Dr. Roso de Luna, ha entrado ya en el segundo año de su publicación.

Precio de subscripción en España: 10 ptas. al año y 12 en el Extranjero.

Hay colecciones completas del año 1.º, al precio de 10 ptas. Descuento del 25 por 100 á libreros y corresponsales.

Pesos oro 600.000

entreganse á caballero formal desposando bondadosa é inocente señorita: evitar suicidio. Escribid (con sello 25 céntimos para respuesta): Matrimonial Club of New-York, Oporto.

CAMISERÍA
ENCAJES
BORDADOS
ROPA BLANCA

EQUIPOS PARA NOVIAS

ROLDÁN

FUENCARRAL, 85

TELÉFONO 35-80 M.

MADRID

Lea Ud. todos los viernes

**Nuevo
Mundo**

50 cénts. en toda España

LA EMOCIONANTE NOVELA

LOS DESTERRADOS

QUE CON TANTA IMPACIENCIA
ESPERABAN LOS LECTORES DE

“El Caballero Audaz”

SE HA PUESTO A LA VENTA EN TODA ESPAÑA
AL PRECIO DE TRES PESETAS

PEDIDOS A

“RENACIMIENTO” Preciados, 46, Madrid

Llevad en la Boca

siempre que queráis escapar
de los peligros del frío, de la humedad,
del polvo y de los microbios; cuando
os molesten los estornudos, ó tengáis carraspera
ó opresión de pecho; cuando os sintáis constipados.

UNA **PASTILLA VALDA**

cuyos vapores balsámicos y antisépticos
fortificarán, acorazarán,
vuestra GARGANTA, vuestros BRONQUIOS, vuestros PULMONES.
Niños, Adultos, Ancianos,
PARA EVITAR, PARA CUIDAR
las Enfermedades de las Vías Respiratorias
tened siempre á mano

PASTILLAS VALDA

pero sobre todo no empleéis más que
LAS VERDADERAS
que son sólo las que se expenden
EN CAJAS
y llevan en la tapa el nombre
VALDA

Fórmula:
Menthol 0.002
Eucalyptol 0.0005
Azúcar-Goma,

**MAQUINARIA
DE UNA
FABRICA DE HARINAS**

con molturación
de 15.000 kilos

SE VENDE

DIRIGIRSE Á

D. José Briaes Ron
San Antonio.—Camino de Churriana
MALAGA

¿Quiere usted enterarse de lo que es
la Relatividad?
¿Quiere usted conocer estas teorías
**SIN ESFUERZOS, SIN DIFI-
CULTADES, SIN CONOCI-
MIENTOS MATEMATICOS?**

LEA USTED
la obra de Vizuet

**“Instein y el Misterio
de los Mundos”**

La más comprensible para todos.
La más clara, interesante y suges-
tiva de cuantas se han escrito sobre
las ideas del famoso físico alemán,
por su método explicativo y por las
numerosas ilustraciones.

Pedidos á «Editorial Arte y Ciencia, C. A.»
San Sebastián, 2, bajo, dcha., Madrid

**TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
DE
Pedro Closas**

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70 **BARCELONA**
Despacho: Unión, 21

Se venden los clichés usa-
dos en esta Re-
vista. Diríjanse
á Hermosilla, 57

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque toni-
fica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

**ESTÓMAGO É
INTESTINOS**

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia,
diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento,
dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID,
desde donde se remiten folletos á quien los pida

Lea usted los martes
la Revista deportiva

Aire Libre

Informaciones nacionales y extranjeras
50 cénts. ejemplar en toda España

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO